



Propuestas para
una globalización
más humana



Luis de Sebastián



CÁTEDRA
EUSEBIO FRANCISCO KINO SJ

Propuestas
para una
globalización
más humana

**Propuestas
para una
globalización
más humana**

Luis de Sebastián



CÁTEDRA
EUSEBIO FRANCISCO KINO SJ

INSTITUTO TECNOLÓGICO Y DE ESTUDIOS SUPERIORES DE OCCIDENTE
Biblioteca Dr. Jorge Villalobos Padilla, SJ

Sebastián, Luis de

Propuestas para una globalización más humana / L. de Sebastián.-- México :
Sistema Universitario Jesuita : Fideicomiso Fernando Bustos Barrena SJ, 2017.
164 p. (Cátedra Eusebio Francisco Kino SJ)

ISBN 978-607-8528-19-6

ISBN de la colección 978-607-8528-08-0

1. Igualdad y Desigualdad 2. Pobreza 3. Capitalismo 4. Comercio Internacional
5. Globalización - Tema Principal 6. Economía Internacional 7. Política
Internacional I. t.

[LC]

320. 9 [Dewey]

Luis José Guerrero Anaya
Coordinador de la colección

Lourdes Cortina
Diseño gráfico de la colección
Rocío Calderón Prado
Diagramación

1a. edición, Guadalajara, 2017.

DR © Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente
Periférico Sur, Manuel Gómez Morán 8585, Col. ITESO,
Tlaquepaque, Jalisco, CP 45604.

DR © Universidad Iberoamericana Ciudad de México.

DR © Universidad Iberoamericana León.

DR © Universidad Iberoamericana Puebla.

DR © Universidad Iberoamericana Tijuana.

DR © Universidad Iberoamericana Torreón.

DR © Universidad Loyola del Pacífico.

DR © Centro de Estudios Ayuuk–Universidad Indígena Intercultural
Ayuuk.

ISBN 978-607-8528-19-6

ISBN de la colección 978-607-8528-08-0

CONTENIDO

PRESENTACIÓN	7
LA GLOBALIZACIÓN Y SUS EFECTOS	9
CAPITALISMO Y POBREZA EN LA GLOBALIZACIÓN	25
¿ES POSIBLE OTRA GLOBALIZACIÓN?	35
LA GLOBALIZACIÓN Y EL COMERCIO INTERNACIONAL	55
LAS VÍCTIMAS DE LA GLOBALIZACIÓN	75
EL GOBIERNO DE LA GLOBALIZACIÓN	117
APÉNDICE. AMÉRICA LATINA EN LA DIALÉCTICA NORTE–SUR	155



PRESENTACIÓN

En este libro se ofrece la mayor parte de los contenidos de las conferencias, que invitado por la Universidad Iberoamericana de México, tuve el gusto de impartir en la Cátedra Eusebio Francisco Kino en León, Guanajuato, y Tijuana, Baja California, del 11 al 22 de febrero de 2008. Ofrece además contenidos que no pude plantear en aquella ocasión.

Esta obra representa una condensación del pensamiento que he ido desarrollando durante los años de este nuevo siglo, después de haber observado durante mucho tiempo antes cómo se iba configurando una sociedad internacional más integrada, más relacionada y también más problemática. Muchas de las ideas que he ordenado en este volumen ya han sido escritas y publicadas en ocasiones anteriores de una manera parcial. Esta recopilación que presento ahora resume mi pensamiento actual, el cual, sin embargo, siempre estará sometido a las correcciones y añadiduras que los nuevos hechos y sorpresas de la globalización le impongan.

Quiero agradecer al padre Gerardo Anaya, de quien partió la genial idea de invitarme a la Cátedra Eusebio Francisco Kino y una vez allá me trató con fina generosidad. Asimismo, quiero expresar mi agradecimiento a Martha Mora en León y a Melania Santana en Tijuana, las cuales fueron mis guías, gerentes, choferes y amigas en cada una de las partes de mi recorrido. Además de la satisfacción intelectual de participar en los eventos culturales de la UIA, me regresé a España con el dulce sabor de la mejor hospitalidad mexicana.

Finalmente, quiero advertir al lector mexicano que, a pesar de los retoques que he hecho al texto, no se puede disimular el enfoque de muchos problemas pues obviamente es una perspectiva desde el Norte, desde Europa y bastante desde la problemática de España. Por ejemplo, en la cuestión de la emigración (que desde allá ahora la vemos como “inmigración”). Sepan disculpar este irremediable defecto del libro para lectores latinoamericanos. Aunque quizás esa diferente mirada —crítica— al proceso de globalización les ayuda a comprender la complejidad del fenómeno de la globalización.

Barcelona, 29 de marzo de 2008.



LA GLOBALIZACIÓN Y SUS EFECTOS

Entiendo “globalización”, hoy, a comienzos del siglo XXI, como el *estado actual de desarrollo de las estructuras y relaciones económicas mundiales*, resultado de un proceso global —todavía inacabado y no previamente determinado— que está basado en fenómenos recientes.

LA GLOBALIZACIÓN COMO PROCESO

La globalización se puede entender de dos formas: como un proceso y como el producto temporal y provisional de ese proceso. Como proceso sería la aceleración de unas fuerzas que han determinado la evolución de la economía internacional en los últimos 30 años, cuando gradualmente se supera el sistema económico mundial formado por economías cerradas a partir del final de la segunda guerra mundial. Este sistema se caracterizaba por tipos de cambio fijos (hasta 1971), control de capitales y de cambios, proteccionismo comercial, precios y salarios regulados, que producían economías bajo el indisputado control de las instancias de poder nacionales (empresas, autoridades y sindicatos). Pero el mismo éxito del sistema de economías

cerradas y nacionales generó las fuerzas y las instituciones que habrían de acabar con él o por lo menos modificarlo de manera sustancial.

El proceso de apertura de las economías comenzó con la recomposición de los excedentes empresariales y el consiguiente aumento de la liquidez de las empresas industriales y financieras que busca naturalmente salidas más rentables o simplemente alternativas¹ a las que ofrece la economía nacional. En esta puja, ambos factores se encuentran con las barreras institucionales que impiden la plena convertibilidad de las monedas nacionales, los movimientos de capital, el comercio libre, la inversión directa en países en vías de desarrollo y las demás formas de relaciones económicas internacionales que hoy son completamente normales.

Inició así la batalla intelectual y política para conseguir mayor libertad para los movimientos de capital en todas sus formas y variantes.² El surgimiento del mercado de “eurodólares”, a raíz de la crisis de los misiles en Cuba (1962), cuando el gobierno soviético retiró de Nueva York una gran parte de sus reservas y las trasladó a Europa, supuso un cambio institucional que facilitó enormemente los movimientos de capital. Los bancos europeos que recibieron estos enormes (para la época)³ fondos en dólares en

¹ Y su colocación en monedas estables, como defensa contra la devaluación y el aumento de los impuestos.

² La primera fue quizá la batalla contra el sistema de tipos de cambio fijos, que ligaba la política monetaria del país al mantenimiento del tipo de cambio oficial, reconocido y aceptado por el Fondo Monetario Internacional. Milton Friedman y Harry G. Johnson, ambos profesores de la Universidad de Chicago, dirigieron el movimiento de opinión académica a favor de los tipos de cambio flexibles.

³ No eran más de 500 o 600 millones de dólares.

un momento en que en Europa había una gran sed de esa divisa, tuvieron la feliz ocurrencia de conceder créditos en esa moneda en condiciones distintas a las que imponía la restrictiva ley bancaria Glass–Steagal de Estados Unidos. El mercado de “eurodólares” así constituido se convirtió en una fuente de financiamiento y un foco de atracción para los saldos líquidos de las empresas europeas, como habría de serlo después de 1973 para los petrodólares, es decir, los excedentes de balanza de pagos de los países exportadores de petróleo.

Las empresas multinacionales contribuyeron de forma importante a dar un nuevo impulso a estas tendencias hacia la liberalización y los movimientos de capital. Las multinacionales manufactureras eran la segunda generación de multinacionales, después de las multinacionales extractivas (petróleo, minería, fruterías) de principios de siglo XX, que constituyeron la primera generación. Las multinacionales introdujeron un modelo de “sustitución de exportaciones”, caracterizado por la producción directa en los principales mercados, a los cuales antes se exportaba (coches, equipos mecánicos, productos químicos y farmacéuticos, alimentos elaborados, bebidas, electrodomésticos). Así comenzó la mundialización de la producción, que avanzó sin parar desde los años cincuenta y que acabó por alcanzar a todo el mundo, menos, quizás, a los países más retrasados de África. Las empresas multinacionales manufactureras arrastraron además a sus nuevos emplazamientos a las empresas de servicios con que las trabajaban en su casa matriz: bancos, aseguradoras, consultorías, diseñadores, contables y auditores. Este arrastre generó una ola de inversiones de multinacionales de tercera generación, la de los servicios.

Las multinacionales no solo implantaron la producción de sus bienes y servicios en todo el mundo sino que han contribuido de manera eficaz a los movimientos de capital en los países donde se han asentado. Su participación en la inversión directa es evidente: ellas son los agentes principales de este tipo de inversión, pero también son los agentes de la inversión de cartera. A raíz del impuesto que el presidente John F. Kennedy impuso a los ganancias de la inversión en el extranjero para reducir la salida de dólares,⁴ que estaba afectando la balanza de pagos de Estados Unidos y su capacidad de mantener la convertibilidad del dólar, y a fin de evitar el pago de ese impuesto, las empresas norteamericanas dejaron de repatriar los beneficios de sus inversiones, que fueron a aumentar los capitales flotantes que se movían por la red de bancos extraterritoriales (*off-shore banking*) a que el mercado de eurodólares había dado lugar. A finales de los años sesenta, había acumulados importantes fondos líquidos (en moneda extranjera) en bancos y empresas que pugnaban por ser liberados de las regulaciones y prohibiciones de las economías “nacionales”.

A estas fuerzas económicas reales y a las nuevas realidades institucionales, a finales de los sesenta vino a concurrir la coyuntura económica mundial para hacer saltar el modelo de conducción económico que había sido tan adecuado en esa década durante la reconstrucción y la posterior escalada a la prosperidad en Europa y en el resto del mundo. El supuesto agotamiento del modelo keynesiano fue más bien un agotamiento del gobierno de Estados

⁴ El llamado *income equalization tax* cargaba sobre los beneficios, rentas e intereses que los norteamericanos obtuvieran de sus inversiones en el extranjero.

Unidos en el cumplimiento de sus funciones como garante de la moneda ancla del sistema monetario internacional. El financiamiento de la guerra del Vietnam, por medio del recurso al banco emisor, hizo moverse al ancla del sistema; la inflación comenzó a aumentar independientemente de la demanda global o de la falta de oferta. Fue un estímulo puramente monetario que deshizo todos los equilibrios y *trade-offs* de la principal economía del mundo.⁵ La subida de los precios de petróleo, en una coyuntura favorable a las naciones productoras cartelizadas en la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP), fue el primero de una serie de ajustes en los precios relativos de los principales productos del comercio internacional.

Las crisis fiscales que se siguieron en los países importadores de petróleo, dieron pie a serios cuestionamientos del modelo económico que se había aplicado desde finales de la guerra y llevaron de manera gradual al triunfo de los ideólogos como Arthur Seldon, Milton Friedman y Friedrich von Hayek,⁶ y los políticos como Keith Joseph (mentor de Margaret Thatcher, quien habría de enarbolar la bandera de la “revolución conservadora”). Se buscó la solución de la crisis en el desmonte del modelo anterior, en reducir el gasto

⁵ En términos técnicos, podemos decir que la inesperada inflación norteamericana de finales de los sesenta desplazó la curva de Philips, que había sido un valioso instrumento para la determinación de objetivos en el *fine tuning* de la economía americana y mundial, hacia la derecha y hacia arriba, es decir, aumentando simultáneamente los valores de inflación y desempleo del *trade-off*. Con razón podrían decir los monetaristas que con la política monetaria no se puede aumentar y mantener el empleo a mediano y largo plazos.

⁶ Como una muestra de “los signos de los tiempos”, en 1974 Von Hayek y en 1976 Friedman recibieron el premio Nobel de economía, en plena orgía intelectual de los economistas neoliberales.

público y el tamaño del estado, en liberalizar la economía lo más posible en un grado compatible con la cohesión nacional y en dejar más espacio a los mecanismos de mercado en la asignación de recursos, con todas sus consecuencias buenas y nocivas.⁷ Y así ha continuado el proceso de la globalización hasta nuestros días, impulsado políticamente por el presidente estadounidense Ronald Reagan en los años ochenta,⁸ ayudado por el complejo de inferioridad de la social democracia alemana y francesa, e impuesto por los organismos internacionales en los países en vías de desarrollo. La caída del muro de Berlín en 1989, como símbolo del colapso del comunismo en Europa, tuvo una gran trascendencia para este proceso. La casi súbita desaparición de este sistema culminó la revolución ideológica, de manera que ya alguno proclamó “el fin de la historia”, es decir, el fin de la búsqueda de soluciones para la economía.⁹

Economía y política contaron con la valiosísima contribución de la revolución tecnológica en la computación y las telecomunicaciones. Las nuevas tecnologías no solo han acercado cognoscitivamente a todas las naciones del mundo sino que han facilitado la relación comercial y financiera entre todas ellas. Nuevas formas de inversión, los productos modernos de la “ingeniería financiera”, no serían posibles sin la capacidad de computación y de

⁷ Yergin, Daniel y Joseph Stanislaw. *The commanding heights. The battle between government and the marketplace that is remaking the world*, Simon and Schuster, Nueva York, 1998, pp. 92–134.

⁸ Quien sacó a su país de la recesión de principio de los ochenta por medio de políticas francamente keynesianas.

⁹ El título de un libro del profesor californiano Francis Fukuyama (*The end of history and the last man*, The Free Press, Nueva York, 1992; edición en español: *El fin de la historia y el último hombre*, Planeta, México, 1992).

comunicación de los centros financieros. La aparición de mercados emergentes en la zona intermedia entre el desarrollo y el subdesarrollo que se han integrado, por lo menos de forma parcial, a los flujos universales de inversión directa y a la inversión de cartera, y ha complicado y enriquecido la escena de un mundo centrado antes en Europa Occidental, Estados Unidos y Japón. Las nuevas tecnologías han hecho posible este acercamiento entre tantas partes y tantas economías tan diferentes. Han creado también nuevos procesos, productos y mercados de manera que se puede hablar de una “tercera revolución industrial”, lo que ha dado un nuevo empuje a la expansión del capitalismo por la economía globalizada.

LA GLOBALIZACIÓN COMO SITUACIÓN

En los párrafos anteriores se trata de la globalización como proceso, un proceso que ha tenido tres líneas principales de avance: realidades económicas nuevas que requieren soluciones nuevas, una revolución política conservadora y una revolución tecnológica sobre todo en las comunicaciones. Hemos presentado una visión rápida sobre una serie de sucesos, teorías, decisiones, accidentes y comportamientos complejos, que se entrelazan entre sí para llevar a las economías y las sociedades del mundo al estado en que se encuentran en la actualidad. Hablemos ahora de la globalización como resultado parcial y provisional del proceso descrito. Decimos provisional, porque el proceso no está concluido, ni tampoco predeterminado, de manera que el presente no es un anuncio eficaz y certero de cómo será el futuro. No hay tal cosa. El proceso está abierto y las posibilidades por

donde puede continuar son infinitas. Entonces, ¿es posible otra globalización? Otra globalización es posible, por supuesto no como proceso ya realizado, porque la historia no se puede cambiar, pero sí como la continuación del proceso que nos ha traído hasta aquí, que está todavía sin definir, no plenamente, pero suficientemente abierto.

La globalización como la situación actual del mundo se caracteriza por la interconexión e interdependencia de aspectos económicos, políticos y culturales importantes en la vida de las personas de todo el mundo, por muy lejanas que estén unas de otras. La globalización como interconexión y dependencia no se da con el mismo grado en todos los aspectos de la vida, ni en todos los países con la misma intensidad. La conexión e interdependencia de los mercados de capitales es quizás la más avanzada. Una devaluación de una moneda desconocida, el *baht* de Tailandia, en 1997 provocó una crisis financiera internacional de grandes proporciones, que afectó a una economía tan sólida como la de Corea del Sur y tan lejana como la de Argentina. Los grandes centros financieros, sin embargo, de Estados Unidos, Japón y la Unión Europea (que se preparaban para formar una unión monetaria) no se vieron afectados por la crisis de la misma manera. La caída de la bolsa en Nueva York en 2001 provocó una recesión a escala mundial. La producción de manufacturas presenta también un grado de globalización muy elevada como resultado de una intensa inversión directa (de las multinacionales), aunque esta se concentra en algunos países emergentes, como China, Brasil, México, Indonesia, aparte de los países ya industrializados que se llevan la mayor parte, y deja de lado a países más pobres y retrasados, como casi todos los de

África. El mundo de la cultura (cine, música, videos, libros *best-sellers*) está también muy integrado y dependiente, pero no se puede hablar tanto en una síntesis cultural verdaderamente mundial como de una norteamericanización de la cultura del entretenimiento. El comercio internacional está solo parcialmente liberalizado, a pesar de todo lo que se habla del “comercio libre”. La liberalización es efectiva en las manufacturas, pero la notable excepción son los productos agrícolas y los textiles, además de que muchos mercados nacionales permanecen cerrados a bienes y servicios estratégicos que se producen en varios países, pero no se comercian entre ellos, los armamentos entre otras cosas.

LAS DIVERSAS EXPERIENCIAS DE LA GLOBALIZACIÓN

La globalización implica distintas cosas para distintos países. Para un país tan poco abierto al comercio y a la inversión internacional (y a la emigración) como Japón, la globalización es la posibilidad de exportar mercancías y capitales a los mercados de Estados Unidos, Europa y sus vecinos asiáticos. Las crisis en estos países le pueden afectar, si le llevan a reducir sus importaciones (de Japón) y ofrecen menos posibilidades de inversiones financieras rentables. Japón depende en este sentido de los mercados exteriores, pero no tanto como para determinar su nivel de vida. Para Estados Unidos, la globalización es sinónimo de la expansión de sus empresas y su tecnología por el mundo y de la capacidad de financiar un enorme déficit de cuenta corriente, de cerca del 6% de su producto interno bruto (PIB), por medio de los flujos de capitales externos que vienen a sus mercados

financieros.¹⁰ El lado negativo se reduce a la importación masiva de manufacturas intensivas en mano de obra y al desplazamiento de muchas industrias (como el calzado, los juguetes y la confección) a países con salarios más bajos, así como los flujos legales e ilegales de emigrantes. En la Unión Europea, la globalización se traduce sobre todo a la dependencia de sus mercados financieros del americano y en un cierto déficit en la balanza tecnológica, y de nuevo la atracción masiva de emigrantes africanos, latinoamericanos y asiáticos.

Estos tres dominios económicos, sin embargo, son lo bastante grandes y autónomos como para poderse defender mejor de las crisis de la globalización. Las crisis que han tenido Japón en la “década perdida” de los noventa y Estados Unidos a principio de siglo, con el derrumbe de los valores tecnológicos en la bolsa, han sido de origen local, aunque el lento desarrollo de la Unión Europea se puede deber más a efectos internacionales que en los otros dos casos. Las grandes crisis de la globalización, la de México en 1994–1995, la asiática¹¹ entre 1997–1998, la de Rusia en 1999, la de Turquía en 2000 y Argentina en 2001, han afectado a países mucho más abiertos, dependientes, con instituciones débiles y pobres sistemas de supervisión y control. En estos países la globalización se vive como una amenaza permanente a sus finanzas y a la posibilidad de un desarrollo equilibrado y sostenible. En países menores del Mundo Pobre la globalización casi se reduce a la presencia

¹⁰ Se calcula que Estados Unidos necesita 2,000 millones de dólares cada día laborable para financiar el déficit sin que el dólar se hunda.

¹¹ Con daños enormes las economías de Tailandia, Indonesia, Malasia, Filipinas y aun a la más sólida de Corea del Sur.

prepotente del Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, que les dictan las políticas que deben seguir. Estas instituciones en los países ricos no pintan mucho.

LA INTEGRACIÓN DE LOS MERCADOS FINANCIEROS

Es la nota más distintiva y más lograda de la globalización. Esta integración se ha llevado a cabo por medio de la liberalización de los movimientos de capital, que permite a los agentes económicos, familias, empresas —y también las fundaciones sin ánimo de lucro— colocar sus fondos líquidos y sus ahorros en el mercado (país) que prefieran y de cualquier forma de las muchas que ofrecen los mercados financieros (acciones, bonos, derivados). La integración financiera se ha dado gracias al establecimiento de un sistema de tipos de cambio básicamente flexibles, a partir de 1973, lo que facilitó —en medio de mucha volatilidad y algunas crisis, todo hay que decirlo— la convertibilidad de unas monedas en otras. A esta operación contribuyó a la gradual existencia de bancos extraterritoriales (*off-shore banking*), de los cuales los más conocidos son los situados en los paraísos fiscales, aunque no sean los únicos. A mediados de los años sesenta, hacen su aparición en el mundo los “eurodólares”, nombre con que se conocen a los activos denominados en dólares pero emitidos por bancos situados fuera del territorio de Estados Unidos, lo que da lugar a los “euromercados”, es decir, los mercados financieros donde se hacen estas operaciones, el más importante de los cuales es el de Londres. Así comienza una verdadera internalización de los mercados financieros, que en nuestros días ha llegado a una integración casi

total, por lo menos en los países más desarrollados. A este resultado han ayudado los nuevos sistemas de intervención en los mercados desde cualquier parte del mundo, que la tecnología ha hecho posible.

LA MUNDIALIZACIÓN DE LA PRODUCCIÓN

La mundialización de la producción es el fruto de la expansión de las empresas manufactureras multinacionales por el mundo. Hoy en día un producto final para el consumo inmediato, por ejemplo, una computadora, consta de partes y componentes que se han fabricado en las regiones más variadas y aun distantes del mundo. Las grandes empresas, sean de la nacionalidad que sean, producen en muchos países a la vez, intercambian partes y componentes entre filiales y venden en todo el mundo. El proceso de producción está en verdad mundializado, o casi mundializado, porque son pocos países del mundo en los que las grandes empresas no tengan plantas de producción o al menos de montaje. La existencia de marcas, patentes, licencias y franquicias por todo el mundo ha creado una serie de “productos mundiales”, que se pueden encontrar en casi todas las partes del mundo. Eso ha dado lugar a patrones de consumo muy semejantes entre todos los grupos de ingresos con un poder de compra equivalente en los más diversos países. Por otro lado, se ha dado una expansión mundial de una cultura corporativa única (principios de gestión, criterios de éxito, manuales de comportamiento), de manera que todas las empresas del mundo parecen regirse con los mismos principios y con las mismas técnicas.

EL DESARROLLO DE LA COMPUTACIÓN Y LA TECNOLOGÍA DE LAS COMUNICACIONES DE MASAS

Este factor tecnológico ha hecho posible los fenómenos económicos mencionados. En parte, es un factor exógeno al sistema económico, ya que muchos de sus avances provienen de los esfuerzos por dotar a los ejércitos de nuevas armas y de la llamada “carrera del espacio”. Sea como sea, por medio de la capacidad de operar en tiempo real que tienen las computadoras, los mercados de cambios y los de capitales, pero también los mercados de materias primas y de manufacturas (mercados a futuro), funcionan de manera simultánea a escala mundial las 24 horas del día. La participación de los agentes económicos en estos mercados puede hacerse sin intermediarios, si solo se cuenta con el equipo y las licencias para operar adecuados. La mundialización de la toma de decisiones (decisiones que afectan al mundo entero) ha sido facilitada en mucho por el aumento de la capacidad de comunicación que nos ha traído la telefonía móvil, los satélites y la Internet. El mundo de la imagen también ha cambiado con la digitalización y transmisión de todo lo “digitable” (sonidos e imágenes), lo que ha contribuido al desarrollo de otro campo donde la globalización es casi total: el campo del entretenimiento y la difusión de la cultura, aunque la cultura que más se difunde no sea una nueva cultura mundial sino más bien la norteamericana.

UNA REVOLUCIÓN POLÍTICA CONSERVADORA PARA...

Los impulsos económicos de unos capitales que buscaban más libertad de movimientos y los impulsos de una nuevas tecnologías que hacían técnicamente posible esta mayor libertad, se combinaron con los impulsos políticos que a partir de los años setenta tratan de reducir el tamaño y las competencias del estado, con la intención de reducir el gasto público y dejar más recursos a la iniciativa privada. Esto lleva a reformar la “economía mixta”, que tanto éxito había tenido desde después de la segunda guerra mundial hasta nuestros días, con mayores competencias y espacios para los mecanismos de mercado. El movimiento neoliberal, como se lo llamó en su día, implicaba la mengua del poder de los sindicatos y otras formas de agrupaciones de ciudadanos (como los partidos políticos), la reforma del “estado de bienestar” por medio de privatizaciones de la educación, el cuidado de la salud, el correo, la seguridad ciudadana, lo que conlleva una progresiva transformación de bienes públicos en bienes privados. Esta revolución conservadora ha inspirado la globalización desde sus comienzos y hasta hoy en día se tiende a considerarla como la ideología de la globalización, resumida en lo que se llama el “pensamiento único”, cuando en realidad la globalización es el resultado de un conjunto de fenómenos reales y objetivos que se han dado al margen de la ideología.

Estos fenómenos desarrollándose juntos, simultáneos e implicados los unos en los otros, están conformando tanto las relaciones internacionales como las relaciones políticas, por ellas determinadas, como la manera de gobernarse y de vivir de las comunidades nacionales. La globalización

(para usar un nombre simple para toda esta complejidad), tal como se ha desarrollado hasta ahora, tiene cosas buenas y cosas malas. Estas proceden de la filosofía individualista, darwinista social y poco solidaria, de la que están animados muchos de los procesos (la liberalización y la privatización, por ejemplo). Hay demasiada “destrucción creativa” en el mundo. La contabilidad de pérdidas y ganancias en términos de bienestar y sufrimiento humano es, como vamos a ver, más bien negativa.

LOS RETOS PARA LA SOCIEDAD CIVIL

Todos estos fenómenos han generado una ola creciente de protestas y de movimientos sociales que quieren cambiar el rumbo del proceso de globalización. No creemos que ninguno de ellos en realidad pretenda detener el proceso o hacer que la situación económica del mundo retorne a la que había en los años sesenta, en los que desde el punto de vista de la equidad el mundo iba mejor. Lo que quieren todos es que las ventajas, que sin duda tiene el proceso, se repartan mejor, que no se quede nadie, ningún país ni ningún grupo humano, al margen del progreso y del bienestar; que no haya víctimas y las que hubiere, porque nunca se pueden mantener las situaciones estáticas, sean debidamente compensadas. Los movimientos de protesta también están globalizados, porque siguen el patrón del proceso que critican y usan los mismos métodos (la Internet es un buen ejemplo) que la globalización pone a su disposición.

La globalización es el marco real y objetivo dentro del cual tienen que trabajar las instituciones, tan ricas y variadas, de la sociedad civil. Es un mundo más complejo de lo

que quisiéramos, lleno de posibilidades y desafíos nuevos, pero también plagado de trampas para quienes se lanzan a la acción social con toda buena voluntad y un tanto de ingenuidad. La globalización, un proceso que implica cambios constantes, plantea tanto a las iglesias, universidades, asociaciones y familias como a todo tipo de organización privada o pública, la necesidad de adaptar permanentemente su visión del mundo, sus prioridades, sus objetivos y metas, su organización interna y su modo de funcionar a las realidades cambiantes de su entorno y su campo de actuación. Los objetivos, en concreto, tienen que ser revisados de forma periódica para evitar o bien que se den palos de ciego, es decir, que se atiendan a problemas que ya no existen, o bien que no se atiendan los problemas nuevos. Esto no quiere decir que las instituciones tengan que estar en un perpetuo flujo y mutación, lo que haría imposible una acción eficiente y eficaz. Exige únicamente que los dirigentes mantengan una mente abierta a los cambios que nos rodean. Para ello, se impone la necesidad de usar los medios que nos proporcionan las nuevas tecnologías a nuestro alcance, y sobre todo el uso de la información, información relevante, ordenada y bien analizada. Los medios de comunicación modernos, sobre todo la Internet, ofrecen la posibilidad (sin mucha inversión) de dar a conocer y de llevar a las conciencias de todo el mundo la existencia, los objetivos, los logros y las necesidades de las instituciones de la sociedad civil. La globalización trae más oportunidades, aunque también promueve más competencia entre fundaciones, para captar los recursos del público. Hay que saber —o aprender a— actuar en este nuevo contexto y en ningún caso cerrarse a las nuevas realidades.



CAPITALISMO Y POBREZA EN LA GLOBALIZACIÓN

Nunca había habido *menos pobreza* en el mundo que ahora al final de 2007. Los 600 millones de personas que según el Banco Mundial mal viven con un euro diario, los “pobres de solemnidad”, los desesperadamente pobres, solo hacen 9.38% de la humanidad. Esto puede parecer todavía mucho, pero estoy seguro de que hace 100 años, la proporción era de 25% o 30% y, siglos anteriores mucho mayor, el 40% o 50%. Algo hemos mejorado.

Si tomamos el número de los “simplemente pobres”, los que viven con dos euros diarios,¹ que el Banco Mundial estima en otros 1,200 millones, obtendremos 18.75% de la población mundial (calculada en algo más de 6,400 millones de personas). Juntando las dos categorías obtenemos 1,800 millones, 28.13% de la población mundial, que son seriamente pobres. Se podría decir que además hay que contar como pobres a los que viven con tres, cuatro o cinco

¹ Según este cálculo una familia de cinco miembros viviría con diez euros al día, 300 euros al mes. Aunque esta cantidad para España es miserable, para países pobres representa un mayor poder de compra real.

euros al día.² Es verdad. Pero no me cabe la menor duda de que en tiempos pasados, la proporción de pobres en el total de la población mundial era mucho mayor, rondando quizás 80% o 90% del total.

Tampoco ha habido nunca *tanta riqueza* como ahora. Los reyes, los nobles, los banqueros y los terratenientes del pasado eran pigmeos económicos comparados con los ricos de ahora. Según el periódico inglés *The Financial Times* (14 de noviembre de 2004), en el mundo existen 600 “billonarios”, es decir, personas con un patrimonio personal de más de mil millones de dólares. Suponiéndole a cada uno una media de 15 mil millones de dólares, lo cual no es exagerado (a Carlos Slim, el hombre más rico del mundo según la revista *Fortune*, se le imputa una riqueza de 80 mil millones de dólares), la riqueza acumulada por estas 600 personas sería de nueve billones (billón = un millón de millones), casi igual al valor del producto anual bruto de la economía más grande del mundo, la de Estados Unidos, en 2001. Ya sé que comparar ingresos con riqueza es como comparar peras con manzanas, pero qué peras tan inmensamente grandes. Lo importante de estas comparaciones es el orden de magnitud. Además, los millonarios, los que poseen un patrimonio de decenas o centenas de millones se cuentan por millones, siete u ocho en todo el mundo, según una estimación de la revista *Forbes*, que cito de memoria.

Si comparamos los datos de pobres y ricos, estos dos datos juntos implican que nunca antes ha habido tantos medios materiales y técnicos, tantos conocimientos y

² Una familia de cinco ganaría 25 euros al día, 750 euros al mes, lo que en muchos países no calificarían a esa familia como pobre.

talento para solucionar el “problema económico” de todos los habitantes de la tierra. Los hombres han aprendido mucho y siguen una curva de aprendizaje exponencial, esto es, con un crecimiento acelerado. Se han descubierto nuevos recursos. La tecnología ha transformado en recursos de carácter económico a elementos naturales (fuego, agua, viento), objetos, minerales, plantas, que en otros tiempos no tuvieron ningún valor. Pensemos en el petróleo. Se han desarrollado nuevas técnicas y nuevos instrumentos. El transporte ha superado el obstáculo natural para el comercio que crea la distancia. Ahora nosotros estamos viviendo la explosión de los medios de comunicación, que hacen posible, entre otras cosas, la globalización de la economía y de la vida social. Cada vez conocemos mejor los mecanismos que establecen —y regulan— las relaciones entre causa y efecto de los fenómenos económicos. Sabemos cómo intervenir en la economía para conseguir determinados efectos. Finalmente hemos organizado nuestras empresas para ser eficientes, aprovechar los recursos de que disponen de la mejor manera posible, dentro de las limitaciones técnicas a que están sometidos los procesos de producción.

LAS DIFERENCIAS ENTRE POBRES Y RICOS

A pesar de todo ello, en la actualidad el binomio pobreza-riqueza es más extremo que nunca antes en la historia. Las diferencias entre ricos y pobres son abismales. No solo entre personas individuales sino entre categorías enteras de personas. En muchos países desarrollados el 1% de la población con mayores ingresos puede recibir anualmente unas 500 veces más que el 1% de menores ingresos. Los ejecutivos

de algunas grandes empresas ganan en promedio entre 300 y 400 veces más que el salario promedio de los empleados. La desigualdad se puede medir de muchas maneras, pero es perceptible a simple vista.

Un ejemplo. Con el patrimonio que se le imputa a Carlos Slim (unos 80 mil millones de dólares) se podrían comprar todos los bienes y servicios que se produjeron en 2005 en Bangladesh³ (que tiene 133 millones de habitantes) y de algunos países pobres más (hasta un total de 200 millones de habitantes).

Las sociedades modernas son, cada vez más, sociedades duales (dos sociedades en una), compuestas de dos partes que viven en lugares separados y distantes, con niveles de vida diferentes y distinto uso de los bienes materiales y de la cultura que en ella se producen. La desigualdad no sería tan grave en sí, si los que están peor estuvieran bien. Lo malo es que los que están peor tampoco están bien, como hemos señalado al inicio. Y, sobre todo, lo más rechazable de la desigualdad en las sociedades democráticas es que implica un reparto desigual del poder social, que puede ser incompatible con la democracia. El que tiene mucho poder no pierde nunca, ni tiene por qué ceder nada, ni comprometerse con nada, ni respetar los intereses de otros. Con los muy poderosos no hay negociación posible, ni pacto social, ni por lo tanto democracia. Las sociedades duales son, por esta razón, muy difíciles de romper, porque la parte que está bien no quiere cambios y no está dispuesta a entrar en ninguna negociación con la parte que está mal.

³ El producto nacional bruto (PNB) de Bangladesh en 2005 fue de 59,958 millones de dólares, según el Banco Mundial.

Si con todas las capacidades que hemos acumulado no se ha resuelto el “problema económico” de la tercera parte de la humanidad, es porque *hemos organizado mal* el uso de estas capacidades y la distribución de sus innegables beneficios. La organización económica del mundo está fallando. Resolver el “problema económico” de todos y cada uno de los hombres y mujeres del mundo en sus múltiples dimensiones (alimentación, vivienda, salud, educación, empleo, ahorro, seguridad, autoestima) debería ser, en un mundo bien ordenado, democrático, solidario, pacífico y humano, el objetivo prioritario, lógico y natural del sistema económico, de la manera como se organiza la asignación de recursos, la producción y cómo se lleva cabo la distribución del producto. Es un fallo del sistema económico que haya cientos de millones de seres humanos, reconocidos universalmente como iguales y tan dignos de disfrutar de los beneficios de la naturaleza y de la técnica como los demás, que no pueden satisfacer sus necesidades materiales y morales. Es una vergüenza, una crueldad, que cada año mueran seis millones de niños por falta de alimento (un alimento que existe, que sobra y que de hecho se tira).

En tiempos pasados, se podía achacar la extendida pobreza a la falta de productividad general del sistema económico. La pobreza de las masas era el resultado de la ignorancia y la ineficiencia reinantes. Ahora no se puede decir lo mismo, porque tenemos conocimientos y productividad como para asegurar a todos una vida digna. Hay que preguntarse por qué tantos millones de personas son pobres en medio de la abundancia y eficiencia globales del sistema. Algo tiene que estar mal. ¿Qué es lo que ha fallado?

Aunque es cierto que tanta riqueza como se produce hoy en el mundo produce un cierto “efecto rebalse” (*trickle-down effect*), es decir, también beneficia a los pobres, este efecto espontáneo no es, sin embargo, suficiente, para beneficiar a las masas que están en los márgenes del sistema (desempleados, emigrantes, indígenas, ancianos, niños, minusválidos).

EL CAPITALISMO REAL

El “capitalismo real” que está resultando del proceso de globalización es el responsable de la mala organización ético-moral de la economía mundial y de la convivencia, vergonzosa, irracional y absurda, en un mundo cada vez más integrado, de una indebida pobreza con una riqueza nunca vista. El “capitalismo real”, el único que existe, se opone a la abstracción de un modelo capitalista, en el que reina el mercado libre, y la competencia perfecta entre todos los participantes impone orden, evita abusos y asegura la eficiencia en la asignación de recursos a los distintos usos alternativos, a la vez que promueve la justicia de la distribución del producto, en función de lo que cada uno aporta al proceso de producción.

Cualquiera que sean las virtudes —teóricas— del capitalismo de mercado, que solo se han vislumbrado en algunos momentos de la historia, lo que de hecho tenemos en la historia presente es un engendro sin verdadera competencia, lleno de defectos. Si no causa mayores males (ecología, relaciones internacionales, salud, redistribución) es porque el estado interviene en la actividad económica privada para

evitar los males y enderezar los entuertos que causa. En esta situación los mercados están como secuestrados por los monopolios, que son los verdaderos y esenciales agentes del capitalismo real y de la globalización. Los monopolistas se burlan del mercado teórico, eficiente y benefactor en teoría, a la vez que usurpan su nombre y sus supuestas virtudes para defender lo contrario de la competencia.

MERCADOS SECUESTRADOS

Los mercados secuestrados son mercados sin competencia verdadera, en los que unas pocas empresas luchan y se debaten para evitar la competencia al máximo, para lo cual esgrimen todos los elementos de poder con que cuentan. Con frecuencia resuelven sus conflictos con fusiones y adquisiciones, con mayor concentración del poder, lo que perjudica siempre a los consumidores y a otros *stakeholders*. No son mercados competitivos como lo entiende la teoría neoclásica, son mercados “agónicos” (“en lucha”, en el sentido de Unamuno), ineficientes desde el punto de vista social, por los recursos que derrochan. Si el mercado competitivo ya es un —moralmente— limitado instrumento de distribución del producto social, porque prima a las posiciones iniciales, el mercado secuestrado y sin competencia del capitalismo real es un eficiente instrumento para la acumulación acelerada de los que entran como ganadores y juegan con ventaja.

Las enormes plusvalías que se han hecho estos últimos años, como consecuencia de los auges de la bolsa, el inmobiliario, la especulación del suelo y las innovaciones

tecnológicas, los frutos maduros de unos mercados trucados, infiltrados, amañados, para beneficio de quienes los manejan han ido a recompensar a los jugadores con ventaja. En los mercados trucados, los débiles están a la merced de los fuertes. Los obreros están constantemente amenazados por la deslocalización, los mayores de edad son jubilados antes de tiempo, los jóvenes entran en condiciones laborales precarias y mal pagadas, las mujeres son discriminadas. Estos mercados expulsan personas y las dejan destruidas.

Es competencia de los ciudadanos y de los poderes públicos domesticar los mercados secuestrados, trucados, ineficientes e injustos del capitalismo real del siglo XXI. Suponiendo que un cambio de sistema no es por ahora posible, tenemos que ponernos como meta inmediata, alcanzable —y muy importante— la permanente y vigilante intervención de los ciudadanos (a través de los procesos participativos) y de los poderes públicos para hacer más competitivo, racional y humano al sistema capitalista actual.

Hay que impedir, sobre todo, el avance de los mercados secuestrados en el terreno de la producción y distribución de los bienes públicos, que hacen buenos niveles de vida para todos en las naciones socialmente avanzadas: salud, educación, seguros de desempleo y accidentes, jubilación, beneficios por maternidad y familias numerosas, esto es, todas las instituciones del estado del bienestar que hay que defender, a pesar de las malas pasadas que nos juega la demografía en los países ricos. Los consumidores debiéramos organizarnos sólidamente para hacer frente al poder desmedido de las empresas monopolistas. Les podemos

hacer frente en el “momento de la verdad”, el momento de vendernos / comprarles sus productos. En ese fugaz momento, el consumidor es el rey. Pero para ejercer esa realeza hay que organizarse. Los costos de la información y organización son cada vez menores gracias a las modernas tecnologías de la información. Si los consumidores tomaran conciencia de su poder real y actuaran en unísono, domesticarían a las empresas, aun a las más poderosas.

Pero principalmente necesitamos gobiernos que defiendan al estado del bienestar, a los consumidores, a la competencia en los mercados (la defensa de la competencia se está convirtiendo en una causa de la izquierda), y planten cara, con clarividencia y determinación, al poder y a los chantajes de las grandes empresas.



¿ES POSIBLE OTRA GLOBALIZACIÓN?

Lo pasado no se puede cambiar, no puede pasar de otra manera. Podría haber pasado de otra manera, sin duda, pero lo interesante para el futuro, lo único que puede ser útil, es analizar por qué pasó así y no de otra manera. Aunque esta sencilla pregunta implica otras más complicadas: ¿de qué otra manera? ¿según qué modelo, de los muchos posibles? Aquí es donde cada cual hará valer sus preferencias, ¿una utopía socialista? ¿un universo cristiano? ¿un mundo humanista y solidario? Sucedió así porque los agentes que triunfaron actuaron de una forma determinada. Podía haber habido otros agentes, pero no los hubo. No tiene sentido darle muchas vueltas.

La pregunta relevante es: ¿es posible otra globalización de aquí en adelante? La respuesta: naturalmente que sí. El futuro no existe y por lo tanto tiene posibilidades infinitas, los futuribles son incontables. La historia está abierta. El mismo profesor Francis Fukuyama ha rectificado la ocurrencia esa de su libro *El fin de la historia*. El avance del capitalismo y del poderío militar norteamericano que lo sustenta no va a ser lineal, ni va a ser un paseo triunfal (como se pensó que sería la invasión de Irak). En realidad,

no sabemos cómo va a ser, pero podemos suponer que su sendero va a ser desigual, si no tortuoso.

CAMBIOS INESPERADOS

El camino socioeconómico-político del mundo y de sus partes no está predeterminado. La globalización no avanza como los trenes, por raíles fijados previamente a la tierra o como aviones que vuelan por corredores aéreos predeterminados. El proceso de la globalización, como todo proceso humano complejo, avanza por donde puede, buscando las líneas de menor resistencia, por donde haya atajos y pasadizos. La historia continua impredecible. Cualquiera que haya vivido un poco (40 o 50 años por lo menos) ha presenciado grandes cambios. Ha habido cambios grandes e inesperados. El Concilio Vaticano II, la caída del Muro de Berlín y todo lo que eso significó, que tomó por sorpresa a todo el mundo, incluso a la CIA. Hace unos diez años, Luiz Inácio Lula da Silva no habría sido presidente de Brasil, augurando una América Latina democrática y populista o de izquierdas, dedicada en serio a eliminar la pobreza y a repartir mejor la riqueza en la región. No se sabía de la existencia de Al Qaeda, ni hubiera sido capaz de destruir las Torres Gemelas de Nueva York. Y quizás que algunos países de África comenzaran a industrializarse y a contar algo en el concierto de las naciones. El fenómeno económico de China era impensable en los días tormentosos de la revolución cultural de Mao Tse Tung. ¿Qué pasará cuando se vayan fundiendo los casquetes polares e ineludiblemente suba el nivel del mar entre 40 centímetros y un metro?

El camino de la globalización no está predeterminado; irá por donde la llevemos las generaciones actuales: el Foro de Porto Alegre y el Foro de Davos, Luis Inácio Lula y George Soros, la Asociación por la Tasación de las Transacciones Financieras y por la Ayuda a los Ciudadanos (ATTAC) y el Fondo Monetario Internacional, los jóvenes que buscan su lugar en la vida y los mayores ya asentados, los partidos políticos de unos y de otros, las empresas éticas y las que son sinvergüenzas, en una palabra, todas las fuerzas vivas que hoy luchan y chocan para dominar el mundo y controlar la marcha de la historia y el pensamiento que la dirige.

¿ES POSIBLE PARAR EL PROCESO DE GLOBALIZACIÓN?

Habría que especificar el significado de la pregunta y preguntarse primero si sería posible, y después si sería conveniente. Para decidir la cuestión de la posibilidad habría que ver qué fuerzas habría que contrarrestar, cómo se podrían eliminar las ventajas de todos los que están ganando en el proceso. Para decidir la cuestión de la conveniencia habría que dilucidar cuál sería el estado de la no globalización. Pensemos por un momento: ¿qué hacemos con las multinacionales? ¿las expulsamos de nuestro territorio? ¿echamos a la fábrica Nissan de Aguascalientes y a toda la industria de componentes que vive de ella? Eso dejaría a varias decenas de miles de obreros y empleados en la calle. Bueno, me dirán, podemos nacionalizar la industria del automóvil. Sí, pero ¿podríamos vender los coches que fabriquemos en las mismas redes comerciales de las empresas Ford y General

Motors en que ahora se venden sus autos? ¿y qué harían las otras multinacionales del automóvil en nuestro país? No se quedarían sentados esperando la nacionalización, podéis estar seguros. ¿Y el resto de las empresas multinacionales?

No es fácil prescindir de las multinacionales que son los agentes principales de la globalización. Sería como prescindir de la industria. Luego no parece fácil ni conveniente hurtarse a los efectos —buenos y malos— de la globalización. Cuando vienen las empresas ninguno se queja de la globalización. Solo echamos pestes en contra de ellas cuando se van. Pero las dos acciones responden a la misma lógica: la búsqueda de las mayores ganancias posibles. Además, para detener la globalización tendríamos que prescindir al mismo tiempo de las multinacionales de todos los países del mundo, porque si lo hiciéramos solos seríamos unos suicidas. Y si nos metemos en el mundo de la moneda y las finanzas, el intento de frenar la globalización sería todavía más difícil. Tendríamos que dejar el Tratado de Libre Comercio de América del Norte y prohibir la inversión extranjera. Dirán que nunca debíamos haber refrendado ese tratado, no nos preguntaron y no votamos en referéndum. Es verdad, pero eso es quizás parte de un proceso que no hemos controlado y que debíamos haber controlado mejor. Ahora es tarde. Volver a la autarquía sería regresar a unos niveles de vida que en la actualidad resultarían insoportables.

¿ES DESEABLE QUE SE DETENGA
EL PROCESO DE GLOBALIZACIÓN?

Es evidente que si preguntamos si es deseable que México, solo y unilateralmente, se apee del proceso de globalización, la respuesta sería un rotundo no. Tal acción sería un suicidio económico y político. Volveríamos al aislamiento y miseria de los años cuarenta, con el agravante de haber sido un país rico, lo que no podíamos decir en aquellos años. Otra situación sería si nos preguntamos si es deseable que se detenga la globalización como proceso mundial. Todas las naciones a la vez. Es una pregunta retórica, porque no hay la menor probabilidad de poner de acuerdo para eso a las principales naciones del mundo y sobre todo a los países emergentes que están saliendo del subdesarrollo a pasos de gigante.

Debiéramos hacer la pregunta a los países pobres, los que todavía no han alcanzado el nivel de desarrollados o industrializados. A ver qué les parecería que se frenara el comercio internacional, cesaran los flujos de capital y las transferencias tecnológicas; que fuera imposible la emigración a los países ricos y se acabara la ayuda al desarrollo y todas las operaciones normales de la economía globalizada. Tendrían que desaparecer el Banco Mundial (y los bancos de desarrollo), el Fondo Monetario Internacional y la Organización Mundial del Comercio, todos los organismos multilaterales que son considerados como la vanguardia de la globalización. Esa situación, no me cabe la menor duda, llevaría al aislamiento de los más pobres, por un lado, y

a un imperio de la ley de la selva, por otro. ¿Hay alguien que piense seria y serenamente que una economía mundial desglobalizada sería mejor para los más pobres, los que aspiran a entrar a los mercados de los países más ricos, que tratan de industrializarse, elevar su nivel tecnológico, emigrar a países con mayores niveles de vida (porque esto también caería con la desglobalización)?

MODELOS ALTERNATIVOS DE GLOBALIZACIÓN

Podemos plantearnos y buscar alternativas en horizontes temporales cortos y en horizontes largos. En un horizonte corto no parece que haya una alternativa al capitalismo, a las economías de mercado y a la globalización capitalista. En un horizonte más largo, podemos prever mutaciones fundamentales del sistema capitalista en la dirección del socialismo que llevarían a una globalización distinta, más socializada y más humana. Y en el más largo horizonte siempre nos queda la utopía. No parece que el sistema capitalista vaya a cambiar en un futuro próximo a un sistema totalmente diferente, como sería un sistema socialista de planificación central, el único que en realidad puede quitar a los mercados su papel central en la organización de la producción y distribución de los bienes y servicios necesarios y convenientes para la vida humana. Más adelante se mencionarán los cambios que están teniendo lugar en las condiciones de propiedad y control de las empresas, los cuales en unas circunstancias determinadas podrían llevar a una globalización distinta. Por ahora es suficiente apuntar que hay varias clases de capitalismo, unas mejores que otras, y que estas diferencias en la práctica son importantes para la vida de los ciudada-

nos y que por lo tanto merece la pena resaltar estas diferencias para apreciar y calibrar lo que cada una de ellas ha significado y puede seguir ofreciendo a los pueblos, antes de que nos planteemos la necesidad de cambiar el sistema capitalismo de forma radical.

Partimos del supuesto de que el capitalismo europeo todavía es diferente del capitalismo norteamericano, como lo es del japonés. En décadas pasadas, el modelo europeo de un capitalismo con rostro humano ha sido un sistema que ha llevado al desarrollo, al bienestar y a una relativa igualdad para todos sus ciudadanos. En el ámbito internacional, no ha tenido tanto éxito, aunque ha contribuido a que sus antiguas colonias pasaran de la colonización a un régimen de cooperación más equitativa y solidaria. Pero esto no es su fuerte. En Europa, la “economía mixta” es todavía potente, una economía de mercado, pero de mercado regulado. Dentro de este modelo hay grados de regulación diferentes, los cuales especifican variantes más o menos sociales dentro del modelo. Suecia, por ejemplo, y Alemania son más sociales que el Reino Unido, Suiza y algunas de las repúblicas del Este que han abrazado el capitalismo con ingenua pasión.

MODELOS DE SOCIALISMO ALTERNATIVOS

No quiero pensar más que en un socialismo democrático. Hay cambios en esa dirección.¹ El colapso del sistema político y económico, lo que se llamó el “socialismo real” en la Unión de Repúblicas Soviéticas Socialistas (URSS) y

¹ Lo he desarrollado más extensamente en mi libro *Un mundo por hacer*, en el capítulo 12 “Sobre repensar el socialismo”.

en los países satélites, así como la tranquila transición de China hacia una economía de mercado han hecho caer en desuso el término y el concepto de socialismo en el pensamiento político moderno. Países que sigan blasonando de ser socialistas solo quedan en la margen izquierda del Mundo Pobre (Cuba, Corea del Norte, Laos y —cada vez menos— Vietnam). El socialismo ya no es tema de discusión sobre la actualidad, y mucho menos sobre el futuro, es más bien un tema para la historia del pensamiento social. Sin embargo, lo voy a abordar aunque se me pueda objetar: ¿merece la pena emplear el tiempo en teorizar y discursar sobre una forma de organizar la sociedad que ha fracasado de manera estrepitosa?

A eso respondo afirmando que en primer lugar hay que tener claro que es lo que ha fracasado con el hundimiento de la Unión Soviética y la conversión de China. Para comenzar, es evidente que la social democracia, esa forma moderada de socialista no marxista, no ha fracasado. Por lo tanto, desde las formas todavía vigentes —y con buena salud— (en Alemania, Reino Unido, Austria, España, Brasil, Chile) de este modelo siempre sería posible desarrollar formas más avanzadas de social democracia de las que conocemos, que lleguen a los confines de lo que por lo general se ha entendido por socialismo. Aunque, la verdad, el programa y utopía neoliberal ha hecho tanta mella en los socialdemócratas europeos y latinoamericanos que no se los ve con muchas ganas de profundizar la social democracia, ni siquiera de restablecer los niveles de democracia económica e igualdad que hubo en Europa después de la segunda guerra mundial, entre 1945 y 1975. Por aquí

no parece haber mucho futuro para una evolución tranquila —no traumática— hacia el socialismo.

Lo que se llamó “socialismo real” fue en realidad un régimen dictatorial y, en ese sentido, falsamente socialista. El sistema soviético trató de imponer la igualdad por decreto, sacrificando la libertad hasta extremos inhumanos. A la larga fue ineficiente aun para los fines económicos propios del sistema, por la eliminación de los naturales incentivos humanos al trabajo y al progreso. Asimismo, fue un socialismo militar, más que civil, en el que las prioridades para el uso de los recursos productivos estuvieron determinadas por razones de poderío militar —y de la carrera armamentística, la cual en definitiva perdió a la URSS— más que por consideraciones del bienestar y progreso histórico de la población en general. De esa forma, el sistema soviético suprimió de su agenda uno de los rasgos esenciales de la utopía y programa socialista, que era el pacifismo. Pero el fracaso del socialismo soviético no implica por lógica que los ideales básicos del socialismo no puedan ser interpretados de otra manera y traducidos políticamente a otras formas distintas, compatibles con los ideales, hábitos de pensar y derechos adquiridos de los hombres modernos. Quizá para nuestra generación, que ha identificado socialismo con regímenes arbitrarios, crueles e ineficientes, el término no nos genera buenas vibraciones y haya que esperar a que los contenidos, más que los nombres, de la utopía decimonónica vuelvan a tener atractivo. Para entonces hay que estar preparados.

El mundo en su conjunto no ha cambiado tanto como para haber desterrado las situaciones extremas que dieron

lugar al pensamiento y a la práctica socialista, como un ideal de la organización de la sociedad. La desigualdad, en primer lugar, es cada vez más grande y más patente, y en consecuencia más hiriente e intolerable. De ahí se generan tensiones, como las imparables corrientes migratorias del mundo pobre hacia el mundo rico, que solo pueden ir a más y hacerse más problemáticas. La discriminación de la mujer, desde Afganistán hasta Estados Unidos, continúa siendo un problema irracional, pero grave del mundo de hoy. El trabajo infantil y otras formas nuevas de esclavitud nos recuerdan que en lo que respecta a la dignidad humana no hemos avanzado en la práctica tanto como hemos avanzado en las declaraciones públicas. El daño ecológico, el sistemático ataque y erosión a los recursos naturales no pueden seguir el movimiento uniformemente acelerado que ahora sigue. La tierra tiene límites y cuando se alcancen será necesario que algo esencial cambie. De todas maneras, el enamoramiento de las generaciones presentes con la libertad del mercado es tal, su preferencia por las riquezas materiales y la buena vida es tan grande, que en nuestros días no se puede ni plantear la cuestión de la moderación y la solidaridad, y mucho menos del socialismo. Por eso tenemos que proyectar la alternativa socialista como una fórmula para la supervivencia futura del planeta, como una opción para tiempos futuros, los de otros, de nuestros hijos o de nuestros nietos.

En la utopía socialista, se aspiraba también a un nuevo pacto internacional, una nueva división internacional del trabajo, basada en la hermandad de los pueblos y la solidaridad de los ciudadanos del mundo. Este rasgo es todavía más difícil de encontrar en ninguna realización histórica

concreta del socialismo. La verdad es que los hechos pusieron a prueba a los partidos socialistas del siglo XIX y XX en cuanto a su fe en el “internacionalismo proletario”. Los partidos socialistas de entonces suspendieron la prueba con ocasión de la guerra franco prusiana (1870) primero y de la gran guerra de 1914 al 1918. En la utopía socialista, sin embargo, figura en primera fila el anhelo de extender la igualdad en la suerte material de las personas a todos los pueblos de la tierra, por más difícil que esto sea. Esa era la justificación aparente de la preocupación de los países del socialismo real con la suerte de los países del Mundo Pobre, aunque el hecho de que la Unión Soviética fuera una potencia mundial en lucha permanente con Estados Unidos por la hegemonía en amplias áreas del mundo pone en duda la “pureza de intenciones” de muchas de estas iniciativas a favor de los países en vías de desarrollo.

Y, sin embargo, la preocupación por la justicia en las relaciones económicas internacionales tiene que ser un rasgo esencial de cualquier socialismo. En resumen, lo esencial del socialismo para que pueda merecer el nombre es: democracia real² y no solo formal; mayor igualdad en el reparto de la riqueza producida por el trabajo humano; mayor racionalidad en la producción, evitando despilfarro sistemático y crisis periódicas; racionalidad en el uso de los recursos escasos, con gran respeto al medio ambiente; pacifismo y solidaridad internacional. Son todas aspira-

² En otra parte he dicho que el ejercicio de los derechos ciudadanos tiene un costo que muchos no pueden asumir, como pasa en la justicia. No todos los acusados pueden disponer de los recursos económicos necesarios para hacer uso de todas las instancias y posibilidades que están previstas en el derecho procesal.

ciones de muchas generaciones pasadas y presentes que la actual globalización no ha colmado, y que más bien parecen alejarse de su consecución.

LAS MUTACIONES DEL CAPITALISMO ACTUAL

Pues bien, el capitalismo actual está mutando. Aunque las mentes modernas estén muy alejadas del socialismo, quizás las realidades de la economía nos estén empujando de manera gradual a una situación en la que una organización de la producción y de la distribución de riqueza, alternativa a la de un mercado todopoderoso, sea más deseable y más factible. Una es la casi total separación entre la propiedad y la gestión. Las empresas anónimas, que producen más de las tres cuartas partes del producto industrial del mundo capitalista, están administradas y regidas por un grupo pequeño de ejecutivos, que no son los propietarios de las empresas.³ Hoy en día, si se quisiera implantar una solución socialista a los problemas de la economía —lo cual, obviamente, es impensable— no haría falta nacionalizar la propiedad,⁴ es decir, desposeer de sus títulos a los accionistas, como sucedía antaño. Bastaría con nacionalizar la gestión, es decir, cambiar a los gestores, las metas y los objetivos —y posiblemente algunos métodos— de la gestión de las empresas y desde luego suprimir sus exorbitantes remuneraciones. Los accionistas irían a notar en sus dividendos estos cambios. Incluso sin quitar la gestión a los ejecuti-

³ Aunque a veces tengan importantes paquetes accionariales.

⁴ Que siempre se ha considerado como uno de los resultados imprescindibles al triunfar una revolución socialista.

vos se podrían orientar el funcionamiento de las empresas a objetivos distributivos poniendo estrictas limitaciones a la capacidad de decisión de los mismos. Es lo que a veces se ha llamado un “socialismo regulatorio”.

Esta separación de la propiedad y de la gestión no se limita a las grandes empresas manufactureras y de servicios. El gran capital cae ya bajo este régimen de separación de atribuciones. En efecto, los grandes capitales que se mueven por el mundo no son movidos por sus dueños sino por unos gestores especializados a quienes las familias y empresas han confiado la administración de sus ahorros, sus pensiones (en fondos de pensiones), sus inversiones (fondo de inversiones), sus reservas líquidas. También aquí hay una separación entre la propiedad y la gestión, y esta separación es quizá la nota más característica de las finanzas del siglo XX, lo que se ha llamado el “capitalismo popular”. Otro rasgo importante es la concentración de empresas, por cierto un fenómeno anunciado con gran lucidez por Carlos Marx, con la consiguiente reducción del número de empresas en un sector determinado. Es un fenómeno que continúa imparable en nuestros días bajo el pretexto de que para competir globalmente las empresas necesitan tamaños gigantescos.

Por ejemplo, en el sector de aviones de pasajeros (de más de 100 asientos) hace 25 años había seis o siete empresas, si contamos las soviéticas, grandes empresas que competían entre ellas. Hoy en día solo quedan dos: Boeing–McDonell–Douglass y Airbus, que son el resultado de fusiones y adquisiciones. En la medida en que aumenta la concentración y disminuye el número de empresas en un sector, en esa medida disminuye la importancia de la

dirección objetiva e impersonal del sistema de precios en la asignación de recursos a usos alternativos, para dar paso a la dirección intencional y jerárquica de las elites dirigentes de las empresas. En cierta manera se sustituye el mercado por la planificación, una planificación empresarial que ordinariamente, y por lo menos en las decisiones esenciales, está centralizada en el cuartel general de la empresa. De esta manera, la organización y el funcionamiento interno de las grandes empresas se asemejan en algunos aspectos a las empresas públicas socialistas, en cuanto al interior de ellas no rige el mercado sino la planificación. La diferencia estaría en que esta segunda es una planificación privada, llevada a cabo por empresarios privados o ejecutivos que responden a los accionistas, mientras que las primeras responden al Ministerio del Plan. Pero, en el caso hipotético —y por ahora muy poco probable— de una transición del capitalismo al socialismo, esta creciente concentración de empresas facilitaría esta transición, porque no habría que cambiar mucho la estructura ni el funcionamiento interno de las empresas y de los sectores que las engloban. En ellas ya reinaría la planificación. Al nacionalizarlas no habría que introducir cambios revolucionarios y dramáticos en su organización. Bastaría que siguieran produciendo como lo hacían hasta ahora, solamente que con diferentes objetivos.

No es realista pedir a los individuos y empresas que se preocupen por el bien del conjunto de la sociedad. Bastante tienen los empresarios con sobrevivir como empresas privadas y mantenerse a la cabeza de su sector. Por eso es necesario que la sociedad entera, por medio de instituciones apropiadas, se encargue de mirar por el bien más común

y general. Casi todos los países democráticos aceptan esta realidad y proceden en consecuencia. Cada vez veremos más cuerpos reguladores con mayores competencias y mayor poder de decisión y control. Esto se puede ya observar en el país donde el mercado es más libre: en Estados Unidos, que cuenta con los organismos de regulación más eficientes de todo el mundo (la Administración de Drogas y Alimentos, FDA, por ejemplo). Estamos de hecho en un “capitalismo regulador”, que en contra de todas las apariencias se podría estar moviendo hacia un “socialismo regulador”. Por otro lado, las tecnologías modernas, notablemente la Internet, están aumentando la competencia entre las empresas, que el mencionado proceso de concentración reduce.

Por medio de las tecnologías modernas los consumidores pueden estar mejor informados sobre las ofertas del mercado, porque la Internet reduce de una manera asombrosa los “costes de búsqueda”, al hacer posible en poco tiempo una exhaustiva investigación de mercado (de libros, videos o discos, por ejemplo). Lo mismo sucede a las empresas en la búsqueda de mercados nuevos o la selección de nuevos proveedores. Esta facilidad y baratura del acceso y manejo de la información relevante a los negocios están causando una verdadera revolución en la economía. Es una situación nueva, de cuyos alcances todavía no tenemos mucha idea, pero que puede llevarnos a formas nuevas de organización de las empresas y, espero, a democratizar el funcionamiento de los mercados. El resultado de estas tendencias podría llevar a una mayor democratización de los mercados, al aumentar el poder de los consumidores y la competencia entre algunas empresas, como un contrapeso y balanza del poder que otras empresas ganan por medio de

la concentración. Así puede resultar un sistema de mercado más democrático, en el que un régimen de planificación privada, altamente regulado, tenga el efectivo contrapeso de unos consumidores y unos proveedores bien informados, selectivos y exigentes. Esta situación también facilitaría la transición a un socialismo de nuevo cuño, un socialismo con mercados más regulados por las autoridades y más controlados por los consumidores que hoy en día. Una economía socialista más democrática que cualquier forma que hayamos conocido hasta el presente.

LA NECESIDAD DE UN IMPULSO POLÍTICO EFICAZ

Todos estos cambios, sin embargo, no se podrán llevar a cabo nunca sin un impulso político y un consenso ciudadano que mueva la sociedad hacia nuevos objetivos. Ahora hay que ver si este cambio se puede producir —y como sería— el impulso político que llevara a una sociedad avanzada, como la de la Unión Europea, a optar democráticamente por un modelo socialista, un paso más allá de los modelos socialdemócratas que hemos conocido y experimentado. La sociedad podría optar por el socialismo en el caso de que se diera un deterioro manifiesto y permanente de la calidad de vida de la mayoría de la población. No habrá transición al socialismo mientras dure la esperanza de que el sistema capitalista no haya agotado su capacidad de seguir mejorando el nivel de vida de la mayoría de los ciudadanos. Pero, ¿qué sucedería, si el capitalismo generara “daños colaterales” tan grandes que hicieran la vida imposible, aun en plena abundancia de bienes materiales?

Estamos hablando de la posibilidad de que un capitalismo dinámico, pero salvaje, genere tales costos en términos de convivencia civil, por ejemplo, de daño al medio ambiente con su secuela de cambios climáticos catastróficos, de flujos emigratorios incontrolables, violencia racial y religiosa, guerras locales, terrorismo, extorsiones, atentados contra los sistemas de computación (virus), enfermedades y pandemias y otras de esas lindezas que hay en el mundo. En resumen, una serie de fenómenos negativos producidos en tal medida e intensidad que la calidad de vida para el común de los mortales se vuelva simplemente inaceptable, y pidan y consigan el cambio. Estos fenómenos están lejos, pero ya han comenzado a producirse, no nos llamemos a engaños. Solo tendrían que aumentar significativamente en intensidad y extensión para que produzcan una situación nueva en que la mayoría de los ciudadanos —y no unos pocos visionarios— se plantee en serio la necesidad de “cambiar el sistema” y entre otras cosas el modelo de producción y distribución de la riqueza.

El socialismo se diferenciaría de los modelos alternativos (entre otros, de la socialdemocracia “*light*”) por la selección y el uso de las tecnologías disponibles para respetar mejor las necesidades del medio ambiente. Una tecnología más respetuosa de la naturaleza y menos orientada a crear necesidades ficticias sería un signo de distinción de la nueva sociedad. El progreso tecnológico se pondría una manera clara y decidida al servicio de la erradicación de la pobreza, de las enfermedades de los países pobres (sida, malaria, diarreas, lepra, drogodependencia, control de la natalidad), al servicio de la agricultura y de los nuevos materiales y

diseños para procurar una vivienda eficiente y barata a todo el mundo, y situaciones por el estilo.

Hay que reconocer, sin embargo, que quizás este punto de inflexión —en el que el sistema capitalista se haga impracticable e impopular— no llegue nunca. A lo mejor las cosas se arreglan solas y no se necesitarán más que pequeñas modulaciones o cambios menores para que todo funcione mejor. En todo caso, lo importante es que se todo se arregle, que mejore el nivel y la calidad de vida de todo el mundo, que mejore la distribución del ingreso y de la renta y que se elimine la pobreza en el mundo. Los sistemas económicos no son más medios para eso fines. Pero ¿quién cree que el mundo va camino de una solución y que puede arreglarse solo? La crítica que se hace a la globalización neoliberal, como programa y utopía, muestra que los grandes problemas de la humanidad ni los está arreglando el mercado ni tiene capacidad para arreglarlos sino que más bien los esta haciendo más graves. Y aun antes de llegar a ese hipotético “punto de inflexión”, las sociedades de muchos países podrían cambiar el estado de cosas en que ahora se encuentran, si muchas de las iniciativas que ya están en marcha adquirieran fuerza y se generalizaran. Me refiero a las diversas iniciativas parciales o locales de la economía social, la cooperación solidaria, las organizaciones ciudadanas de participación y decisión, la renta básica, el movimiento de las microfinanzas. Siempre necesitarán un marco general que las potencie y las proteja, pero los movimientos de abajo-arriba también son posibles y podrían tener éxito si nos aplicamos con energía y convencimiento a cambiar la sociedad.

UN PENSAMIENTO MOVILIZADOR

Lo importante que es la educación, para acarrear los cambios que queremos. Si no educamos personas diferentes, tendremos pocas probabilidades de cambiar el mundo. Esa globalización que nos gusta tiene aliados dentro de nosotros: la avaricia, la ambición, el afán de destacar y superar a los otros. La educación comienza en la familia, donde se deben enderezar las inclinaciones torcidas que fácilmente encuentran pábulo en las tentaciones y los encantos de la sociedad de consumo. No podemos permitir que el consumo de la familia esté gobernado por el capricho de los menos racionales, los que menos control tienen sobre sus apetencias, como son los niños. Necesitamos una revolución en el sistema de valores que transmitimos a las generaciones jóvenes, para que ellos sean diferentes. Le tenemos que legar menos edonismo, menos materialismo y más solidaridad.

La educación les debe hacer apreciar el valor de la utopía en nuestros tiempos. No debemos renunciar nunca a la idea, el ideal, el sueño o la esperanza de que las cosas cambien a mejor, debemos pensar en la utopía como una meta lejana, pero que puede ser real y que debe influir en la dirección que tomamos en cosas pequeñas y cotidianas, en decisiones que nos dirijan o nos aparten del ideal. Para cambiar el mundo tenemos que comenzar por nosotros mismos, seriamente.



LA GLOBALIZACIÓN Y EL COMERCIO INTERNACIONAL

El comercio internacional es tanto causa como efecto de la globalización, en un proceso cíclico de retroalimentación. La globalización se produce por el incremento universal del comercio entre las empresas situadas en distintos países, pero al mismo tiempo la situación creada hace cada vez más propicio al aumento de las actividades comerciales. Durante 2000, el comercio internacional creció a una tasa de 12%. Es probablemente la tasa de crecimiento más alta desde la primera década del siglo XX que precedió a la primera guerra mundial. La tasa de crecimiento del comercio representó casi el triple de la tasa de crecimiento del producto mundial (4.2%). Es decir, el comercio crece más deprisa que la producción. El comercio exterior ha sido indicador y resultado del crecimiento económico y del aumento de bienestar experimentado durante la década de los noventa en muchas naciones y regiones del mundo. De 2001 en adelante la tasa se redujo a menos de la mitad, porque los grandes países, que son los que más comercian, entraron en recesión. En la actualidad la tasa ha recobrado sus niveles

más elevados. El comercio es uno de los campos donde más se muestra la globalización, para bien, cuando las economías crecen, y para mal, cuando se contraen. Es también la esfera que más críticas cosecha, por ser muy visible y afectar la vida cotidiana de muchas personas: empresarios, trabajadores y consumidores, que somos todos los ciudadanos.

Hoy en día es más difícil que nunca concebir el desarrollo económico sin el comercio exterior. Ya no hay lugar para la utopía de economías cerradas y “desenganchadas” del mercado mundial, que consigan organizar su economía al margen de los dictados de las grandes empresas y de los fondos de inversión. Una de las características de los tiempos modernos es la integración de los mercados nacionales en una vasta red mundial que ofrece muchas innovaciones tecnológicas y organizativas. Quedarse al margen de esa red es el principal problema que tienen hoy los países más pobres, porque les supone quedarse estancados en la pobreza y cerrarse al progreso. La globalización comenzó con la expansión del comercio internacional, que sigue siendo el mecanismo clave para su avance con la inversión directa que hizo posible otra clase de comercio. El intraindustrial. Los países y las empresas no tienen más remedio que comerciar unos con otros. Ahora se trata de organizarlo de tal manera que todos puedan ganar, tal y como predice la teoría clásica del comercio libre, y como demanda la justicia y la solidaridad internacional.

EL DERECHO DE LAS GENTES A VENDER

La división de trabajo funciona solo si los míticos carnicero, cervecero y panadero de Adam Smith,¹ que se han especializado en una rama de la industria, pueden vender sus mercancías libremente. Por supuesto, tienen que venderlas al precio del mercado, el que determinan con más o menos precisión la oferta y la demanda. Pero si hubiera prohibiciones administrativas para que estos industriales vendieran las mercancías que son el fruto de su especialización, si hubiera villas y ciudades donde no les permitieran venderlas, el proceso de división del trabajo no podría ir muy lejos, ya que “la división del trabajo está limitada por la extensión del mercado”,² y las ventajas que de ello se derivan para la sociedad no se realizarían. En resumen, que para que la división de trabajo funcione es necesaria la libertad de comercio (*the power of exchanging*, el poder comerciar).

Apliquemos estos principios a las relaciones entre los países ricos y los países pobres. A través de los organismos internacionales que controlan y directamente en las relaciones bilaterales, los países ricos han obligado a los países

¹ “No es de la benevolencia del carnicero, del cervecero o del panadero que esperamos nuestra comida, sino de su preocupación con su propio interés. No nos dirigimos a su humanidad sino a su amor propio y nunca les hablamos de nuestras propias necesidades sino de sus ventajas” (Smith, Adam. *An inquiry into the nature and causes of the wealth of nations*, Libro I, cap.2, The Chicago University Press, Chicago, 1976, p.18).

² “Así como es el poder de intercambiar lo que da ocasión a la división del trabajo, así mismo la extensión de esta división tiene siempre que estar limitada por la dimensión de este poder, es decir, por la dimensión del mercado” (*Loc. cit.*, cap.3, p.21).

pobres a practicar una profunda división (internacional) de trabajo. Comenzó en la primera mundialización, la del siglo XIX, cuando el capital inglés asignó a los países de la periferia la producción y exportación de materias primas para las economías centrales, los cuales a su vez les exportaban sus excedentes industriales. El capital inglés, como luego el norteamericano y el europeo, crearon la especialización de los países, pero al mismo tiempo les dieron mercados para esos productos.

Argentina, por ejemplo, se especializó en cereales y carne, pero pudo vender sin dificultad toda su producción en el mercado inglés con grandes beneficios para el país. Brasil, Colombia y los países de Centroamérica se especializaron en café, pero con la especialización vino la oportunidad de vender millones de sacos de café en los mercados desarrollados. Por desgracia, para los productores los precios eran por lo general fijados por los compradores y oscilaron con sus ciclos de las economías, a veces demasiado para el bienestar de los países productores,³ pero nunca se les cerró al acceso a los mercados. Solo la catástrofe de la gran depresión de los años treinta y la segunda guerra mundial de los cuarenta dio al traste con la integración de los productores de materias primas en los mercados internacionales.

³ No solo ganaron los beneficiadores y exportadores del café. Para los productores directos, los campesinos que cultivaban el grano, también hubo ganancias sustanciales; sin embargo, para los peones que recogían las cosechas, recibieron una parte muy pequeña de estas ganancias, pero aun a ellos la introducción del café cambió su vida.

LA NUEVA DIVISIÓN INTERNACIONAL DEL TRABAJO

En la segunda mundialización, la que ahora experimentamos, los países ricos también han llevado a los países pobres a una división internacional del trabajo. Solo que esta vez les han convencido de que deben exportar manufacturas o cualquier otra cosa que puedan fabricar para el mercado internacional, por medio de sus empresas o de las empresas multinacionales establecidas en su suelo. Les han obligado a abrir sus mercados, a dismantelar las barreras que protegían a sus industrias nacientes y a competir internacionalmente, poniéndoselo como condición para sus préstamos y ayudas. La mayor de las veces los países ricos lo han realizado por medio del Fondo Monetario Internacional (FMI), el Banco Mundial y la Organización Mundial del Comercio (OMC). Pero ya sabemos que el FMI, la OMC y el Banco Mundial son los brazos de los países ricos, que hablan y actúan en defensa de sus intereses por medio de ellos. Sin embargo, a diferencia de la primera globalización, los países ricos no les han proporcionado mercados.

Y no solo no les proporcionan nuevos mercados para dar salida a los frutos de la especialización que les han impuesto sino que cierran los suyos a cal y canto. De hecho, el proteccionismo que queda en los países ricos está orientado casi en exclusiva a impedir que entren libremente en sus mercados los productos de los países en vías de desarrollo: manufacturas textiles y confección, calzado, juguetes, muebles, aparatos eléctricos y electrónicos, así como otros más tradicionales (cereales, azúcar, plátanos, aceites vegetales, algodón y tabaco). Los países en vías de desarrollo,

sobre todo aquellos que mejor han aplicado lecciones e imposiciones del Mundo Rico, necesitan acceso libre a los mercados de los países ricos para vender sus productos. Es de justicia darles por lo menos una franca oportunidad de que compitan en ellos. No estamos hablando aquí de una “acción afirmativa” para compensar su retraso, que también se podría justificar, sino de una acción justa. Los países ricos los han hecho entrar por el camino de la liberalización y la competencia internacional y luego les cierran la salida. Dado como están organizados la inversión y el comercio internacional, los países pobres no puede sobrevivir si no se les abren los mercados de los países desarrollados. Si no se integran en las grandes redes comerciales del mundo, permanecerán al margen de sus beneficios, estancados en su pobreza. Por eso precisamente es un derecho, no escrito ni legislado en ninguna constitución, tratado internacional, ni código de comercio, pero es un derecho de las gentes, porque en esta circunstancia histórica poder vender libremente en todos los mercados es una condición necesaria para la supervivencia de los pueblos.

Por supuesto, el derecho a vender de unos países está limitado por el mismo derecho de otros. Como el derecho que todos tenemos a una vivienda digna no justifica que alguien llegue y ocupe la casa en que uno vive. Este derecho, sin embargo, lo ejercen países de muy diferente poder económico, en variedad de productos, profundidad de mercados, grado de industrialización, madurez tecnológica, y por lo tanto el ejercicio del derecho tiene que estar regulado por la equidad. Esta afirmación debería desarmar las objeciones de quienes piensen que se defiende aquí un libre

comercio generalizado, simétrico y estrictamente recíproco, lo que no es el caso.

RELACIONES ASIMÉTRICAS

Hay que recordar que hablamos de derechos en una situación de total asimetría y discriminación. El comercio entre países ricos, que hace el 75% del total mundial, ya es bastante libre, aunque queden algunas restricciones importantes. Después de varias décadas de sucesivas rondas de negociación, en el marco del Acuerdo General de Tarifas y Aranceles Aduanales (GATT), el comercio de manufacturas entre ellos es prácticamente libre. En este campo no hay problemas sustanciales con el derecho a vender. Los problemas aparecen cuando los países en vías de desarrollo, emergentes o simplemente pobres, los cuales, siguiendo los consejos de los organismos internacionales, han liberalizado sus intercambios comerciales y han adoptado el modelo de un desarrollo impulsado por las exportaciones (*export-led development*), quieren acceder a los mercados ricos, que son obviamente los más apetecibles. Entonces se encuentran que no pueden vender en ellos en la medida que sería precisa para que el modelo funcione. Así la nueva vía para el desarrollo se convierte en un callejón sin salida.

El ejercicio actual del derecho de los pueblos a vender es escandalosamente desigual. Y no solo porque los países ricos tengan más cosas y más apetecibles que vender sino porque los países pobres encuentran multitud de barreras para vender las suyas en los primeros. El escandaloso proteccionismo agrícola de la Política Agrícola Común de

la Unión Europea es un ejemplo, como lo ha sido por varias décadas el Tratado Multifibras, ya caduco pero no enterrado, que regulaba el comercio de tejidos y confecciones. Se pueden citar muchos de los acuerdos preferenciales de comercio, que resultan por lo general discriminatorios para los países pequeños, sin olvidar los derechos *antidumping*, que se usan de manera unilateral para impedir la competencia internacional de los países emergentes. Las exigencias de estándares de diversos tipos (de medidas, sanitarios, laborales y ecológicos) son nuevas formas de proteccionismo, las que bajo apariencias laudables encubren el intento de ahuyentar de los mercados ricos a los productos de los países emergentes.

El derecho a vender tiene su complemento natural en el derecho a un precio justo, no un precio de necesidad o de explotación, según se mire. Eso se supone en este capítulo, cuando se reivindica la apertura de los mercados. Las acusaciones de “comercio desigual” o de “comercio injusto” se basan en el hecho demostrable de una tendencia a largo plazo de los precios de los productos primarios, los que exportan sobre todo los países pobres, a la baja. Eso significa una tendencia de los términos de intercambio, o precios relativos de las exportaciones e importaciones, a encarecer cada vez más a los países exportadores de productos primarios la adquisición de manufacturas y productos tecnológicos de los países ricos (aunque algunos de estos, como los microprocesadores y ordenadores, hayan bajado de precio en los últimos años). Las razones son múltiples, pero una importante, que además se puede controlar, es que la compra de productos primarios por países ricos con frecuencia está sometida a monopolios de compra o

“monopsonio”, cuya fuerza negociadora es tan grande que pueden influir los precios mundiales. Es verdad que en los últimos tiempos (2006–2008) los precios de las materias primas han aumentado mucho, pero no sabemos cuanto va a durar esta bonanza que como en otras ocasiones puede pasar en cualquier momento a un hundimiento de precios.

En un periodo en que se está reduciendo la ayuda al desarrollo en términos absolutos y relativos, en que una vez aceptada la imposibilidad de recuperar la deuda externa de los países más pobres no nos atrevemos a dar los pasos necesarios para su total y significativa condonación, no queda más remedio, si no queremos estrangular económicamente a esos países, que intentar una nueva vía para su desarrollo, una vía que no esté basada ni en la donación ni en la condonación sino en el comercio y la competencia justa: abrir los mercados de los países ricos a todos los productos sin excepción de los países en vías de desarrollo, entendiendo esta categoría de países en un sentido amplio y generoso.

EL DERECHO DE LAS GENTES A COMPRAR

El derecho de las gentes a vender tiene la necesaria contraparte del deber de las gentes a comprar, aunque es un derecho de distinta naturaleza. No se puede vender si no hay compradores. Ni se puede exportar si no hay importadores. El comercio internacional es necesariamente una relación de exportadores e importadores. Pues bien, no conozco a ningún movimiento sindical, ni genéricamente de izquierdas, antisistema, ecologista, comprometido con el desarrollo integral del tercer mundo, partidario de la “tasa Tobin”, que

proponga seriamente una limitación de las exportaciones de un país (fuera quizá de las armas) a todos los países posibles (fuera quizá de los que pisotean los derechos humanos). La libertad de exportar no suele presentar problemas de conciencia, pero la mención de la libertad para importar desata pasiones. Porque, así como las exportaciones amplían el mercado nacional, crean nuevas oportunidades de empleo, fomentan las economías de escala, la especialización y el aumento de la productividad y de los salarios. Las importaciones, por el contrario, entran en competencia con los bienes y servicios que se producen localmente y afectan los intereses de los productores nacionales.

Para mucha gente que anda por ahí protestando contra el comercio internacional, lo ideal sería exportar mucho e importar lo menos posible, quizá solo aquello que nadie produce en el país, lo cual, naturalmente para los países en vías de desarrollo, es mucho. Esta es la esencia del mercantilismo, una doctrina y práctica comercial propia de una época pasada de confrontaciones bélicas entre países soberanos. En nuestros tiempos, por suerte o por desgracia, esto no es posible. Se ha demostrado teórica e históricamente con notables casos reales (la España del siglo XVII es uno de los más prominentes)⁴ que los países no pueden acumular de forma indefinida excedentes de la balanza de pagos sin

⁴ En España el problema no consistió en que se exportara más de lo que se importaba sino en que el flujo de metales preciosos proveniente de América, que a los ojos de los contemporáneos equivalía a un excedente de la balanza de pagos, hizo aumentar el dinero en circulación, provocó una enorme inflación de precios, quitó poder de competir a las manufacturas españolas, como aceros, cerámica, tejidos, y condujo al país a la pobreza de los siglos posteriores.

que se deterioren las condiciones internas de competitividad y de equilibrio monetario y las ganancias, y el exceso de exportaciones sobre importaciones acabe dándose la vuelta con grandes trastornos para la economía del país.

La lógica interna del comercio internacional se puede analizar desde dos perspectivas: la del productor de bienes y servicios comercializados internacionalmente, y la del consumidor de los mismos. Desde la primera perspectiva, el problema está en que para poder exportar hay que importar también, porque un país exportador no puede mantener por siempre un saldo positivo con respecto a otros países, sin que estos tomen medidas para frenar las exportaciones de aquel, como abundantemente nos muestra la historia. Se han dado casos en que los exportadores limitan de forma voluntaria sus exportaciones, como hizo Japón con los coches que vendía a Estados Unidos,⁵ para no ofender las sensibilidades de sus compradores. Otras veces los exportadores compensan a los compradores con otro tipo de medidas, como, de nuevo, hizo Japón con Estados Unidos, invirtiendo parte de sus excedentes comerciales en bonos del tesoro americano, lo que les sirve a los americanos para financiar el déficit comercial. Sea como sea, los países exportadores tienen que ser también países importadores. El mundo de los negocios no toleraría hoy a un país exportador que no importara nada. De manera que las importaciones son necesarias para poder exportar.

⁵ Esta acción se conoce como *voluntary export restrain* (VER), pero en realidad es una restricción no voluntaria, ya que implica aceptar una cuota a cambio de evitar aranceles.

Desde la segunda perspectiva, que es la de la mayoría de las personas, lo más interesante del comercio internacional es importar, porque así se pueden comprar cosas mejores y más baratas que las que se producen en casa. Solo si los consumidores fueran unos consumados patriotas se avendrían, dados la opción, a comprar exclusivamente productos nacionales, aunque estos resultaran más caros y de peor calidad que los importados. Pero nadie debe escandalizarse de que los consumidores no sean todo lo patriotas que los productores nacionales quisieran. Lo normal es que los consumidores traten de maximizar la utilidad que pueden obtener con un presupuesto limitado. Supuesto, pues, que importar tiene ventajas, está el problema de cómo ganar la moneda extranjera que hace falta para pagar las importaciones. Para eso hay que exportar.⁶ Desde la perspectiva de los consumidores, las exportaciones serían puramente un precio que se paga por las ventajas de los bienes importados. De manera que las exportaciones son necesarias para poder importar. El equilibrio social entre productores y consumidores exige que se exporte para que ganen los primeros y que se importe para que se beneficien estos.

La opción básica para un país y para sus empresas respecto al comercio internacional no está en exportar y

⁶ Así argumenta el experto en comercio Internacional Paul Krugman, para quien las exportaciones son meramente la “moneda” para comprar importaciones, que es lo en verdad interesante (véase su libro: Krugman, Paul R. y Maurice Obstfeld. *Economía internacional*, Addison Wesley, Madrid, 2001). Esta es quizá una perspectiva muy propia de la economía norteamericana, para la cual en su conjunto la exportación no es una actividad esencial. Para países pequeños exportar es la manera de profundizar la división del trabajo y ganar en productividad.

no importar sino en tener o no tener comercio con otros países. Pero no veo qué país del mundo podría progresar —como quiera que se defina el progreso— y mejorar sus niveles de vida cerrándose al comercio internacional. Hoy en día resulta algo absurdo defender la práctica del comercio internacional, como estoy haciendo en este ensayo. Sin embargo, la experiencia acumulada de participar en muchos foros de discusión hace que me parezca necesario. Los críticos menos ilustrados y más radicales de la globalización solo resaltan los inconvenientes del comercio internacional, libre o no libre, dando, a veces sin quererlo, la impresión de que lo ven como una operación negativa en su totalidad y por lo tanto rechazable. Este juicio negativo sobre el comercio no casa con las peticiones y los deseos de todos los países, aun los más pobres, que quieren tener mayor comercio internacional. Los gobernantes de estos países no piden menos sino más comercio y prefieren comercio aunque no sea en condiciones óptimas para el país que no tener nada.

Por supuesto, el comercio entre países ricos y países pobres, el “comercio desigual”, tiene para estos unas desventajas que no debieran existir en un comercio equilibrado y justo, como todos deseamos. Entre otras cosas, una vez que se admite tener comercio con otros países se pierde soberanía, porque hay que hacer compromisos con los intereses económicos de los países con los que se comercia. En todo comercio internacional hay algo de pérdida de soberanía. El problema es cuánta soberanía se pierde. Hoy, supongo yo, poca gente está en principio contra el comercio internacional por esta pérdida de soberanía. Pero hay mucha que está en contra de un comercio desigual, abusivo e injusto. Las

dos cuestiones son distintas, aunque se suelen confundir en las protestas.

Los movimientos sociales debieran favorecer en principio la expansión del comercio internacional y los arreglos institucionales que la promuevan. La ausencia o disminución del comercio en el mundo perjudica más a los países pobres que a los ricos, que suelen ser mercados bastante autosuficientes, grandes y muy diferenciados. Los pobres en cambio, con mercados nacionales estrechos, tienen poco campo para las economías de escala, la especialización y el aprendizaje. No es constructivo “dar coques contra el aguijón” del comercio internacional en general, como si este comercio fuera necesaria e intrínsecamente malo sino tratar de regular o suprimir formas concretas de comercio censurables por criterios de eficiencia, equidad y justicia.

UN COMERCIO LLEVADO POR EMPRESAS

Pero eso tiene sus problemas. Cuando uno piensa bien cómo se desarrolla el comercio en concreto, se ve que los países, en cuanto tales, no comercian. Es decir, no comercian gobiernos entre sí. Los gobiernos, por medio de la “diplomacia comercial”, tratados generales o particulares, definen y fijan las condiciones legales dentro de las cuales se desarrollan las transacciones individuales. Comercian las empresas, algunas de propiedad pública, pero la mayoría se trata de empresas privadas que se comprometen en relaciones de compra y venta dentro de los marcos legales que han fijado sus respectivos gobiernos. Mucho del comercio, 40%

según algunas estimaciones, no se da entre empresas distintas de países diferentes sino entre unidades, residentes en varios países, de la misma empresa. Es un comercio interno a una empresa o intraempresa. Los estados / gobiernos no son los verdaderos agentes del comercio internacional. En un sistema de economía de mercado comercian las empresas. Los gobiernos pueden hacer que estas empresas comercien más o menos, pero ni pueden evitar que comercien —sin cambiar de modelo de economía de mercado por otro de economía planificada— ni hacerlas que comercien como el estado quiere. Esto plantea problemas al control de comercio internacional.

La posibilidad de un comercio controlado desde la nación estado, como sin duda quieren los movimientos de protesta, plantea el problema adicional de definir en servicio de qué intereses se controla ese comercio internacional, qué empresas van a salir beneficiadas o perjudicadas por las medias de control (aranceles, cuotas, prohibiciones, estándares sociales). Las personas de izquierda debieran saber que la sociedad capitalista está cruzada de derecha a izquierda y de arriba a abajo por contradicciones y oposiciones de intereses, la mayor de las cuales es sin duda la que se da entre el capital y el trabajo, pero también hay otras más locales y específicas: agricultura contra manufactura, la ciudad contra el campo; obreros sindicados contra obreros sin syndicar; universitarios contra bachilleres; pequeño comercio contra grandes superficies. Muchos de los que protestan contra la globalización están defendiendo intereses económicos concretos y no necesariamente generales.

CONDICIONES PARA UN COMERCIO EXTERNO BENEFICIOSO

En vista de este cúmulo de intereses diversos y contradictorios, es evidente que el comercio internacional tendría que regularse de manera que beneficie, sobre todo y en primer lugar, a los ciudadanos más pobres. Pero aquí hay dos cuestiones distintas y separadas. Suponiendo que el comercio internacional produzca ganancias para un país, es decir, para las empresas residentes en él, hay que ver cómo se reparten las ganancias que “el país” ha conseguido. A veces se culpa al comercio de la pobreza de un país, cuando es evidente que el comercio le ha generado riqueza suficiente para mejorar sustancialmente el nivel de vida de todos los ciudadanos. Otra cosa es que, gracias a una estructura feudal de la tenencia de la tierra y del uso del poder social, los beneficios innegables del comercio internacional se concentran injustamente en unas pocas familias. Aquí la culpa hay que echársela a la estructura social del país, no al comercio internacional.

Es un hecho que el comercio que ha habido por lo menos en los últimos 100 años —para ceñirnos a datos verificables— no ha contribuido de forma significativa al desarrollo de muchos países, aunque también es verdad que ha contribuido al de otros muchos, entre ellos al de España. Eso podría indicar que el comercio internacional no es una fuente o un factor de desarrollo tan esencial como la inversión, la innovación, la estabilidad política, el buen gobierno, las instituciones adecuadas, la reforma social, de manera que, en ausencia de cuestiones más importantes,

no se puede esperar del comercio internacional los cambios que hacen falta para despegar en la vía del desarrollo sostenido. Harían falta ciertos requisitos nacionales para que el comercio internacional afectara al desarrollo. En pocas palabras, los efectos del comercio global sobre una determinada economía dependerán en gran medida de la forma como la economía está socialmente articulada e integrada en la economía mundial.

Para economías abiertas es importante que cuenten con ciertas defensas y cautelas, que hayan establecido sistemas de monitores, evaluación y control de los flujos externos de bienes, servicios y capitales. Es importante que existan agencias reguladoras que vigilen y sancionen comportamientos antisociales de individuos y empresas. El mismo tipo y volumen de comercio exterior en una economía descontrolada y mal gobernada, corrupta y en manos de poderes arbitrarios tendrá un efecto diferente que en una economía bien regulada, vigilada, respetuosa de las leyes y democrática. En la primera puede ser que el comercio exterior solo aumente la corrupción y el caos, en la otra puede contribuir mucho al desarrollo del país. Luego también las estructuras de los países que se integran en la globalización influyen mucho en los resultados de los fenómenos externos. La globalización, por otro lado, expone a más riesgos y por lo tanto impone más rigor a todos los agentes económicos, empresas, bancos, sindicatos y gobierno. En las economías abiertas hace falta más regulación de los mercados, más honradez en los tratos y mayor transparencia en los negocios que en las economías cerradas. Su ausencia ha sido ya la causa de algunas crisis recientes, como la de Indonesia en 1997, Corea del Sur en 1998 y otras.

El comercio internacional tiene que continuar creciendo para dar mayores oportunidades a los países y empresas de todo el mundo que están llegando a la madurez en la producción de bienes manufacturados, en cuya producción los países del Mundo Rico ya no tienen una ventaja comparativa tradicional. Pero el comercio tiene que crecer dentro de los parámetros de equidad y justicia, que hoy todavía son muy deficientes. Sobre todo es necesario que se abran los mercados de los países ricos a las empresas y los productores de los países pobres, con discreción y prudencia, pero con generosidad y decisión. Los países ricos son los que tienen mayor capacidad para compensar a las empresas y a los trabajadores que resulten afectados o perjudicados por el comercio internacional, es decir, para aplicar el principio de la compensación a paliar los daños causados a terceros. Las ganancias de esta apertura para los países ricos serán tales que, una vez compensados los perjudicados, todos queden mejor que antes de la apertura de los mercados nacionales.

A los países menos ricos o francamente pobres hay que aconsejarlos que sopesen bien los costos a largo plazo de un proteccionismo que puede estar favoreciendo en exclusiva a intereses especiales concretos (las empresas que producen sustitutos de los bienes importados), pero que perjudican a la mayoría de consumidores. En este campo, también se están cometiendo abusos. La equidad y la justicia requerirán desmontar un proteccionismo que no es más que una transferencia de recursos de los consumidores pobres a los productores ricos del país. Si esa fuera la situación, el proteccionismo resultaría ser una medida redistributiva perversa, porque trasfiere ingresos de los pobres a los ricos.

Los países ricos pueden y deben ayudar a los demás a realizarlos ajustes en la estructura productiva que mejor se adapte a sus posibilidades en los mercados internacionales. Pero no como se hizo en otros tiempos, fijando a los países en un par de productos sino ayudándoles a diversificar el abanico de productos que puedan exportar, con ayuda técnica, además de financiamiento especial y desde luego acceso a sus mercados.

En la ronda de negociaciones comerciales, que se inició en noviembre de 2001 con motivo de la Cuarta Conferencia Ministerial de la OMC en Doha, la capital del emirato de Qatar, los países ricos mostraron una cierta voluntad de hacer del comercio internacional en una economía global un instrumento de desarrollo económico y de progreso social. La nueva ronda de negociaciones comerciales que anunciaron no deja de ser una esperanza de que en la esfera del comercio internacional se den avances importantes. En la actualidad, la Ronda de Doha está estancada y prácticamente paralizada. No obstante, si la prometida Ronda no se pusiera en marcha de nuevo o fracasara, el comercio del siglo XXI entre el Mundo Rico y el Mundo Pobre seguirá siendo el viejo y herrumbroso instrumento de dominación neocolonial.



LAS VÍCTIMAS DE LA GLOBALIZACIÓN

El objetivo de este capítulo es identificar a las víctimas del proceso de globalización. Son suficientemente conocidos y alabados los beneficios que trae la mundialización: apertura de los mercados, mayores cantidades de capital a disposición de los inversores, progreso tecnológico, economías de escala en la producción. Sin embargo, quizá son menos conocidos los inconvenientes y daños que producen los procesos responsables de la mundialización o globalización de la economía. Por eso, he juzgado necesario hacer una consideración expresa del tema, porque preocupa mucho en ciertos círculos y a veces no existe la suficiente claridad sobre el vínculo entre procesos macroeconómicos y daños microeconómicos. Se trata de explicar los mecanismos por medio de los cuales las víctimas han llegado a este estado, y de proponer políticas económicas alternativas para que puedan superar su condición de víctimas. En el texto se señala además que están haciendo las víctimas mismas para cambiar esta condición.

VÍCTIMAS ECONÓMICAS

Consideramos víctimas económicas a las personas o los grupos de personas que sufren como efecto directo y demostrable de determinados procesos económicos. Los desempleados en una época de recesión económica, en la cual las empresas quieren reducir costos de operación reduciendo sus plantillas, serían un ejemplo bastante típico por desgracia. Un caso bien próximo sería el de los desempleados de la reconversión industrial en España en los años ochenta. Algunos de los despedidos se emplearon con sueldos iguales o semejantes. Otros tuvieron que aceptar puestos de trabajo peor remunerados que los que tenían. Otros no encontraron trabajo.

Quizá tengamos que distinguir al principio entre cuatro clases de víctimas:

- ▶ Las víctimas de una crisis económica, a las que llamarán *víctimas de la crisis*.
- ▶ Las que resultan de cambios e innovaciones normales —o positivas— del sistema económico. Son las *víctimas de la innovación tecnológica*.
- ▶ Las que resultan del funcionamiento normal y regular del sistema económico, que consideramos como *víctimas institucionales*.
- ▶ Las que resultan de un funcionamiento de los mercados que no se ajusta a la legalidad vigente para las transacciones económicas (víctimas de estafas, de fraude, de comercio de drogas y armas). Son *víctimas de la malicia humana*.

VÍCTIMAS DE LA CRISIS

Según un informe de la International Air Transport Association (IATA),¹ las líneas aéreas de todo el mundo perdieron negocio desde los atentados terroristas el 11 de septiembre de 2001 a las Torres Gemelas del World Trade Center. Sus pérdidas para 2001 se estimaban en 13 mil millones de euros y se despidió a unos 140 mil empleados. Estos empleados despedidos son típicas víctimas de una crisis parcial del sistema de economía de mercado. Muchos de ellos volvieron a encontrar trabajo en el sector o en la misma empresa, cuando las condiciones del transporte aéreo regresaron a la normalidad. Todos habrán sido compensados o indemnizados, según las leyes laborales de los distintos países.² Otros habrán tomado una jubilación anticipada. Lo más probable es que ninguno de ellos se quedará en la calle sin algún tipo de protección.

De cualquier modo, estas personas sufren y por eso son víctimas. Por cierto, este tipo de víctimas ha aumentado en los últimos tiempos de euforia en la bolsa —como fue en los primeros del capitalismo— en que, a cualquier reducción de la tasa de ganancia, se trata de elevar la confianza de los mercados por medio del procedimiento simple, aunque cuestionable desde el punto de vista de la eficiencia a largo plazo, de despedir gente. No hay medida más segura que el director de una gran empresa pueda tomar para aumentar el valor de las acciones de su empresa que anunciar el

¹ *El País*, 10 de octubre de 2001.

² Porque en todos los países ricos se ofrecen indemnizaciones a los empleados con contrato laboral regular que son apartados de sus puestos de trabajo.

despido de miles de trabajadores.³ La inmediata reducción de costos corrientes que el despido produce aumenta los beneficios, la tasa de ganancia y las ganas de los inversores en comprar acciones de esa empresa. Naturalmente, cuando todas las acciones están cayendo, como pasa en los momentos de recesión, los despidos masivos tienen otro significado. Son un mal augurio de las posibilidades de la empresa para enfrentar la crisis.

VÍCTIMAS DE LA INNOVACIÓN TECNOLÓGICA

Nos referimos aquí a aquellas personas que se quedan sin trabajo por el cambio de tecnologías productivas, o por otros cambios en la organización de las empresas en las que trabajan. Se entiende que estos cambios son independientes de la coyuntura y responden más bien a consideraciones de la competitividad a mediano y largo plazos. La introducción de los cajeros automáticos y de la banca por la Internet, por ejemplo, está propiciando un recorte del número de empleados que necesitan los bancos en medio de una expansión de las sucursales bancarias. Sin estas nuevas tecnologías el número de empleados bancarios sería mayor —lo cual no sé si sería necesariamente bueno— y no habría un número tan elevado de prejubilados entre sus filas. Que las prejubilaciones y algunos despidos se hagan en buenas condiciones económicas no les quita el carácter de perjudicados, en cuanto han terminado su carrera labo-

³ “Yahoo! Se dispara un 14% en Bolsa tras anunciar otro ajuste de planilla”. En *El País*, 12 de octubre de 2001, p.71. La reducción anunciada se elevaba nada menos que al 12% de la planilla.

ral antes de lo que la mayoría hubiera querido, si les hubieran dado alternativas. Obviamente hay casos peores de las víctimas de la innovación tecnológica. Lo importante aquí es explicar la categoría.

Una fusión de dos empresas, que también se puede considerar como una innovación organizativa, a menudo ocasiona jubilaciones anticipadas y despidos. Las fusiones y compras de empresas, que en estos últimos años han sido tan intensas, han causado la destrucción de cientos de miles de puestos de trabajo en los países ricos y emergentes. En el sector bancario español, por ejemplo, las fusiones y concentración bancarias ha eliminado decenas de miles de puestos de trabajo, además de los que ha eliminado la introducción de nuevas tecnologías. Las posibilidades de empleo que se han destruido por las privatizaciones en los países en vías de desarrollo, son incalculables. Procesos que eran intensivos en el uso de la mano de obra, como correspondía la dotación relativa de factores en esos países, han sido sustituidos por procesos intensivos en capital, que eran más apropiados a las empresas de países ricos que adquirieron las empresas privatizadas.

El traslado de las empresas a otras regiones o países genera otra categoría de daños y perjuicios. No hay más cambio que su localización, cuando se van del país. Claro que estos traslados de empresas, mientras perjudican a los trabajadores del país de donde salen, benefician a los del país en que se instalan. Sin embargo, no existen mecanismos para que los países que ganan —muchas veces países pobres—compensen a los trabajadores de los países que pierden las empresas. Esta compensación la tienen que hacer

los estados, si tienen los medios y voluntad para ello. Más aún, la mera posibilidad de que las empresas se trasladen a otros países ha sometido a los trabajadores a un nuevo tipo de presión para frenar sus reivindicaciones. No cabe duda que esto es una nueva manera de producir víctimas de un cierto chantaje empresarial.

Hace un siglo el movimiento de los Ludditas, que tomó el nombre de John Ludd su promotor, rompía las máquinas, porque según ellos robaban los puestos de trabajo a los obreros. A la larga, en el Reino Unido y otros países industrializados, las máquinas crearon muchos más empleos de los que destruyeron. Quizá con las modernas tecnologías suceda a la larga lo mismo. Pero mientras se crean nuevas oportunidades de empleo, la rápida adopción de nuevas tecnologías está produciendo en el mundo una destrucción neta de trabajo, que las autoridades no están en condiciones de compensar. Los cambios generan víctimas, y aunque no nos podamos oponer a los cambios técnicos y organizativos, u organizacionales, tenemos que enfrentar esta realidad con imaginación y generosidad.

VÍCTIMAS DEL FUNCIONAMIENTO NORMAL DE LA ECONOMÍA DE MERCADO

Todos los hambrientos del mundo, que son varios cientos de millones, pueden ser considerados víctimas del funcionamiento normal de los mercados, o bien porque en sus lugares de origen no funciona un mercado normal de alimentos, o bien porque, funcionando esos mercados, los hambrientos no pueden comprar en ellos los alimentos que necesitan porque no tienen dinero suficiente para ello.

Los mercados solo se establecen donde hay dinero. Y en los mercados solo se entra con dinero, y quien no tiene dinero no puede comprar. Cuando la satisfacción de las necesidades básicas se tiene que hacer por medio de mercancías, esta satisfacción se vuelve dependiente de la capacidad de pagar de los necesitados. Por lo tanto, tenemos aquí una nueva y más dramática categoría de perjudicados que no resultan de crisis ni cambios tecnológicos sino de la manera de ser y funcionar de los mercados. Son en algún sentido víctimas estructurales de la economía de mercado, que es la base de nuestro sistema económico.

El mercado de alimentos, como el de vivienda, educación y cuidado de la salud, tendería a excluir del disfrute de estos bienes a quienes no tengan dinero. Por eso en los países ricos algunas de estas cosas se han sustraído al dominio del mercado. Han pasado de ser bienes privados, como eran hace cien años,⁴ a ser bienes públicos (educación, salud, justicia, seguridad), que el estado distribuye a todos los ciudadanos, sin consideración de sus ingresos y sus posibilidades económicas. Son las medidas y actuaciones que forman lo que se llama el “estado del bienestar”. Esta intervención del estado es un correctivo de los efectos negativos del mercado, sobre todo de la distribución de bienes públicos que podría hacer el mercado.

Sin embargo, no todas las cosas necesarias y convenientes para la vida son bienes públicos: la vivienda, por ejemplo, no lo es en la mayoría de los países del mundo, ni los alimentos y los vestidos, así como otras cosas no estrictamente necesarias para la vida, pero que constituyen

⁴ Y como lo son todavía en algunos países en vías de desarrollo.

elementos casi indispensables en lo que se considera un estándar de vida decente en sociedades avanzadas y ricas. Los que no tienen acceso a estas que llamaremos “amenidades” suelen ser considerados como pobres (los que no pueden hacer vacaciones, hacer viajes de placer, comprar libros y discos o ir al teatro, por falta de dinero) están en alguna medida en inferioridad de condiciones “normales” del sistema. Resulta obvio que en la medida en que el estado de bienestar es menos fuerte y generoso, y otros mecanismos de redistribución no funcionan, los mercados en su desempeño normal producen más desastres, gentes que quedan excluidas del logro y el disfrute de muchas de las cosas necesarias y convenientes para la vida, que solo se pueden obtener comprándolas por dinero, porque el estado no las distribuye. Esta es la situación en la mayoría de los países subdesarrollados. La solución a este problema estaría o bien en distribuir las cosas esenciales y convenientes para la vida por medio de un mecanismo de asignación diferente del mercado (el “estado del bienestar”, por ejemplo), o bien dando a todos y cada uno de los ciudadanos los medios suficientes para comprarlas en los mercados (la renta ciudadana, por ejemplo).

VÍCTIMAS DEL FUNCIONAMIENTO ILEGAL DE LOS MERCADOS

Pregunten a los inversores de la empresa Enron si se consideran o no víctimas del funcionamiento ilegal del mercado, es decir, de una estafa. Pregunten a las mujeres esclavizadas en los clubes de alterne; a los extranjeros indocumentados explotados en empresas ilegales; a los jóvenes de ambos

sexos que se arruinan la salud física y mental ingiriendo drogas de diseño; a los campesinos centroamericanos productores de café a quienes pagamos el saco de 60 kilos a 45 dólares, un precio que no les llega para cubrir los costos de producción; a los niños africanos que juegan con armas mortíferas que les hemos vendido a cambio de diamantes. Todos estos son ejemplos de víctimas del mercado. Son mercados ilegales o injustos, por supuesto, pero no por eso menos mercados, en los que reina la oferta y la demanda, y el motivo de lucro como ley suprema.

Ya hemos argumentado en otra parte⁵ que el mercado, para ser útil y provechoso para la sociedad, tiene que estar protegido contra la avaricia y la ambición por un marco legal que determine el objeto y el sujeto de la compraventa y en qué condiciones se puede realizar. Fuera de un marco legal apropiado, el mercado es un instrumento mortal, inhumano y antisocial, que se nutre de las bajas pasiones y los instintos de la persona humana a los que explota sin escrúpulos para obtener lucro. Así se explica la prostitución, que en España emplea al año a unas 200 mil personas y factura alrededor de 13 mil millones de dólares, según el informe de una comisión parlamentaria. Así se explica la existencia de activos mercados de pornografía infantil, de drogas, de armas, así como el tráfico de esclavos y esclavas, que es probable que en nuestros días mueva más gente que en los siglos XVI y XVII, cuando el tráfico de esclavos se

⁵ Sebastián, Luis de. *El rey desnudo. Cuatro verdades sobre el mercado*, Trotta, Madrid, 1999.

consideraba un actividad mercantil perfectamente legal y más prosperaba.⁶

El funcionamiento de mercados ilegales produce un gran número de víctimas. Gran parte de la población reclusa en España está relacionada de alguna manera al tráfico y consumo de drogas. La mayor parte de los crímenes de sangre, ajuste de cuentas, venganzas o simples asesinatos se relaciona con mercados ilegales, que se mueven en los nunca mejor llamados “bajos fondos” de la sociedad. Víctimas son las miles de familias destruidas y de vidas condenadas a sufrir los fantasmas de la depresión y la psicosis, como producto del consumo de las drogas.⁷ Y no nos olvidemos de los millones de refugiados en países pobres, que sufren extrema miseria como consecuencia de las guerras civiles o tribales, que los países ricos hemos alimentado con armas —un mercado legal la mayoría de las veces, pero siempre injusto— y dinero para tener parte en sus riquezas minerales.

LA CONDICIÓN EN QUE SE ENCUENTRAN LAS VÍCTIMAS

Una vez que hemos identificado las distintas clases de víctimas económicas que se producen en nuestros días, tendríamos que parar mientes en la condición en que se encuentran esas víctimas. Porque no todos se encuentran

⁶ “Los esclavos de nuestro tiempo”. En *Éxodo*, núm.55, septiembre–octubre de 2000, y “Más de 200.000 niños son comprados a sus familias como esclavos en África occidental”. En *El País*, 19 de noviembre de 2001.

⁷ Y del alcohol, que se compra y se vende en mercados legales.

en la misma situación. Algunas son víctimas de procesos legales, y en cierta manera naturales, que no necesariamente son perjudiciales a la sociedad (como es el caso de la innovación tecnológica), y de los cambios que se dan en la estructura y organización de las empresas. Aunque, como ya hemos dicho, en estos procesos puede haber abusos en la medida en que se recurre con demasiada facilidad a la producción de víctimas —por despidos injustificados, por ejemplo—, en general estos cambios son necesarios para el progreso de la sociedad. Si se tratan de víctimas de procesos que en su conjunto resultan positivos para la sociedad, la justicia pide que de las ganancias totales de la sociedad se destine alguna parte para compensar a los perjudicados. La innovación social no se puede detener. El progreso exige muchas veces cambios que perjudican a algunas personas. La compensación de los perjudicados es la manera lógica y humana de legitimar los cambios desde el punto de vista del conjunto de la sociedad.

Si, por otra parte, las víctimas resultan del funcionamiento desordenado o salvaje de los mercados, como puede ser en ciertas crisis financieras y en el intercambio desigual entre los países del Mundo Rico y los del Mundo Pobre, la justicia no se contentaría con una compensación, siempre problemática en estos casos, sino que exige una reparación radical de la situación, con regulaciones y medidas que traten de evitar que su produzcan más víctimas. Por último, si las víctimas surgen del funcionamiento de los mercados o actividades económicas ilegales, es obvio que la compensación de los perjudicados, aunque fuera posible,⁸ no bastaría

⁸ Que por lo general no lo puede ser, por la dificultad en identificar las víctimas.

para restablecer la justicia, si no se cambia de manera radical su situación. Por ejemplo, en el caso de la esclavitud de mujeres emigrantes en los clubes de alterne: ciertamente la sociedad debe repararles el daño causado, pero sobre todo devolverles la libertad y asegurar el respeto de sus derechos humanos.

En cuanto a las distintas víctimas de los cambios justificables la diferencia está en la posibilidad de compensación. Si las víctimas son minorías, cuya condición ha sido producida por causas que tienden a generar más riqueza en la sociedad, como puede ser el cambio tecnológico y organizacional o como puede derivarse del funcionamiento normal de los mercados, entonces la sociedad tiene la posibilidad —y con ella el deber— de compensar a los que salen perdiendo de esos procesos. En pocas palabras, la mayoría que sale beneficiada debe compensar a la minoría perjudicada. Si la creación de riqueza ha sido suficiente, todos saldrán beneficiados del cambio y todos contentos.

Lo malo es cuando la mayoría que sale beneficiada de los cambios e innovaciones no quiere desprenderse de nada de sus ganancias y se niega a compensar a los perjudicados. Esta situación es injusta, porque el beneficio de unos se basa en el perjuicio de otros, en cuanto los dos resultados son producidos por el mismo proceso. La compensación no es una cuestión de generosidad sino una obligación de justicia. Esta compensación no debe dejarse a la voluntad o generosidad de los individuos y las empresas. El estado, como principal agente árbitro y redistribuidor de cargas en una sociedad democrática, tiene que tomar a su cargo la compensación de los perjudicados. Tendría que haber un consenso suficiente para que esta compensación se acepte

de buen grado y no genere conflictos. En las sociedades democráticas avanzadas, no suelen darse estos conflictos, con tal que se demuestre que un colectivo de personas ha sido perjudicado por alguno de los cambios y circunstancias que aumentan el bienestar general. Por ejemplo, nadie protestó en la Unión Europea cuando la Comisión adoptó medidas económicas para compensar a los oficiales de aduanas que habían quedado redundantes, cuando se eliminaron las aduanas entre los miembros, un suceso que se consideró casi universalmente como una gran ventaja y un gran adelanto para las relaciones intercomunitarias.

Peor es la suerte de las víctimas cuando los beneficiados son pocos y los perjudicados son muchos, como suele suceder en las sociedades duales de los países del Mundo Pobre. No solo porque las ganancias pueden no ser suficientes para compensar a todos sino porque los beneficiados pueden no querer compartir con la mayoría lo que han ganado, por miedo a perder sus ventajas, ventajas que les han llevado a beneficiarse de un reparto tan desigual de la riqueza. Entonces la sociedad se encontrará dividida irreconciliablemente en ganadores y perdedores, sembrando las semillas de la desigualdad, desunión y pérdida del consenso ciudadano que hace falta para que la democracia funcione. Las víctimas sin compensación son las que más sufren. A ellas vamos a referirnos expresamente en adelante.

COSTOS ESPECÍFICOS DE LA GLOBALIZACIÓN

Como ya he explicado antes, la globalización se puede entender o bien *in fieri*, es decir, como un proceso inacabado, cuya dirección no está fijada ni su rumbo predeter-

minado, el cual por lo tanto puede ser cambiado y dirigido hacia objetivos de mayor equidad y justicia, o bien *in facto esse*, es decir, como un resultado por lo menos provisional de un largo proceso. Es importante que consideremos con atención las víctimas que ha causado hasta ahora el proceso de globalización, para que lo podamos dirigir mejor, esto es, con mayor humanidad hacia el objetivo de conseguir más justicia e igualdad, así como más eficiencia en el uso de los escasos recursos del planeta.

Hasta ahora, la globalización ha sido un proceso de cambios en la estructura económica de los pueblos, en sus aparatos productivos y sus instituciones financieras, basado en una revolución de las comunicaciones e impulsado en lo político por una ideología fanáticamente propulsora del mercado como sistema ideal de asignación de recursos y de distribución de productos. En la última década, se han producido tantos cambios en las condiciones de producción y distribución de bienes y servicios que ya casi no se reconocen las estructuras productivas, empresas e instituciones de hace diez años. No es extraño que estos cambios, tantos y tan radicales, hayan producido un gran número de perjudicados en todos los sentidos arriba explicados. Vamos a considerar algunas categorías, sin pretender ser exhaustivos en la enumeración y el análisis. Vamos a considerar ante todo las víctimas no compensadas, las producidas por este proceso en el Mundo Pobre, aunque, como ya hemos apuntado, hay muchas también en el Mundo Rico.

LOS DAÑOS DE LA LIBERALIZACIÓN DEL COMERCIO

La liberalización del comercio exterior consiste básicamente en renunciar de manera unilateral a la protección que se da a las empresas nacionales (y extranjeras residentes) frente a la competencia de empresas extranjeras. Los productos nacionales que compiten⁹ con las importaciones se protegen por medio de los aranceles,¹⁰ que elevan el precio de los productos extranjeros; las cuotas, que limitan la cantidad que se puede importar del producto extranjero; los estándares y especificaciones, que limitan el número de productos que se ajusta a ellas, y otras medidas administrativas.¹¹ Todas estas previsiones crean una atmósfera favorable a las empresas residentes en el país —sean de propiedad nacional o extranjera. Las exportaciones se protegen de varias maneras: reduciendo impuestos a las empresas exportadoras o por medio de subsidios, créditos baratos o tipos de cambio favorables.

La liberalización elimina todos estos procedimientos y deja que los productos extranjeros entren y compitan libremente en el país. Las empresas residentes que no estén preparadas para enfrentar la competencia extranjera, es decir, los precios y la calidad del producto que ofrecen los productores extranjeros, o venden sus instalaciones, o cierran, o se renuevan para competir. Por desgracia, las dos primeras opciones han sido las más frecuentes en los países

⁹ Es decir, los que son semejantes a ellas y por lo tanto son buenos sustitutos de las importaciones.

¹⁰ El “arancel” es un impuesto sobre el valor de las importaciones.

¹¹ Como controles de salud, pureza de las mezclas o calidad de los componentes.

a medio desarrollar. Las empresas cierran o cambian de manos y se reestructuran, y en cualquier caso queda mucha gente en la calle. Se dirá que esas empresas eran ineficientes y por eso no pudieron resistir la competencia extranjera. Es posible, pero el perjuicio que se causa al empleo nacional, aunque estuviera económicamente justificado, no deja de ser una tragedia humana. El sufrimiento es mayor si esta liberalización se hace de la noche a la mañana, sin la debida preparación. Las empresas españolas, por ejemplo, sabían varios años antes de entrar en la Comunidad Europea en 1986 que debían hacerse competitivas. Tuvieron tiempo para prepararse, aunque muchos empresarios no lo aprovecharon y acabaron vendiendo sus empresas a los extranjeros. No obstante, en muchos países de América Latina las liberalizaciones se han hecho sin avisar y sin preparar la industria nacional —por medio de una adecuada política industrial y comercial— a recibir los embates de la competencia exterior.

Este es un caso claro para la compensación de los perjudicados por los que se benefician. Porque la liberalización también tiene sus ventajas, sobre todo para el consumidor, que podrá comprar mejores productos a precios internacionales, los cuales por lo general son más bajos que los nacionales (con el arancel). El argumento vale siempre que la liberalización no cambie mucho el patrón de consumo. En los países pobres la liberalización de las importaciones ha tenido el efecto secundario —y no necesariamente buscado— de importar más que antes productos de mejor calidad, cambiando los patrones de consumo con importaciones de lujo, lo que ha hecho a todos gastar más en consumo. En Chile, en los años setenta, este fenómeno fue

notorio. Las calles se llenaron de Mercedes, Audis y BMW, la gente bebía Chivas Regal como si fuera un vino local y aparatosas cadenas estereofónicas Sony y AIWA aparecieron en muchos hogares. Hubo mucha gente que se endeudó por encima de sus posibilidades (y muchos importadores quebraron). Unos y otros, aunque con diferentes consecuencias, cayeron víctimas de un consumismo desenfrenado. Eso mismo ha traído la liberalización comercial en otros países de América Latina en los que se siguió al pie de la letra las prescripciones de liberalizar el comercio exterior.

LOS COSTES DE LA INTERNACIONALIZACIÓN DE LA PRODUCCIÓN

Mucho más clara, como causa de perjuicios y estragos en las poblaciones del mundo, es la destrucción de empleos y de empresas medianas y pequeñas que genera el desplazamiento de las grandes empresas a otros lugares. El desplazamiento de las empresas, aunque muchas veces esté justificado desde el punto de vista de su gerencia, siempre deja víctimas en los lugares en que estaban establecidas. Entre ellas, hay que contar, además de los desempleados de estas empresas, a todas las empresas secundarias o auxiliares que hacían su negocio como proveedores de las primeras. El cierre, por ejemplo, de la fábrica de automóviles SEAT en Martorell (Barcelona) —una eventualidad que sus ciudadanos se temen—, generaría una serie de víctimas entre la multitud de empresas auxiliares y conectadas con el automóvil. La globalización ha traído consigo el desplazamiento de un cierto número de empresas de los países ricos a países más pobres. En estos casos los perjuicios se han producido

en los países ricos, que siempre tienen más capacidad de compensar. Pero no dejan de contarse en el número de las víctimas de la globalización.

Pocos casos conozco de traslados de empresas de países pobres a países más ricos, aunque sí ha habido en estos cierres de sucursales y filiales de empresas extranjeras, que trataban de concentrar o consolidar sus actividades en mercados más amplios y poderosos. Esto ha sucedido con algunas plantas de ensamblaje de automóviles en Brasil, Argentina, Indonesia y Tailandia. La creciente movilidad de las empresas, como consecuencia de la globalización, en todas las direcciones es propicia a la generación de focos de desempleados y mucho sufrimiento humano. Pero este proceso tampoco es muy significativo, dado que la inversión directa se está concentrando de forma desmesurada en los países ricos, lo cual crea problemas de otro tipo.

LAS CONSECUENCIAS DE LAS NUEVAS TECNOLOGÍAS

Desde los tiempos de los Ludditas en el siglo XIX, aquellos tejedores, seguidores del anarquista John Ludd, que destruían los telares accionados mecánicamente, porque, según ellos, quitaban empleo a los hombres, ha habido entre los trabajadores una sospecha contra las innovaciones tecnológicas. Ahora existen muchos “Ludditas de los últimos días” y quizás con razón. La introducción de los ordenadores, los avances de las tecnologías de la información y últimamente la Internet ha sustituido toda una serie de actividades, que antes se hacían manualmente o por seres humanos reales, por la actividad de las máquinas. Estas innovaciones que ahorran trabajo, pueden estar indicadas y

contribuir a aumentar el bienestar social de una colectividad en la que el trabajo humano es escaso y resulta demasiado caro. Sin embargo, introducidas estas innovaciones en sociedades en las que el trabajo es abundante y barato, aun el bien calificado, la cuestión cambia. Los beneficios que reciben las empresas que las introducen no necesariamente contribuyen a aumentar el bienestar de la sociedad y lo pueden perjudicar, si en el proceso destruyen puestos de trabajo y contribuyen a aumentar la pobreza.

Algunos ejemplos servirán para ilustrar el argumento. En la industria bancaria, la introducción de los cajeros automáticos, que dispensan dinero las 24 horas del día sin tener que hacer largas colas y la adopción de la banca por la Internet ha hecho redundantes a miles de empleados bancarios. Y aunque, por lo menos en España, no haya habido despidos en masa, las innovaciones han frenado la función tradicional del sector bancario de absorber trabajo medianamente calificado. Por otra parte, las innovaciones han dado pie para que en cada nueva fusión de bancos e instituciones financieras se prejuble a miles de empleados (víctimas con unas compensaciones decentes). Los contestadores automáticos, con todos sus menús, sus musiquitas y su “danza de números” han reducido la necesidad de las voces “humanas” de las secretarías. Las agencias de viajes están notando la competencia de las agencias virtuales que venden billetes de avión por la Internet. Las librerías y las tiendas de discos también acusan la competencia de las ventas por la Internet.¹²

¹² Aunque esto es un fenómeno propio de los países mas avanzados, mientras que en los países menos desarrollados no se registra mucho tráfico en el comercio electrónico.

También es verdad que el comercio por la Internet, el *outsourcing*¹³ y la tecnología de la comunicación (pensemos en la venta de teléfonos móviles) está generando importantes demandas de empleos en nuevos campos: en la industria del entretenimiento con películas, videos y videojuegos; en las agencias de paquetería, correos privados y servicios de entrega, como resultado directo de las compras en la Internet. Como en tiempos pasados y en casi todas las coyunturas, la innovación siempre tiene un elemento de destrucción junto a su elemento de creación y construcción. El tiempo dirá cuál es el balance neto entre la destrucción de empleo o la creación de empleo por las nuevas tecnologías en los países ricos.

En los países pobres, sin embargo, ya ahora se puede afirmar que la destrucción de procesos productivos intensivos en mano de obra (trabajo humano), por muchos puestos de trabajo que se creen para ciudadanos con mayores calificaciones laborales (como parece que sucede en la India con los programadores), dará un balance negativo. En efecto, en ellos se hará más difícil crear puestos de trabajo para las masas de trabajadores poco cualificados, que por desgracia son la mayoría, mientras no se mejoren sustancialmente los sistemas educativos y se incorporen a ellos los niños y niñas de esos países. Ahora en cualquier trabajo, cajero de un supermercado o repartidor de paquetes, se necesita una cierta familiaridad con la computación y ciertas habilidades numéricas para usar los aparatos de registro y control. La fuerza bruta será cada vez más reemplazada por máquinas

¹³ Subcontratar con empresas externas servicios que antes proveía la misma empresa, como la comida en las fábricas, escuelas e instituciones públicas.

potentes y sabias, con microchips incorporados que suplan la acción de muchas personas.

No queremos pecar de pesimistas y de “Ludditas” en esta cuestión. Las nuevas tecnologías ofrecen muchas y nuevas oportunidades. Pero los más pobres no tienen acceso a ellas, sin que por ello estén a salvo de las malas consecuencias que las innovaciones pueden producir. Tienen en realidad lo peor de los dos mundos: afectados negativamente por las innovaciones, sin tener acceso a las ventajas que ellas ofrecen. La Internet, de ser el “gran igualador”, como se le ha dado en llamar por las oportunidades que ofrece, está resultando para gran parte de la humanidad el “gran divisor”, por las diferencias que crea entre los que tienen y los que no tienen acceso a la Internet. Porque parece ser un hecho que la mayor parte de los habitantes del Mundo Pobre está todavía muy alejada del empleo normal de las nuevas tecnologías, como no sea el teléfono móvil,¹⁴ cuyo uso está trayendo muchas ventajas a poblaciones pobres y apartadas y más traería si fuera más barato.

LAS CRISIS FINANCIERAS

Una de las características esenciales del proceso de globalización es la libre circulación de capitales. Los capitales públicos, pero en su gran mayoría privados, circulan de

¹⁴ Mohamed Yunus, el creador del Grameen Bank, el banco de los pobres en Bangladesh, ha introducido teléfonos móviles en los abandonados sectores rurales de su país, a cargo de una mujer (*the telephone lady*). Eso ha aumentado, entre otras cosas, la comunicación de los productores agrícolas rurales con mercados más amplios que los estrictamente locales, con mejor conocimiento de los precios que se pagan en ellos y de las oportunidades para dar salida a sus productos.

varias formas. En general, los capitales circulan para adquirir activos de capital, ganar dinero con ellos y aumentar así su capital original, en un proceso al que solo la crisis pone fin. Esos capitales que circulan libremente por el mundo están compuestos no solo por las fortunas privadas de grandes millonarios sino también por los ahorros, depositados en fondos de inversión o fondos de pensiones, de millones de personas privadas, como usted y como yo, es decir, los ahorros de la población. A ellos se añaden las reservas de las compañías de seguros, bancos, empresas multinacionales y gobiernos, así como los fondos líquidos de cualquier empresa o institución que en su funcionamiento diario genere mucha liquidez, como los supermercados.

Estas enormes masas de dinero son movidas por lo general no por sus propietarios sino por gerentes especializados en el movimiento de capitales, los gerentes financieros de los fondos de inversión y de pensiones, los directores financieros de las grandes empresas y bancos. Estas personas manejan un poder económico inmenso. Su misión es rentabilizar el dinero, hacerlo que crezca lo más posible, para lo cual tiene que estar oteando siempre el horizonte para descubrir ocasiones de ganancias. Ese dinero les ha sido confiado por todos nosotros para que crezca. No conviene olvidarlo a la hora de asignar responsabilidades y buscar culpables.

Los capitales realizan dos tipos generales de inversión: como inversión de cartera y como inversión directa. Esta segunda es la inversión realizada cuando una empresa española (Repsol, por ejemplo) compra una empresa en Argentina (Yacimientos Petrolíferos Fiscales) o cuando CEMEX, una empresa mexicana, establece una fábrica en

Rusia. Las llevan a cabo sobre todo las empresas multinacionales, con dinero propio o dinero que obtienen en la bolsa (con ampliaciones de capital, por ejemplo) o por medio de préstamos bancarios. Para poseer una empresa no es necesario que compren todas las acciones de la organización. A veces basta adquirir un número suficientemente grande de acciones para poder controlar su gestión. Una peculiaridad de esta inversión es que suele ser a largo plazo. Una empresa adquiere otra no para venderla de inmediato sino para administrarla y sacar un rendimiento en un plazo de varios años. No suele ser una inversión especulativa.

La “inversión de cartera” internacional consiste en adquirir activos financieros de otro país, como bonos del Tesoro, notas, acciones de empresas (sin poder de control), obligaciones, derivados financieros, certificados de depósito o simples cuentas bancarias (que se pueden concebir, como la compra de unos derechos de depósito). A veces solo se compran activos en moneda extranjera bajo cualquiera de sus formas (por lo general muy líquidos), para desprenderse de la moneda nacional —o de la moneda desde la que se establece la comparación— si se espera que esta se devalúe. Este tipo de inversión suele ser a más corto plazo y por su naturaleza se presta más a la especulación. De hecho, la mayor parte de la especulación se lleva a cabo con alguna de las modalidades de este tipo de inversión.

Ahora bien, la mayor parte de la inversión internacional, tanto directa como de cartera, se hace sobre todo entre los países ricos. Entre 75% y 80% de los capitales que se mueven en el mundo van de unos países del Mundo Rico a otros del mismo, y solo alrededor de una cuarta parte (20%–25%) se invierte en todos los demás. El capi-

tal privado es más selectivo y entre todos los países que no son miembros del Club de los Ricos (la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos, OECD),¹⁵ concentra su inversión en los “países emergentes”, formado por un número pequeño, de unos 25 o 30 países más desarrollados, con más recursos naturales y con mayores mercados que los más pobres. China, Brasil, Argentina, México, Indonesia, Sudáfrica, Chile, Tailandia, Nigeria, Egipto, Venezuela y otros por el estilo.

Prescindiendo ahora de la cuestión de si es deseable o no que este capital internacional vaya a un país, es evidente la mala distribución del capital financiero internacional en el mundo. El capital no va a donde más se necesita, y donde según la teoría económica tendría mayor productividad marginal,¹⁶ sino donde teniendo en cuenta todas las circunstancias del país la posibilidad de hacer buenos beneficios es más segura. Este criterio de selección de los países destinatarios de la inversión deja a los países pobres hambrientos de capital y olvidados por los flujos privados. Estos países se tienen que contentar con las migajas de capital que representan los flujos públicos de capital, bilaterales (de gobiernos) y multilaterales (de organismos internacionales), calificados como ayuda al desarrollo. Aquí aparece un nuevo tipo de víctimas de la globalización, los excluidos de la circulación de capitales. Son víctimas de los

¹⁵ La OCDE es en realidad un club de los países ricos que recoge datos, hace proyecciones y recomienda políticas económicas a los 34 países miembros. Su cooperación al desarrollo se limita a coordinar la ayuda oficial de los países miembros. A él pertenecen todos los países ricos más Turquía y México, que han sido los últimos admitidos.

¹⁶ Pero obviamente mucho más riesgo si el país es pobre y mal gobernado.

criterios económicos que rigen la circulación internacional de capitales.

Perjudicados por este tipo de circulación resultan los países emergentes y sus ciudadanos, cuando los flujos privados de capital, que entraron con banderas desplegadas, les abandonan a toda prisa, asustados por alguna medida menos oportuna del gobierno del país, por rumores políticos o por contagio de los problemas de otros países emergentes. Los casos de México en 1995 e Indonesia en 1998 ilustran este tipo de daños que puede causar la globalización. La salida de capitales comenzó en México a raíz de una devaluación de 10% en diciembre de 1994. No fue creíble. Los mercados, es decir, los gestores de los fondos de inversión en todas sus variedades, comenzaron a sacar el dinero de México, cambiando pesos por dólares. En tres meses, unos 40 mil millones de dólares habían abandonado el país. Entre esa suma, había también dinero de mexicanos, todo hay que decirlo.¹⁷ Para 1995 el producto interno bruto (PIB) mexicano se redujo en 7% y el desempleo aumentó en varios millones, de los cuales uno aumentó solo en el Distrito Federal. La capacidad de crear enormes crisis en pocos meses se volvió a experimentar en Indonesia en 1998. Tras la sorpresiva devaluación del *bath* tailandés en 1997, la rupia Indonesia sufrió un gran ataque especulativo, lo que derrumbó todas las esperanzas que los inversores y los indonesios habían puesto en la inversión

¹⁷ Que según el semanario *The Economist* fueron los primeros en sacar su dinero del país. Sobre el papel de los financieros locales en las salidas de capital véase: Friedman, Thomas L. *The Lexus and the olive tree*, Anchor Books, Nueva York, 2000, p.128.

extranjera. A lo largo de 1998 unos 65 mil millones de dólares abandonaron el país. La economía sufrió una gran depresión con tasas negativas de cambio del PIB hasta el año 2000. Se destruyeron millones de empleos y la pobreza hizo su violenta aparición en las calles de Yakarta, la capital del país. La Crisis Asiática afectó a Corea del Sur —una economía relativamente madura—, Tailandia, Filipinas, Malasia, llegando sus efectos, vía contagio, a los países emergentes de América del Sur y del Este de Europa.¹⁸

Cuando esto se escribe (2008), el mundo está inmerso en una enorme crisis de falta de liquidez bancaria a consecuencia de las llamadas “hipotecas basura”, unos títulos de mucho riesgo, creados en Estados Unidos, que han fracasado y han sembrado de activos devaluados el sistema financiero mundial. Se teme que esta catástrofe que comenzó a causa de la avaricia y la desvergüenza de unos cuanto banqueros, ante la pasividad del gobierno (“el mercado se regula él solo”, decían), cause muchos problemas en el comercio internacional y el crecimiento económico de todo el mundo.

La culpa de estas catástrofes no es solamente del capital internacional y de quienes los mueven. Los mismos países, esto es, sus gobernantes, tuvieron mucho que ver en ello. Con sistemas bancarios poco regulados, nada transparentes y bastante corruptos, el endeudamiento excesivo en moneda extranjera creó una situación delicada, al punto que cualquier mala noticia o medida torpe podía cambiar la euforia en pánico. Quienquiera que tuviera la culpa de la fuga de

¹⁸ Véase sobre el tema de la crisis asiática: Krugman, Paul. *The return of depression economics*, Norton, Nueva York, 1999.

capitales, la mayoría de la gente nada tuvo que ver ni en la entrada ni en la salida del capital extranjero. Más aun, las mayorías no sacaron muchas ventajas cuando abundaba el capital, pero sufrieron privaciones y escasez cuando el capital abandonó el país.

BAJO EL PESO DE LA DEUDA EXTERNA

Los países pobres no han recibido grandes inversiones de capital privado¹⁹ sino sobre todo los fondos de ayuda al desarrollo —gran parte de los cuales son préstamos. Son los fondos de la ayuda bilateral (de gobierno a gobierno) y los de organismos multilaterales, como el Banco Mundial, los bancos regionales de desarrollo, el Fondo Monetario Internacional (FMI) y otras agencias con menos fondos. Aunque se otorgan en términos concesionales, es decir, en mejores condiciones que los bancos comerciales, esos préstamos también se tienen que devolver. Su devolución ha causado ahora una situación extrema en algunos países, como Mozambique, Kenia, Angola o Nicaragua. Sus deudas suponen tres o cuatro veces el valor de todos los bienes y servicios producidos en un año en el país.

El servicio de estas deudas, es decir, el pago de intereses, emplea entre 30% y 40% del gasto público del país y consume la mitad de la moneda extranjera que recibe por las exportaciones. A estos niveles el peso de la deuda supone una carga imposible de llevar, mientras se trata de solucionar otros apremiantes problemas de la economía del

¹⁹ Aunque también han recibido algunos préstamos comerciales en condiciones normales del mercado.

país. De hecho, ninguno de estos países está pagando todo lo que debe. En realidad están pagando lo que pueden, que en la mayoría de los casos es una pequeña proporción de sus obligaciones. Los intereses que no se pagan no se olvidan ni se perdonan sino que se acumulan al principal como “retrasos acumulados”. Los países no tienen más remedio que seguir pagando intereses, porque si se negaran a pagar en absoluto, se verían excluidos de cualquier operación de crédito o donación por parte de los países ricos. Los gobiernos prefieren seguir pagando, aunque sea una parte pequeña de lo que deben, con tal de no perder su condición de prestatario con acceso a nuevos créditos. Fácil es de ver que este proceso genera víctimas, las personas cuyas necesidades no son atendidas por la falta de fondos, por ejemplo, de moneda extranjera, para importar medicinas o material docente.

Es importante entender cómo han llegado a esta situación los países, para comprender su situación y evitar que, si alguna vez se soluciona, vuelvan a caer en ella. Además de la acumulación de retrasos que ya hemos mencionado, que es una fuente del crecimiento de la deuda, los malos cálculos y las medidas equivocadas de los gobiernos de esos países han provocado un endeudamiento innecesario y mal empleado. Los préstamos, aunque contraídos a tipos de interés favorables,²⁰ resultan onerosos a unas economías pobres, en las que las tasas de rendimiento de las inversiones sociales, por lo menos a corto y mediano plazos, son mucho menores que

²⁰ Con lo cual quiero decir que es inferior a lo que le cargaría un banco comercial, pero naturalmente todavía son altos, porque el riesgo de cualquier préstamo al país pobre y mal gobernado es mayor que lo normal.

los tipos de interés. Es decir, el uso de los recursos, aunque sea justificado y bien realizado, no genera de inmediato rendimientos suficientes como para hacer frente al servicio de la deuda. Los préstamos destinados a los sectores sociales deberían tener unos plazos de gracia muy largos, de 15 o 20 años, lo que no es normal, porque afectaría la capacidad de las instituciones multilaterales para hacer otros préstamos.

Muchos de los préstamos que han recibido los países pobres no se han destinado a financiar los proyectos de desarrollo, para los que las instituciones multilaterales han dado los préstamos.²¹ Los proyectos o no se han hecho, o se han dejado sin terminar o se han ejecutado mal, desviando los fondos a otras cosas, como la compra de armamento, gasto oficial del aparato político y corrupción de las oligarquías. En todo caso, el servicio de la deuda, sea completo o sea parcial, sustrae dinero que se necesita para atender las necesidades de los más pobres, como combatir el síndrome de inmunodeficiencia adquirida (sida), mejorar el sistema escolar, arreglar los caminos vecinales, financiar a las pequeñas y medianas empresas, reforzar el sector informal, entre mil cosas que se deben hacer para mejorar la suerte de los pobres. Estos son las verdaderas víctimas de la deuda externa, que trajo un dinero al país que ellos ni vieron ni disfrutaron, pero que ahora tienen que contribuir a pagar con sus privaciones y miseria.

²¹ Los organismos internacionales solo dan créditos para proyectos específicos, bien estudiados y detallados. Pero como el dinero es un bien fungible, el que los gobiernos dejan de gastar en el proyecto que financia el Banco Mundial, por ejemplo, se puede utilizar en otras cosas, como armas, sueldos a los altos funcionarios, o bien sacarlo del país. La posibilidad de utilizar mal los préstamos internacionales es infinita.

Hay que solucionar este problema, porque algunos de los países pobres más endeudados están al borde de la ruina colectiva. El FMI ha identificado unos 40 países, cuya situación es desesperada y tiene que ser atendida lo antes posible. La iniciativa Highly Indebted Poor Countries (HIPC) se ha planteado como una metodología para reducir la carga de la deuda que soportan estos países²² y sobre todo sus minorías pobres. En este esquema, la reducción, por medio de una condonación parcial de la deuda, estaría ligada a que los países tomen medidas eficaces para mejorar sus políticas económicas y la administración de los recursos públicos. La idea es que no basta solucionar la situación presente sino que hay que tomar medidas para que no vuelvan a caer en ella dentro de dos o tres años.

Las poblaciones de los países pobres altamente endeudados son víctimas de casi todo el mundo: de malos gobiernos, de la mala administración y la codicia de sus elites, de la falta de generosidad de los países ricos que apenas hacen donaciones de recursos que a ellos les sobran, de la baja rentabilidad económica a corto plazo, de las inversiones sociales, de la estructura de los bancos multilaterales y en definitiva de la avaricia y corrupción de las clases dominantes del mundo, que solo buscan una rentabilidad inmediata para sus capitales. El problema de la deuda los países pobres nos plantea la cuestión de cómo financiar el desarrollo de unas economías, en las que el ahorro es estructuralmente escaso, porque no tienen una clase media, la inversión

²² He tratado este tema extensamente en: Sebastián, Luis de. *La deuda externa de los países pobres*, Programa de Cooperación Internacional-Fundación "La Caixa", Barcelona, 2001.

directa de las multinacionales es también escasa y muy selectiva (solo buscan petróleo y diamantes), y los bancos multilaterales solo prestan para proyectos. ¿Sería mucho pedir al capital privado que, con unas ciertas garantías de sus gobiernos, se atrevieran a invertir en los países pobres?

VÍCTIMAS DE LOS PROCESOS DE AJUSTE

En los países emergentes y en los países pobres que han atravesado crisis de insolvencia o simples crisis de iliquidez, ha sido necesario un proceso de ajuste, es decir, de ajuste de sus economías a las nuevas circunstancias generadas por la crisis, la insolvencia, quiebras bancarias o grandes devaluaciones.²³ El ajuste ha sido por lo general necesario para frenar situaciones que no parecían tener salida, como las moratorias de la deuda, inflaciones galopantes, devaluaciones enormes y quiebras bancarias. En esos casos de no hacerse nada, las economías habrían acabado en la ruina y la política, en el caos. La lógica para intervenir es bastante convincente. Sin embargo, aun los ajustes mejor justificados han sido muy dolorosos, sobre todo en las sociedades que no tienen redes de seguridad, un estado del bienestar o un sistema de seguridad social que pudiera paliar los efectos nefastos del desempleo y los recortes del gasto público en

²³ Las economías desarrolladas también han tenido que pasar por dolorosos procesos de ajuste, como Japón en 1974, con motivo de la elevación de los precios de petróleo, o España en 1980, debido a la reconversión industrial. Aunque estos procesos de ajuste provocaron sus víctimas, aunque por lo general compensadas, las víctimas de los ajustes en los países emergentes o pobres han quedado siempre sin compensación y en peores condiciones, por la ausencia de bienes públicos que temperaran la pérdida de ingresos.

educación y cuidado de la salud. El proceso de ajuste de América Latina, que se inició a partir de 1982 y duró hasta 1990, produjo una “década perdida”, durante la cual se redujeron los niveles de vida de la mayoría de la población. El ingreso per cápita de todos los países era en 1990 igual o algo menor de lo que había sido en 1980.

Aunque el ajuste económico se pudiera justificar en determinadas circunstancias, no se pueden justificar todos los procesos individuales que se pusieron en marcha en los diversos países de África, Asia, Europa del Este y América Latina. Estos procesos se diferenciaron en la intensidad, el ritmo, la profundidad y la frialdad con que se aplicaron. Todos tenían los mismos ingredientes: frenar la inflación, tener disciplina fiscal, reducir el tamaño del estado, privatizar las empresas públicas —aunque fueran rentables y fuera justificada la propiedad pública de las mismas—, hacer una liberalización del comercio internacional y de los movimientos de capitales, entre otras medidas. A veces se hicieron con tal radicalidad y fanatismo que los costos sociales fueron realmente enormes. Eso sucedió, por ejemplo, en Bolivia en 1985, en Indonesia en 1998 o en Argentina en 1999. El ajuste por lo general lograba, por lo menos durante tres o cinco años, solucionar los problemas: restaurar la solvencia internacional del país, detener la caída de la moneda y frenar la inflación, conseguir un excedente fiscal y mejorar la “solvencia” (*credit worthiness*) del país ante los inversores internacionales. Pero siempre sin excepción el ajuste desemboca en un aumento del desempleo, la reducción del gasto social y el aumento de la pobreza. Los costos sociales de todos los procesos de ajuste han sido grandes, pero nadie ha hecho todavía el análisis costo–beneficio de esta gran

operación. Quizá futuros historiadores lo hagan. Y esperemos que no dictaminen que nuestros ajustes de los finales del siglo XX fueron ineficientes y contraproducentes.

VÍCTIMAS DE LAS GUERRAS Y DE LA PERSECUCIÓN POLÍTICA

Las guerras en los países pobres son efecto del subdesarrollo —y de la anarquía política— en que les dejamos las potencias coloniales al reconocerles la independencia. Son también la causa de que este subdesarrollo se perpetúe. Las discordias entre los líderes políticos, que muchas veces desembocan en una guerra abierta, proceden de la falta de democracia y la ausencia de controles democráticos de los poderes de facto. Uno de esos controles que fallan es el del monopolio del uso de las armas que tienen los ejércitos. Resultan así ejércitos sin control, siempre tentados a emprender aventuras políticas y a enriquecerse al meter sus manos en el erario público. La Guerra Fría alentó muchas veces —y en todo caso toleró— la existencia de este tipo de ejércitos, al margen del poder civil, y los hizo más dañinos, al suministrarles más y más mortíferos armamentos y nuevos motivos para guerrear. Una vez concluida la Guerra Fría, los intereses materiales de las grandes empresas mineras (diamantes, por ejemplo) y petroleras utilizan las rivalidades entre los grupos étnicos para lograr ventajas económicas. Las guerras que se desarrollan en zonas con importantes recursos materiales, son en gran parte el resultado terrible del juego mortal de esos intereses.

La venta y procura de armas forma parte de las intervenciones más negativas del Mundo Rico en las rencillas y

rivalidades del Mundo Pobre para sacar ventajas de ellas. Los países productores de armas suelen responder a esta acusación que las ventas de armas están estrictamente reguladas, con certificados de destino y otras salvaguardias diplomáticas. Sin embargo, las armas de fabricación francesa, inglesa, rusa, americana o española acaban en las manos de niños guerreros para matar a los niños de otra etnia, de otra tribu u de otra tendencia política. Es evidente que el comercio de internacional de armas no está bien regulado. Los intereses económicos de los países productores impiden una regulación más efectiva, que pudiera comenzar con la limitación de la producción de armas cortas. Por desgracia, en este asunto el mercado tiene la última palabra.

Las víctimas de las guerras que se dan en el Mundo Pobre —20 o 25 en estos momentos (2008)— se cuentan por millones. Las víctimas son no solo los muertos y heridos, que arrastran su miseria por hospitales inmundos, sino también los refugiados. Las guerras generan miles y millones de refugiados, de poblaciones en desbandada que se convierten en sujetos de las enfermedades y hambrunas. Cuando veamos en televisión los horrores de las guerras del Mundo Pobre debemos preguntarnos simplemente de donde provienen las armas, las municiones y los equipos militares que llevan los beligerantes. Tampoco vendría mal preguntarse que intereses del Mundo Rico hay detrás de esas luchas en apariencia tan absurdas.

VÍCTIMAS DE LA EXCLUSIÓN

El proceso de mundialización está produciendo buenos resultados para algunos y malas consecuencias para otros.

Una de las peores es la exclusión de las cosas buenas que el proceso produce, por ejemplo, exclusión de las medicinas. En los países ricos hay remedios para el sida que no llegan a las regiones de África donde hay más enfermos de esta terrible enfermedad, porque son medicinas caras que los enfermos pobres no pueden comprar. Otras enfermedades que hacen estragos en el Mundo Pobre, la malaria, el dengue o el mal de Chagas, están excluidas de los planes y presupuestos de investigación de la industria farmacéutica, porque no son enfermedades que no se dan en los países ricos.

Hoy por hoy, el acceso a la Internet está vedado a millones de seres humanos que son analfabetos o casi analfabetos, que no disponen de una mínima formación en el uso de ordenadores, que no tienen acceso a ellos y que en muchos casos ni siquiera tienen acceso a la corriente eléctrica ni al teléfono. El número de usuarios de la Internet, aunque en algunos países es ya una proporción muy grande de la población (hasta el 40% en Finlandia), apenas llega al 5% de la población mundial.

Estos son dos ejemplos de lo que la exclusión del proceso de globalización puede significar para millones de seres humanos. Su problema no solo es que se quedan al margen de los adelantos sino que al quedar excluidos de los circuitos del comercio y de la inversión internacional sus niveles de vida no podrán elevarse mucho más de lo que ya tienen. Les amenaza el estancamiento en la pobreza, la pérdida definitiva de esperanza en el progreso material y en una vida más de acuerdo con las posibilidades que existen y que otros están disfrutando en el mundo de hoy. Así resultará una pobreza más dolorosa si cabe, porque se ve la diferencia y se siente el abandono.

Hace unos años²⁴ se habló del “desenganche” de los países del Mundo Pobre de los circuitos de comercio e inversión del Mundo Rico y de tratar de realizar un desarrollo propio, como objetivos y mecanismos distintos de los que imperaban en los países ricos. Se argumentaba entonces que para ello se contaban con importantes recursos materiales, con un acervo de tecnologías y suficiente capital humano como para intentarlo. En la actualidad, en que los principales países del Mundo Pobre —China, en primer lugar, India, Indonesia, México, Brasil, Sudáfrica— son parte integrante del sistema global, un “desenganche” en gran escala no es posible. Quizá sería posible el desenganche de alguna región o alguna ciudad, pero no es fácil de visualizar las circunstancias en las cuales una región o parte del mundo, desenganchada del comercio, la tecnología, los sistemas de comunicación y aprendizaje globales, pudiera prosperar y alcanzar los niveles de vida, que ya son normales para una buena parte de la población mundial.

La verdadera alternativa es una inclusión racional, humana y justa de países–regiones, grupos étnicos y sociales, así como de personas individuales, en el proceso generador de riqueza y bienestar del siglo XXI. Nadie debería quedar fuera de las influencias benéficas de la globalización, ni nadie debería ser su víctima. Tendríamos que considerar no solo como una amenaza, que ciertamente lo es, sino

²⁴ La idea fue divulgada por el economista Samir Amin en los años setenta, cuando el poder de la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP) para elevar los precios del hidrocarburo les dio a muchos la ilusión de que era posible desengancharse del carro del Mundo Rico y negociar con ellos desde una posición de fuerza los precios de todas las materias primas que producía el Mundo Pobre.

también como un deshonor y un insulto a la inteligencia colectiva de los países ricos, el que exista todavía un gran número de seres humanos que viven en una pobreza abyecta, cuando hay recursos de sobra para que todos los 6 mil millones de habitantes de la tierra lleven una existencia digna. Es posible que no se pueda evitar que el proceso de innovación tecnológica, el de adaptación de estructuras económicas y sociales a nuevas realidades cause algunas víctimas —si hubiera demasiadas, la legitimidad del cambio podría ponerse en tela de juicio—, pero lo que hay que procurar es que ninguna de estas víctimas quede sin compensación. Ninguna comunidad ni individuo debiera quedar peor después de los cambios que antes de ellos. Y si los cambios fueran realmente beneficiosos, generarían recursos suficientes para que, después de la compensación, nadie perdiera con ellos. La teoría es clara, su aplicación es difícil, porque exige que la solidaridad prime sobre la avaricia. Pero no hay otro remedio que formularla con claridad ante un proceso que, por más víctimas que haya, no se va a detener.

LAS REACCIONES DE LAS VÍCTIMAS

Muchas de las víctimas no se han quedado quietas, resignadas y esperando la compensación, la que en la mayoría de los casos nunca llega. Muchas de ellas se han puesto en movimiento. En primer lugar físicamente: yéndose a trabajar y a vivir a sociedades donde reina —o desde lejos parece que reina— la abundancia. Este es un movimiento de hondas raíces zoológicas, que imita lo que hacen los animales. Todas las especies animales saben por instinto que

deben ir de donde no hay comida a donde hay comida, de donde escasea el agua a donde abunda el agua, del calor al frescor, de la guerra a la paz, y así sucesivamente. Me refiero, claro está, a la emigración, que es y siempre ha sido una medida defensiva de las víctimas.

Las víctimas directas participan con las víctimas virtuales o posibles y con quienes sin ser víctimas se solidarizan con ellas en los movimientos antiglobalización, de los que ya hemos hablando en el primer capítulo. El movimiento de los Sin Tierra en Brasil, que estuvo tan activo en la Cumbre Social de Porto Alegre —un producto típico de un mundo globalizado— en diciembre de 2000, sería un ejemplo claro de lo que digo. No obstante, pienso también en los millones de ciudadanos pobres de Venezuela que una y otra vez votan por Hugo Chávez para que les solucione sus problemas. A niveles nacionales en muchos países de América Latina, Asia, África y Oceanía, sindicatos y organizaciones populares han enarbolado banderas de protesta contra las consecuencias negativas de la globalización que afectan sus vidas. Es un nuevo tipo de protesta que trata de identificar los procesos que los perjudican y sus causantes, dando muestra de una comprensión más profunda del mundo de la que tenían en tiempos pasados los movimientos populares.

Otras víctimas se han organizado militarmente, como movimientos armados para cambiar su suerte. Los indígenas de Chiapas me vienen a la memoria como un ejemplo, aunque es un movimiento armado que no ha usado las armas más que para aumentar su poder de negociación frente a las autoridades de la nación. En esta categoría de

respuestas entrarían ciertos movimientos fundamentalistas islámicos, como el Grupo Islámico Armado (GIA) de Argelia o la Yihad de Egipto, organizaciones que tratan de resistir el impacto cultural y religioso de la globalización con la fuerza de las armas y con una crueldad ancestral. Y, aunque los causantes del atentado del 11 de septiembre de 2001 contra las Torres Gemelas de Nueva York no hayan sido estrictamente gente pobre, bien pudiera ser que por ese medio hayan querido manifestar —de manera vicaria, sin duda— el descontento con el mundo en que viven y la desesperación de millones de gentes pobres.

Otra clase de víctimas de los cambios que ha traído la globalización se han organizado en bandas y asociaciones criminales o van por libre, para tomarse la justicia y compensación por su mano. Lo hacen por medio de asaltos, robos y secuestros, lo que en algunos países (Colombia, Guatemala, México, El Salvador) se ha convertido en una “industria nacional”. La inseguridad ciudadana que tanto ha aumentado en las grandes capitales del Mundo Pobre y del Emergente apunta a una revolución individualista e insolidaria de los pobres contra quien más tiene, aunque muchas veces va también contra otros pobres. El aumento de la criminalidad en esas ciudades hay que tomarlo como una categoría en sí misma, como síntoma y señal de una protesta desesperada y rabiosa, de una insatisfacción profunda con los resultados de la globalización y la expresión de una voluntad de no conformarse con ellos. Va en interés de todos que paremos mientes en las respuestas de las víctimas.

¿QUE HACER?

1. Hay que *restablecer la justicia*. Clamar y reclamar desde los terrados y en el desierto si no hay más remedio para eliminar las condiciones de injusticia en que se hallan millones de pobres en el mundo.
2. En general hay que *suprimir el estado de víctimas*: dar mayor atención y análisis a los que sufren explotación, malos tratos, abusos, para remediarlos con una legislación apropiada.
3. Movilizarnos contra las causas que producen daños y perjuicios a las personas. Necesitamos una nueva concepción de las reformas económicas y adoptar únicamente aquellas que sean verdaderamente necesarias. Hay que tener consideración de la dimensión y el ritmo de las reformas que sean realmente necesarias. Los últimos fracasos del modelo neoliberal han generado serias crisis en las organizaciones internacionales, lo que es una señal de esperanza. Hay que ensanchar la crisis de credibilidad que tienen su mismo personal.
4. Reformular los antiguos consensos que había en nuestros países sobre la naturaleza del ajuste macroeconómico.
5. Buscar la compensación de los que pueden ser compensados. Sobre todo plantear seriamente la compensación a nivel internacional también. Redistribución de la riqueza que genera la “nueva economía” y la que hay acumulada.
6. Redirigir el proceso de mundialización, con sus movimientos de capital, comercio, inversión, extensión

cultural, progreso tecnológico, hacia mayor bienestar para más gente.

7. Comercio internacional: los países ricos tienen que abrir los mercados a todas las mercancías de los países pobres y luego negociar el proceso de determinación de los términos de intercambio. Retomar los esquemas para evitar la volatilidad de precios.
8. Inversión directa: conseguir códigos internacionales de conducta para las multinacionales. Que lleven a una “buena vecindad” y al compromiso con los *stakeholders*, proveedores, trabajadores y sus familias, autoridades locales.
9. Inversión financiera: es necesario más que nunca el control de capitales a cuando van hacia economías débiles y mal reguladas.
10. Extensión cultural: hay que tener en cuenta las culturas de los destinatarios. No hay pueblos sin cultura, sin idioma y sin literatura. Por eso hay que respetar e integrarlas a todas en una cultura global.
11. Progreso tecnológico, no dejar a nadie de lado, pensar al innovar no solo en los que tienen capacidad de compra (para producir cosas inútiles) sino los que tienen necesidades grandes y fáciles de resolver, como la malaria o el cólera.

Es un programa ambicioso y difícil. Quizá lleve muchos años su implementación para desterrar la pobreza del mundo. Pero si no comenzamos ya, dentro de 50 años nos lamentaremos de no haberlo comenzado hoy.



EL GOBIERNO DE LA GLOBALIZACIÓN

¿Qué se entiende por gobernar la globalización? Esta es la pregunta del millón. ¿Cómo se puede encauzar, orientar, modular, en definitiva, gobernar este proceso para que sea más beneficioso —y sostenible— para el mayor número posible de pueblos y personas? Obviamente hay que dirigirse de alguna manera a los primeros motores y agentes del proceso de globalización. A estos podemos clasificarlos de la siguiente manera:¹

- ▶ Las empresas multinacionales de la primera, segunda y tercera generaciones.
- ▶ Los centros de investigación científica y las instancias de desarrollo que ligan a estos con las empresas, así como otros centros donde se genera conocimiento.
- ▶ Los gobiernos de los países ricos y los de los países grandes entre los emergentes.
- ▶ Los organismos internacionales o multilaterales.
- ▶ Las organizaciones de la sociedad civil (sindicatos, organizaciones no gubernamentales, ONG, asociaciones

¹ Citados por orden de importancia en nuestra opinión.

de consumidores, asociaciones benéficas y de otro tipo para la acción colectiva de los ciudadanos).

- Los hogares y personas individuales, que son fuente de provisión de los factores de producción básicos al sistema: trabajo, capital (ahorros) y tierra, así como receptores y consumidores de los bienes y servicios que producen las empresas.

El ejercicio de la gobernación² consistiría en convencer, motivar y aun obligar a los agentes a que traten de conseguir otro conjunto o sistema de objetivos (diferentes o con distintas prioridades) más consonante con el bien más común y general de la humanidad, y todavía compatibles con los objetivos que les son propios como tales agentes (motivo de lucro, avance de la ciencia, mantenimiento del poder, desarrollo de los pueblos, progreso colectivo y bienestar familiar). El problema es saber sobre quien recae la responsabilidad de este ejercicio de gobernación. A falta de un gobierno mundial y de algo que se aproxime, cada uno de los grupos de agentes mencionados debería tener alguna responsabilidad en el gobierno de la globalización, por lo menos en los espacios en que son competentes. Lo serían si comprendieran, por ejemplo, que los costos de ciertos procesos son muy elevados (en términos de sufrimiento humano, inestabilidad política, daños al medio ambiente, pérdida de la calidad de vida en las ciudades) y que a la

² “Gobernación” es una palabra española completamente clásica y aceptada, que traduce exactamente el término inglés *governance*. No vemos la necesidad de introducir un barbarismo como “gubernancia”, que se está poniendo de moda en ciertos círculos.

larga se volverán contra sus promotores; que el universo es limitado y que sus recursos se encarecerán mucho y acabarán algún día; que se están produciendo nuevas y terribles enfermedades que bien pudieran poner coto a la globalización, como ha sucedido con el síndrome respiratorio agudo severo (SARS) en Asia;³ que las excesivas tensiones sociales, con los métodos de destrucción masiva y no masiva que existen hoy en día en el mundo pueden llevar a conflictos tan grandes que hagan la vida humana inviable. Promover la gobernación comienza por imponer estas ideas entre los responsables del proceso.

Veamos a continuación las tareas de gobernación que podrían asignarse a cada uno de los agentes arriba reseñados.

LAS EMPRESAS MULTINACIONALES

En nuestra opinión, las empresas multinacionales son los agentes principales o “primeros motores” del proceso de globalización, como corresponde a un desarrollo de la economía capitalista en que las empresas han ido ganando mayor libertad de acción.⁴ Ellas han buscado las materias primas para la industria y las han transportado de unas partes del mundo a otras. Ellas han fabricado máquinas, herramientas, vehículos de transporte y productos de consumo de masas en las localizaciones más convenientes para su venta, en múltiples mercados. Ellas mueven y cambian el dinero a lo

³ El SARS causó pánico en China, Honk Kong y Canadá, y cerró las vías de comunicación con China durante varias semanas.

⁴ Dehesa, Guillermo de la. *Comprender la globalización*, Alianza, Madrid, 2000, pp. 91–121.

largo y ancho del planeta. Ellas recogen noticias, las elaboran y fabrican y comunican los mensajes a través de sus medios de comunicación y crean opinión. Ellas financian la investigación y el desarrollo, dan premios y subvenciones a los economistas que defienden las teorías que son favorables a sus intereses. Así como premian a los políticos que los defienden. Las empresas han negociado con los gobiernos, los han presionado para obtener concesiones, los han amenazado y a veces derrocado. La relación entre las empresas y los gobiernos es asimétrica, como lo expresa el siguiente texto del economista Lester Thurow:

Los gobiernos pueden vetar la globalización. Pueden negarse a proveer la fuerza de trabajo educada y las infraestructuras necesarias para participar. Pueden imponer aranceles y cuotas y prohibir el comercio internacional. Pueden restringir la inversión extranjera. Pero optar por salirse de la globalización significa salirse del único proceso existente de desarrollo económico. Puede ser una decisión para mantener al país o convertirlo en pobre. Pero la participación [en la globalización] no es una decisión que los países solos pueden tomar. Las empresas multinacionales pueden vetar efectivamente la entrada de un país en la economía global. Las empresas y no los gobiernos deciden si un país posee los criterios adecuados para participar cuando deciden donde van a emplazar sus actividades.⁵

⁵ Thurow, Lester. *Fortune favors the bold*, HarperCollins, Nueva York, 2003, p.36.

Por ejemplo, la decisión de Intel de invertir en Costa Rica en los noventa ha transformado las “ventajas comparativas” del país y lo ha convertido en un foco de desarrollo de la industria electrónica, insertándolo en medio de la globalización. Por supuesto, si el gobierno de Costa Rica no hubiera cuidado durante muchos años de la educación pública, la estabilidad política (incomparablemente mejor que la de sus inquietos vecinos centroamericanos), el funcionamiento de los tribunales y los registros, así como otras instituciones que son necesarias para que funcionen los mercados, la empresa no hubiera elegido instalarse en ese país. Pero su instalación fue en definitiva una decisión “soberana” de Intel. Así es en todas las inversiones directas que integran a los países en los circuitos y redes de la producción y el comercio internacional. La iniciativa y la decisión última son siempre de las empresas.

Esto obliga a los países que pretendan beneficiarse de la globalización a proveer los ingredientes que las empresas globales demandan. Nadie está interesado en producir los bienes y servicios del futuro en un país con una fuerza de trabajo analfabeta, sin una estructura de comunicaciones electrónica moderna y en un contexto de caos social, con crimen y corrupción rampantes, y pocos servicios sociales y bienes públicos. Dado que las empresas disponen de muchos lugares donde emplazar sus operaciones internacionales, los países que quieran integrarse en la globalización tienen que poder presentarse ante la comunidad internacional como buenos lugares para hacer negocios. Esta asimetría confiere a las empresas multinacionales la mano al repartir las cartas de la globalización. Asimismo, les confiere una responsabilidad importante en el gobierno de la globalización.

La globalización no es un proceso bien ordenado, si definimos el orden con respecto al bien más común y general de la humanidad, pero tampoco es un proceso caótico, desde el punto de vista del uso de los recursos y la creación de riqueza (otra cosa es su distribución). El relativo orden que todavía hay en la globalización se debe de hecho a la existencia y a la interacción (por medio de acuerdos o de la competencia comercial) de las grandes empresas a escala mundial. Las empresas son las áreas de planificación, dentro de las cuales no rigen las relaciones de mercado (oferta y demanda, y libre competencia) ni el sistema de precios sino las relaciones jerárquicas de “planificación central”, que en las empresas multinacionales cubren muchas jurisdicciones políticas. Eso contribuye al orden en sus actividades. Por otro lado, las grandes empresas se reparten los mercados con un máximo de armonía y un mínimo de competencia, para no provocar “riesgos sistémicos” que empeoren las posiciones de todos los participantes en el mercado. Los pactos explícitos e implícitos dentro de y entre sectores de negocios industriales, financieros y de servicios contribuyen al orden, a este orden sesgado a favor del capital y de los ricos que tenemos. No queremos aceptar un supuesto orden automático —producto de la “mano invisible”— del proceso de globalización, solo queremos apuntar a las posibilidades reales que tiene las “manos visibles” de las empresas multinacionales de ordenar el proceso, si lo decidieran y se pusieran a ello.

LOS CENTROS DEL CONOCIMIENTO

Los centros de investigación científica son agentes importantes del proceso de globalización en la medida en que, directa o indirectamente, abren nuevos campos para la inversión y ponen a disposición de las empresas nuevos procesos y productos. La “tercera revolución industrial”, que es parte integrante del proceso de globalización, se ha desarrollado en los terrenos de la genética y la biotecnología, los nuevos materiales, la microelectrónica, la digitalización de los procesos, las comunicaciones, la Internet, con la generación de enormes oportunidades de inversión y enormes ganancias. El auge de la bolsa de los noventa estuvo alimentado por las esperanzas y realidades de esta revolución.

En el contexto de la gobernación del proceso de globalización, la cuestión es a donde se dirigen los esfuerzos de investigación y desarrollo de estos centros científicos. Si van a crear valor de mercado más que a resolver grandes problemas de la humanidad. La pregunta está relacionada obviamente con las fuentes de financiación de estas actividades. Porque del financiamiento privado de la investigación y el desarrollo no se puede esperar lógicamente más que el logro de abundantes ganancias, que son el objetivo prioritario de estas actividades. La solución de los problemas de la humanidad tendrían que depender del financiamiento público (y bien intencionado) o de un financiamiento filantrópico (como hacen los multimillonarios Bill Gates y Warren Buffet) para que los centros de investigación y desarrollo se dedicaran prioritariamente a resolver problemas de un gran beneficio social.

Quizás eso no produzca un beneficio apropiable en lo privado, como medicinas baratas contra el síndrome de inmunodeficiencia adquirida (sida), la malaria y el SARS, el desarrollo de combustibles ecológicos y baratos, la limpieza del aire y las aguas, la conservación de la naturaleza en general. Los centros de investigación podrían contribuir mucho al buen orden y concierto del mundo, y al gobierno de la globalización, si dejaran de producir nuevas armas de destrucción masiva, explosivos más potentes, elementos de guerras bacteriológicas y químicas.

Los centros de producción intelectual, universidades e institutos de investigación y divulgación de conocimientos también tienen un papel muy importante en la globalización. Son quienes dan armas a los políticos y a los medios de comunicación para defender los intereses de las empresas, presentándolos como los intereses generales de la sociedad y justificar así sus acciones en sociedades democráticas. Son instrumentos de la socialización en la globalización, de la formación en las artes y los saberes que son necesarios para las empresas en el manejo de los hombres y las fuerzas de la naturaleza. Son los oráculos del sistema. Toda la descripción, interpretación y justificación del proceso está en sus manos. Leen los signos de los tiempos y presentan como anuncio de los dioses los planes resultantes del último ejercicio de planificación estratégica de las grandes empresas. Algunos de estos centros también profieren denuncias y críticas del proceso, pero suelen ser marginados o tolerados benignamente, para dar la impresión de libertad de pensamiento y de expresión. Su poder es grande y serían poderosos elementos para la gobernación de la globalización, si no dependieran tanto para su existencia de las estructuras de

poder de la sociedad, del poder financiero sobre todo y no en menor medida del poder político.

LOS GOBIERNOS DE LOS PAÍSES RICOS Y DE LOS PAÍSES EMERGENTES

Los gobiernos de los países ricos y también algunos de los países pobres han sido agentes ayudantes, socios y corresponsables del proceso de globalización. La extensión del mercado por todos los terrenos y esferas de la vida económica y social de los países, que es un rasgo esencial del proceso de globalización, ha sido posible porque los gobiernos han ido quitando barreras institucionales y legales a los movimientos de bienes, servicios, capitales, personas y empresas; han vendido empresas públicas, han convertido bienes y servicios públicos en bienes privados.

Las empresas no lo han hecho solas, ni pudieran haberlo hecho sin la colaboración de los gobiernos. En muchos casos estos no pudieron resistir las presiones de los agentes económicos nacionales e internacionales y tuvieron que proceder contra sus propias opiniones y programas, en otros muchos los gobiernos precedieron con entusiasmos a las presiones de estos factores, pensando que la promesa de una mayor libertad de acción para las empresas atraería nuevos agentes económicos a sus respectivas jurisdicciones y animaría a los presentes a invertir más en ellas. Otros se rindieron a la evidencia ya mencionada de las condiciones que imponían las empresas multinacionales para establecerse en su territorio y los centros financieros para invertir en sus mercados. Tuvieron que reducir impuestos, dar

subvenciones y suprimir piezas de legislación laboral para hacer más competitiva y barata su mano de obra.

No todos los gobiernos han contribuido a la globalización de la misma forma y en la misma medida. Para comenzar ha habido sujetos agentes y sujetos pacientes. Los gobiernos de los países ricos apoyaron positivamente a sus empresas en la penetración de mercados extranjeros, por medio de tratados, acuerdos o simples presiones diplomáticas o económicas. Las han ayudado en su país de origen y en los países de destino. Bástenos recordar el apoyo de sucesivos gobiernos españoles a la penetración de las empresas españolas de servicios, “utilidades” y banca en América Latina. Algunos gobiernos han sido globalizadores activos junto a sus empresas.

Otros ha sido globalizadores pasivos, que han tenido más bien que aceptar a las empresas de los otros. Tanto los unos como los otros han sido generosos y comprometidos con las empresas multinacionales de maneras distintas. Argentina en los noventa se abrió la inversión extranjera directa mucho más que Brasil, y China e Indonesia más que la India. México se ha ligado con un tratado de libre comercio con América del Norte, mientras que los países del Mercado Común del Sur (Mercosur) se mantienen a una cierta distancia. Esto indica que el grado de integración de un país determinado en la globalización no solo depende de la aceptación de las empresas (aunque este puede ser el factor decisivo) sino también de la capacidad y voluntad de los gobiernos para definir los ámbitos y modalidades de acción de las empresas multinacionales en sus países. Aquí podemos ver un principio para ordenar y organizar la globalización de otra manera. Aunque no se

puede negar que la competencia entre países emergentes para atraer inversión extranjera está limitando los márgenes de acción de los países destinatarios de la misma.

Queda una categoría completamente distinta de gobiernos, los que no han sido globalizadores ni activos ni pasivos sino que simplemente se ha quedado al margen de las actividades inversoras de las empresas multinacionales. Están, sin embargo, conectados con la economía mundial por medio de mercados estrechos (con exportaciones de pocos productos primarios⁶ e importaciones de muchas cosas innecesarias como armas) y financieramente por medio de los organismos internacionales y las agencias de ayuda de los gobiernos de las antiguas metrópolis coloniales. Es el caso de casi toda el África Subsahariana. Su integración con la economía mundial toma sobre todo la forma de una deuda externa agobiante, resultado de la “ayuda al desarrollo”, que consiste en su mayor parte préstamos blandos, pero préstamos al fin y al cabo.

El poder de los gobiernos nacionales con respecto a las fuerzas económicas que impulsan al proceso de globalización puede cambiar sustancialmente con la integración económica y política de los países pequeños y medianos en unidades mayores que la estrictamente nacional. La crisis asiática de 1997, por ejemplo, no afectó a la economía española porque estaba ya enfilada en la carrera hacia el euro, pero la crisis mexicana de 1995, el “efecto tequila”, se notó con fuerza en España con una bajada de la bolsa y una deva-

⁶ La participación de todos los países africanos, incluyendo el petróleo, los minerales y los diamantes, no hace más del 1.8% del total de exportaciones mundiales.

luación de la peseta. La lógica económica de la integración regional, que tuvo su fundamento en el ensanchamiento de los mercados para la “sustitución de importaciones” en épocas pasadas, la tiene ahora en la necesidad de proteger a las economías nacionales de las crisis financieras y del comercio internacional. Esta lógica empuja gradual, pero firmemente, a la integración monetaria en espacios grandes o en torno a monedas de referencia (dólar, euro, yen).

LOS ORGANISMOS INTERNACIONALES

A juzgar por las críticas de los movimientos antiglobalización contra los organismos internacionales, parecería que estos son los agentes o primeros motores de la globalización. En algunos países pequeños esta puede haber sido la realidad. La globalización les ha venido de la mano de —o se les ha impuesto por— alguno de estos organismos multilaterales, normalmente el Fondo Monetario Internacional (FMI) o el Banco Mundial (o a menudo ambos). El ajuste de Bolivia, por ejemplo, entre 1985 y 1987, que frenó una inflación galopante, pero abrió aun más la brecha de la pobreza,⁷ es un caso bien representativo. Las consecuencias de esas reformas, hechas en el entorno globalizador del Consenso de Washington, duran hasta nuestros días, como hemos experimentado hace pocos años con la revuelta popular en Bolivia contra la exportación de gas natural

⁷ El aumento de la pobreza en Bolivia alarmó tanto a la comunidad financiera internacional que el Banco Mundial se vio obligado a establecer un Fondo de Emergencia Social para tapar algunos de los agujeros que el plan de ajuste había causado.

por un puerto de Chile. En muchos de estos países la globalización es el resultado de la intervención directa de organismos internacionales. Pero esta franja de globalización es pequeña. En la mayor parte de los países grandes y ciertamente en los países ricos la intervención del FMI como agente de la globalización es muy limitada. Países con grandes déficit fiscales como Japón (más del 7% del producto interno bruto, PIB) y Estados Unidos (que se acerca al 6%) no reciben ninguna presión y solo una atención formal y suaves recomendaciones para corregir estos déficit. China y en gran medida la India son países bastante alejados de la esfera de influencia del FMI. La fuerza del FMI sobre unos y otros es muy pequeña, porque estos países no dependen de su ayuda y por lo tanto no tienen por qué aceptar “condicionalidad” alguna. El Banco Mundial (ni los bancos regionales de desarrollo, tipo el Banco Interamericano de Desarrollo, BID) simplemente no puede intervenir, porque los países ricos no son sujetos de sus créditos.

En resumen, si bien para algunos países del Mundo Pobre y algunos emergentes más problemáticos el FMI y el Banco Mundial han sido agentes importantes para la integración de sus economías en las redes internacionales del comercio y de la inversión internacional, para la parte más grande y rica de la economía mundial estas organizaciones han sido casi irrelevantes. En esta parte del mundo las empresas y los gobiernos han sido los agentes principales de la globalización.

Entre los movimientos críticos de la globalización, las organizaciones llamadas de Bretton Woods, por el lugar donde se celebró la conferencia fundacional, concentran más las iras. Son el ya mencionado FMI, el Banco Mundial

y la Organización Mundial del Comercio (OMC).⁸ Se les considera más ligadas a los intereses de los países ricos y a sus empresas multinacionales, como es en realidad, que las organizaciones políticas y económicas del sistema de las Naciones Unidas (el Consejo Económico y Social; el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, PNUD; el Fondo Internacional de las Naciones Unidas para la Ayuda a la Infancia, UNICEF; la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura, UNESCO, entre otras), que dependen de la Asamblea General. No hay duda de que el gobierno del sistema de las Naciones Unidas es más democrático, fuera del Consejo de Seguridad, que incorpora hasta el día de hoy la estructura de poder vigente a final de la segunda guerra mundial. Pero, quizás por eso mismo, este sistema tiene menos dinero y es menos efectivo para resolver los problemas económicos del subdesarrollo y la pobreza.

A pesar de todo, las organizaciones de Bretton Woods fueron concebidas como un primer paso para la construcción de una estructura de gobernación económica mundial, aunque no por completo soberana sino subordinada al poder de los aliados (es decir, de Estados Unidos), y a pesar de que con el paso del tiempo han sido cada vez más instrumentalizadas para ayudar a establecer la hegemonía de los países y empresas dominantes siguen siendo las únicas candidatas posibles para llegar algún día a ser una estructura de gober-

⁸ Aunque la OMC no fue fundada en la Conferencia de Bretton Woods sino 50 años después en Marrakesh, a la conclusión de la Ronda Uruguay de negociaciones del Acuerdo General de Tarifas y Aranceles Aduanales (GATT) en 1994.

nación económica de la globalización. Para ello necesitaría someterse a una serie de reformas en su misión, que debiera limitarse a un trabajo especializado y limitado a resolver pocos grandes problemas, en sus procedimientos, con más respeto a las opiniones y necesidades de los países clientes y menos imposición de fórmulas generales, en sus relaciones políticas con los gobiernos de los países receptores de la ayuda, sin condicionalidades detalladas y precisas, y en el gobierno de los organismos mismos, con más democracia, más participación y mejor selección de personal.⁹

Una mención especial merece quizás el llamado por el economista John Williamson “Consenso de Washington”,¹⁰ un documento que resume una serie de prescripciones de política que, según el autor, se plantearon para generar un consenso (que todavía no existía) entre los gobiernos y los organismos internacionales que se aprestaban a intervenir para ayudar al continente. El documento resume un estado de opinión que presenta a la globalización, es decir, la mayor integración de los países latinoamericanos en la economía internacional como la solución para los problemas generados por la insolvencia e impago de su deuda externa. Era en cierta manera una “hoja de ruta” para la globalización. Por eso quienes discuten y critican los efectos de la mayormente apresurada, desequilibrada y corrupta globalización de las economías latinoamericanas cargan contra el documento del Consenso de Washington

⁹ Sobre este tema he tratado más extensamente en: Sebastián, Luis de. *Un mundo por hacer*, Trotta, Madrid, 2002, pp. 88–98.

¹⁰ Williamson, John. *Latin American adjustment: how much has happened?*, Institute for International Economics, Washington, 1990.

como contra la bandera o estandarte del proceso. El mismo Williamson lo ha resumido en los siguientes puntos:¹¹

- ▶ Disciplina fiscal, con un superávit primario (sin los pagos de intereses) de varios puntos del PIB.
- ▶ Prioridades del gasto público hacia la educación y la salud.
- ▶ Reforma tributaria, ampliación de la base tributaria y recorte de las tasas marginales.
- ▶ Liberalización financiera, con tasas de interés determinadas por el mercado.
- ▶ Tipos de cambio, unificados y competitivos (aboga por la devaluación).
- ▶ Liberalización del comercio, a realizar en un periodo entre tres y diez años.
- ▶ Inversión extranjera directa, se recomienda la supresión de barreras.
- ▶ Privatización de todas las empresas estatales.
- ▶ Desregulación, eliminar regulaciones que impidan la participación de nuevas empresas.
- ▶ Derechos de propiedad, el sistema legal debe garantizar los derechos de propiedad a bajo costo.

Este Consenso de Washington se ha aplicado, en la década de los noventa, como una especie de código de globalización con diferentes fortunas en diversos países. En Argentina, el

¹¹ Williamson, John. "Revisión del Consenso de Washington", en Emmerji, Louis y José Núñez del Arco. *El desarrollo económico y social en los umbrales del siglo XXI*, BID, Washington, 1998, pp. 64–65.

país que más decidida y plenamente adoptó el Consenso, los efectos que todos conocemos han sido los más dramáticos. Brasil, que se defendió mejor de su aplicación, ha salido mejor parado. El Consenso de Washington ha fracasado de manera rotunda, porque ha afectado a los motores del crecimiento tradicionales en los países y no los ha sustituido por otros nuevos. En realidad no tiene fórmula alguna para promover el crecimiento. Garantiza la disciplina fiscal y la credibilidad financiera, a lo más crea las condiciones, pero de suyo no atrae nuevas fuentes de inversión. Como se ha visto en algunos países, una vez completada la privatización de las empresas estatales, el ritmo de la inversión directa ha caído de forma fulminante. En cualquier caso el Consenso de Washington no ha demostrado capacidad alguna para contribuir a la gobernación de la globalización, antes al contrario ha sido un factor de desorden y el causante de condiciones de crisis. En la actualidad está totalmente desprestigiado. Hay que buscar por otros caminos para la regulación y gobernación de los procesos de globalización en los países emergentes.

EL GRUPO DE LOS 7

Junto a empresas multinacionales, gobiernos poderosos y organismos internacionales, existen otras asociaciones o grupos que también intervienen en la generación y orientación de la globalización, y podrían ser contados como órganos para el gobierno de la misma. No constituyen, sin embargo, fuentes de poder diferentes o independientes de las anteriores sino más bien son agrupaciones de los poderes originales, los estados y sus gobiernos. Una es claramente el

grupo de los países más ricos del mundo (al que pertenecen los siete países con un mayor PIB a precios corrientes), el Grupo de los 7 (G-7), a cuyas reuniones a veces se invita a la Federación Rusa, no por razón del tamaño de su economía (ya que, por ejemplo, el PIB de España es mayor) sino porque tiene armas nucleares, y conviene tenerla en cuenta (G-8). En este grupo se acumula un poder militar, político y económico muy grande. Allí estarían realmente los “amos del mundo”, si las grandes empresas no disfrutaran de la libertad, por ellos otorgada, para entrar y salir de países y jurisdicciones, sectores y esferas de actividad económica, campos y escenarios de la vida social. Hoy por hoy los potenciales “amos del mundo” comparten su poder planetario con los poderes económicos (a veces con grandes concesiones e hipotecas), lo que ha llevado a la formulación de que los gobiernos del G-7 son unos “gobiernos de los ricos para los ricos”, y más institucionalmente, “gobiernos de las grandes empresas para su propio beneficio”. La formulación es extrema, sin duda, porque los gobiernos no son elegidos por las empresas, aunque contribuyan enormemente a financiar sus campañas, y por eso deben responder ante sus electores. Alguna consideración del bien más común y general de la sociedad limita la especialización y dedicación exclusiva de los gobiernos a promocionar los beneficios económicos de las grandes empresas del país.¹²

Pero hay casos realmente escandalosos, que muestran

¹² En el contexto de las agrupaciones de los gobiernos, podríamos citar a la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), establecida como una alianza estratégica para defender a Europa Occidental de la amenaza comunista, pero utilizadas según muchos analistas para control de los ejércitos europeos y por ellos de las economías de los países aliados.

los límites que por voluntad se imponen ciertos gobiernos a controlar y ejercer algún tipo de gobernación sobre las actividades de sus empresas. Es lo que se está viendo en Estados Unidos a finales de 2003, con la reforma del Medicare, el seguro de las personas mayores de 65 años, aprobada en la Cámara de Representantes. El economista Paul Krugman escribía que “La ley de *Medicare* es un enorme subsidio a las empresas farmacéuticas y a las compañías de seguros [la cual junto a la Ley de la Energía¹³ suponían] un secuestro de las políticas públicas por intereses privados”.¹⁴ En ambas leyes, según la opinión mayoritaria de la oposición y de muchos críticos independientes, se están sacrificando los intereses y el bienestar de la sociedad, la protección de los más débiles y la defensa del medio ambiente a los intereses de las grandes empresas de medicinas, aseguradoras y hospitalarias, por un lado, y petroleras, madereras, químicas, por otro. Ya antes en Estados Unidos se había desregulado la industria de la producción, transporte y distribución de la electricidad con grandes perjuicios a la población (como los apagones de California en 2002) para favorecer a las grandes empresas (Enron, entre otras, que luego resultó ser una empresa delincuente).¹⁵

Las empresas (o mejor, los empresarios) también

¹³ La cual a última hora no había sido aprobada en la Cámara y esperaba su revisión para ser aprobada. Contenía escandalosas subvenciones a las empresas productoras y distribuidoras de todos los tipos imaginables de fuentes de energía.

¹⁴ Krugman, Paul. “Looting the future”, en *The New York Times*, Nueva York, 5 de diciembre de 2003.

¹⁵ Véase el excelente artículo de Joaquín Estefanía. “Cuando el capitalismo pierde la cabeza”, en *El País*, Madrid, 7 de diciembre de 2003, pp. 1–3.

se agrupan en cuerpos o corporaciones informales, en Cámaras de Comercio, por ejemplo, en sectores industriales, manufactureros, comerciantes, exportadores, para unificar sus puntos de vista y defender los intereses comunes (o coordinarlos cuando no son comunes), por medio de presiones a los gobiernos y llamadas a la opinión pública para que acepte que lo que es bueno para una industria o un sector determinado es bueno para toda la sociedad o todo el país. Algunas de estas asociaciones tienen más poder que otras para afectar los procesos de la globalización. Es muy famosa por su fuerza la Business Roundtable, que agrupa a las mayores y más influyentes empresas de Estados Unidos. Gran poder tienen también las que componen el elenco de *Fortune 500*, y las que se reúnen cada año en el Foro Económico Mundial, en Davos. La comunicación, organización y coordinación de las grandes empresas es informal e invisible, pero sumamente efectiva.

En 1994, las organizaciones empresariales de Estados Unidos derrotaron al presidente William Clinton en su intento de llevar a cabo una modernización del sistema público de salud, para atender a los 40 o 50 millones de personas que no tenían ningún seguro médico. A pesar de que el partido demócrata, el del presidente, contaba con la mayoría en las dos cámaras del Congreso, la alineación de todos los intereses empresariales, tanto los afectados por la reforma (medianas empresas) como los no afectados (grandes empresas), fue capaz de organizar una resistencia y una movilización que derrotó los razonables, lógicos y humanitarios intentos del presidente. Por diversas razones, la reforma había tocado los límites que las empresas le permiten al gobierno federal en Estados Unidos. Podrán competir a

muerte entre ellas (lo que no suele ser el caso), pero cuando sienten que son atacadas o limitadas por las autoridades, dejan sus rencillas para oponerse al “enemigo común”. El margen de maniobra de los estados frente a las grandes empresas es menor, más estrecho de lo que podría parecer sobre el papel.

LAS ORGANIZACIONES DE LA SOCIEDAD CIVIL

Solemos definir a la sociedad civil con referencia a los individuos y sus organizaciones que no forman parte de las administraciones públicas ni son parte integrante de las empresas. Sería como un tercer vértice, que daría a la estructura del poder social una forma triangular. Las asociaciones para defender intereses particulares, de pequeños propietarios, profesionales liberales, artes y oficios, autoempleados, trabajadores y empleados a sueldo, y los ciudadanos en general. Su poder de negociación y de presión proviene del doble hecho de ser consumidores y proveedores de trabajo y capital a las empresas, y de bienes y servicios a otros ciudadanos. Su debilidad proviene de su dispersión y atomización, de la dificultad de pensar, decidir y actuar en lo colectivo como una fuerza de envergadura semejante a una gran empresa o al gobierno de un país. Aunque los miembros de la sociedad civil tienen entidad y son depositarios de un poder básico, el problema es el de organizarse para la acción colectiva. La dificultad aumenta con referencia al ámbito internacional. Por eso la sociedad civil tiene —¿todavía?— poca fuerza como creadora y reguladora, y como potencial instrumento de gobernación de los procesos que hemos descrito.

Esto lo saben muy bien los sindicatos, que constituyen un grupo especializado de la sociedad civil para la defensa de sus intereses y es quizás el mejor organizado, y el que tiene más experiencia de lucha en la sociedad civil. Sin embargo, ante la globalización, los sindicatos a veces se sienten inermes, porque no pueden acceder a las palancas del poder que mueven sus empleadores internacionales. Además, en la medida en que los intereses de obreros de la misma industria en países distintos tienen intereses contrapuestos, el movimiento sindical mundial es difícil de lograr. No hay sindicatos globales, ni se puede contar con la fuerza reguladora y moduladora del poder empresarial por parte de un sindicalismo verdaderamente mundial. Las empresas multinacionales pueden enfrentar de manera objetiva a los movimientos sindicales de un país contra los del otro, u otros, para desarmarlos a todos. La respuesta a estas estrategias disgregadoras estaría en la unidad de los sindicatos de todo el mundo frente a las empresas multinacionales. Pero, dado que ya en una misma nación los obreros sindicalizados son minoritarios, no se puede esperar mucho de este lado. No hay duda que el movimiento sindical es una víctima de la globalización. Queda la posibilidad, intentada por algunos sindicalistas europeos y latinoamericanos de la formación asociaciones internacionales de sindicatos por bloques de integración económica, europeos y latinoamericanos, pero incluso así está sometida a la erosión mencionada de la competencia de unos contra otros.

LOS HOGARES Y PERSONAS INDIVIDUALES

Venimos finalmente a la base del poder social, a los agentes básicos del orden económico en la economía del mercado: los hogares y las personas individuales. Los consumidores, al aceptar las ofertas de productos que les ofrecen las empresas globalizadoras, entran en el juego de la globalización como agentes indispensables. Si no hubiera consumo de productos y servicios globalizados, no habría globalización. Los consumidores somos probablemente globalizadores involuntarios —o forzados—, porque muchas veces no tenemos más opción que consumir los bienes globalizados que de hecho hay en el mercado. La novedad, la variedad y el buen precio de los productos (por ejemplo, los tecnológicos, que son por completo globalizados), así como la comodidad de los servicios (la compra por la Internet, por poner un caso), tienen un poder seductor y una utilidad enorme que convence a los consumidores y usuarios. Pero precisamente como consumidores todos nosotros podríamos contribuir a orientar el proceso de la globalización hacia usos más necesarios, eficientes y en definitiva humanos de los recursos existentes, si consiguiéramos afectar con nuestras decisiones y acciones colectivas el empleo que hacen las empresas de sus recursos. La producción podría cambiarse desde el consumo.

EL PODER DE LOS CONSUMIDORES

En principio, el patrón de producción y oferta de bienes y servicios está determinado por el patrón de consumo y el sistema de preferencias de los consumidores, que obvia-

mente las empresas tratan de influir y determinar para que se adapte al patrón de producción y oferta que ellas han predeterminado en razón de sus conveniencias. No obstante, aun así y todo, el talón de Aquiles de las empresas es que no pueden obligar a nadie a comprar sus productos. Cuando el nuevo producto se pone delante del consumidor potencial, la empresa está a merced del libre albedrío del consumidor. En esa coyuntura las empresas se enfrentan con el “momento de la verdad”, momento que temen y para el que se preparan por medio de sus estrategias de *marketing*, publicidad, promoción de ventas y demás gastos de ventas (que suelen ser sustanciales en el lanzamiento de un nuevo producto). ¿Cuántos nuevos productos no han fracasado por que los consumidores no los han comprado en número suficiente?

El poder individual de los consumidores ejercido colectivamente podría contribuir mucho a disciplinar a las empresas y a gobernar la globalización. Las empresas lo saben y lo temen, por eso tratan siempre de mil maneras posibles de conseguir comportamientos no cooperativos entre los consumidores, segmentando los mercados, con descuentos y rebajas, controlando la información, diversificando la distribución y de formas semejantes. Además la “lógica de la acción colectiva” milita contra el éxito de los consumidores cuando se enfrentan a los productores. Porque, mientras aquellos son muchos, están incomunicados y atomizados, y poco organizados (porque la organización es costosa), estos son pocos, se conocen, en general están bien comunicados y su organización para una acción colectiva en defensa de sus intereses es más fácil y barata.

Si la acción colectiva se lleva a la esfera internacional, la ventaja de los productores, que suelen ser empresas implantadas en todo el mundo, es mucho mayor. Se juegan además mucho más que cada consumidor individual, por lo que el incentivo económico para movilizarse es mucho mayor. Como consecuencia, ante una decisión de las autoridades que afecte en sentido contrario a consumidores y productores, es mucho más probable que hagan una movilización y ganen su acción los productores que los consumidores. Sobre todo si el poder de los medios de comunicación de masas está al servicio de los productores en su enfrentamiento estructural, permanente y decidido con los consumidores.

LA POSIBLE CONFIGURACIÓN DE UN PODER MUNDIAL

Empresas, gobiernos, sociedades civiles: estos son los elementos básicos de poder que están en juego en el proceso de globalización. Son muchos y variados, con objetivos, campos de acción, competencias y poderes diversos. Todos ellos tratan de obtener sus objetivos en un ámbito mundial, cada vez más amplio. Al intentarlo chocan unos con otros, se interfieren, se disputan ventajas de todo tipo y, mientras hacen avanzar el proceso, le dan un aire caótico salpicado de víctimas. La cuestión de la gobernación está en ver cómo se combinan, se contraponen, se equilibran para producir un proceso mundial más humano para más gente. No hay ninguna instancia externa a estos tres polos que pueda hacerlo. Ellos son los últimos responsables del orden en

el mundo. Lo tienen que hacer por consenso colaborando entre ellos, creando poderes compensatorios, obligándose, forzándose a cumplir los compromisos contraídos.

EL DECÁLOGO DE LA GOBERNACIÓN

Si hubiera un gobierno mundial que tuviera la voluntad y la capacidad de “poner orden” en la continuación del proceso de globalización, tendría que proponerse los siguientes objetivos, que hemos resumido, como una aproximación a un orden económico mundial, en el “decálogo de la gobernanación”:

1. Satisfacer las necesidades de todos los pueblos y personas, en especial las más graves y urgentes, como combatir el sida, y otras enfermedades de “destrucción masiva” (malaria, tuberculosis, tabaquismo, SARS); producir y distribuir alimentos; sanitación, vivienda.
2. Asignar los recursos de manera eficiente en el ámbito global, evitando desequilibrios regionales y sociales, así como los despilfarros que aquellos producen.
3. Lograr el desarrollo sostenible de todos los pueblos, ecológica —con respeto y protección al medio ambiente— y económicamente, con aumentos constantes de los niveles de vida.
4. Distribuir los beneficios de la globalización de tal manera que nadie, países, regiones, pueblos, se vea sistemática y masivamente privado de ellos. La marginación y la exclusión de los procesos de creación de riqueza tendrían que ser en especial identificadas y combatidas.

5. Extender y ordenar con equidad el comercio de mercancías y de servicios, sin cerrar los mercados grandes a los productores pequeños con poco poder de negociación, ni pretender la completa reciprocidad en las relaciones comerciales.
6. Proveer de capital, a costos razonables, a los países y empresas que lo necesiten, para fomentar la inversión directa y extender el progreso tecnológico de una manera equilibrada por el mundo. Las reglas de la inversión directa en países extranjeros debieran adecuarse a las necesidades y características de los países.
7. Hacer viables, ante consideraciones demográficas y financieras, los sistemas de protección y seguridad social que se consideran un avance de la humanidad.
8. Establecer mecanismos para enfrentar crisis inesperadas, financieras y reales, simétricas y asimétricas, que sean capaces de acudir en ayuda a los países en problemas.
9. Enfrentar colectivamente y con realismo la delincuencia internacional, el tráfico de drogas, el tráfico de personas, el “lavado” de dinero fruto de actividades ilegales y no en último lugar el tráfico de armas.
10. Eliminar las acciones que llevan a la guerra, la prolongan y la fomentan por inconfesables fines económicos.

Estos diez mandamientos se resumen en dos: *inclusión* y *redistribución*. Son dos grandes objetivos que hay que desarrollar en múltiples objetivos secundarios y subordinados, que se dirigen a enfrentar los dos grandes problemas que presenta el actual proceso de globalización: la exclusión y la desigualdad.

LAS ACCIONES PRINCIPALES DE LA GOBERNACIÓN

Esos diez artículos debieran ser los objetivos de una gran política para el gobierno del proceso futuro de la globalización llevado a cabo por un gobierno mundial. Pero, como no existe un gobierno mundial de la globalización, y estamos lejos de conseguirlo, la cuestión es: ¿cómo podrían los agentes mencionados —gobiernos, empresas y sociedad civil— contribuir a la consecución de estos objetivos? En primer lugar, tendrían que hacerlos suyos, aceptarlos y adoptarlos como objetivos, por lo menos concomitantes —o incluso secundarios— de su acción en el mundo. En segundo lugar, tendrían que darles una prioridad suficiente como para dedicarlos recursos. Finalmente, pasar a la acción con todas sus energías. Sin embargo, ¿podemos pedir a las empresas que se preocupen, junto con el beneficio de sus accionistas, por el bien general de los ciudadanos del mundo? ¿Podemos pedir a los gobiernos de los países individuales que se preocupen por el bienestar de los ciudadanos de otros países que no votan por ellos? ¿Podemos pedir a los ciudadanos de una sociedad civil determinada que carguen con la responsabilidad de arreglar el mundo? Sí, podemos y debemos hacerlo, porque no existe otra solución.

Hay que comenzar por convencer a los agentes principales de la globalización de que, sin una dirección y un orden en la continuación del proceso, se generará un riesgo sistémico que perjudicará a todos. El riesgo moral (*moral hazard*) implicado en la situación presente, con problemas globales de los que nadie en particular se encarga de resolver, es suficientemente real y presente como para exigir un

cambio de actitudes en todas aquellas instancias con algún poder político, social y económico, y hacer algo. Hay que sonar la alarma del peligro sistémico, a mediano y largo plazos, para que los responsables despierten a la realidad que vivimos. Por desgracia, las tareas inmediatas de empresarios y gobernantes, así como las complicaciones de la vida moderna en que viven los elementos más activos de la sociedad civil, los confinan a horizontes temporales cortos, dentro de los cuales las cosas con frecuencia no se ven tan negras. Por ejemplo, en 2003 la recuperación económica mundial había comenzado, la bolsa volvió a subir, la pobreza se redujo en China y la India, hubo nuevas iniciativas de paz en el Medio Oriente, se había aumentado el fondo para el combate contra el sida. Aun cuando los agentes de la globalización dirijan una vista al mundo, tratan de ver las cosas buenas y positivas, las que parecen mejorar, para no tener que cargar con una realidad deprimente. Pero la realidad profunda es deprimente, aunque hay muchas razones para la esperanza,¹⁶ y nadie parece estar dispuesto a encargarse de ella. Por eso, aun con peligro de ser tachados de pesimistas y hacernos odiosos, tenemos que resaltar los peligros que acechan al proceso de globalización y a toda la humanidad. Por aquí hay que empezar la tarea de la gobernación, con un diagnóstico objetivo, realista, sincero, bien informado y documentado, imparcial, capaz de llegar a las mentes y los corazones de los responsables del proceso y de alarmarlos.

¹⁶ Como he tratado de mostrar en mi libro: Sebastián. Luis de. *Razones para la esperanza en un futuro imperfecto*, Icaria / Intermon, Barcelona, 2003.

Otra tarea previa de la gobernación del proceso de globalización consistiría en asignar y repartir responsabilidades. Un reparto que habría que hacer por medio de un gran consenso mundial: el Consenso de la Tierra, se podría llamar. Aceptar responsabilidades concretas sería un paso muy importante para la gobernación del mundo. El contenido de este consenso sería la identificación de responsabilidades de cada grupo de agentes, el reconocimiento de los motivos que los deben impulsar a la acción y la aceptación de las tareas que se determinen. El Consenso podría ser un instrumento para ordenar y coordinar la acción de los agentes de la globalización en espacios específicos con intervenciones y acciones, propias a cada uno, concertadas, coordinadas, y con resultados verificables, capaces de acarrear elementos del orden al proceso de globalización.

REPARTO DE RESPONSABILIDADES

Se podrían identificar algunas responsabilidades propias de cada uno de los grupos de agentes. A los gobiernos les corresponderían las funciones tradicionales de establecer el marco jurídico–institucional, de carácter nacional e internacional, para ordenar las actividades de los ciudadanos y las empresas hacia el logro del bien más común y general de la sociedad humana; proponer, sancionar y hacer cumplir los acuerdos internacionales y los reglamentos nacionales, para la protección del medio ambiente. Sus actuaciones serían las tradicionales de regulación de las actividades privadas, vigilancia, supervisión y aplicación de las reglas, pero ejercidas en conjunto y a escala mundial. Contando con el poder que las empresas multinacionales tienen a

escala mundial, los contenidos de los acuerdos, financieros, de comercio, tecnológicos, sobre el medio ambiente, sobre actividades ilegales, tendrían que reflejar la discusión y puesta en común de los diversos agentes mundiales, para aproximarse a un equilibrio de intereses de empresas y de la sociedad civil.¹⁷ Tendría que ser un proceso muy participativo y no simplemente impuesto por las autoridades, por las obvias limitaciones de poder que tienen en el ámbito internacional. Sin duda es una función difícil, porque el referido marco jurídico—institucional tiene que ser lo más global posible. Para lo que se precisa mucha participación y coordinación entre partes muy diversas, diferentes y separadas, con visiones e intereses muy divergentes y aun contrarios. El consenso, sin embargo, se podría comenzar a construir sobre proyectos existentes de integración económica y política, como la Unión Europea, el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN) y el Mercosur, en los cuales la acción de los gobiernos individuales está subsumida —y en cierta manera globalizada— en los acuerdos y políticas de integración. La gobernación de la Unión Europea ofrece el ejemplo o modelo más aproximado de lo que tendría que ser una instancia de gobierno mundial.

Siguiendo el ejemplo de la Unión Europea, se podrían definir como funciones de los gobiernos: la redistribución de la riqueza y del ingreso a escala mundial, el equilibrio regional, el reparto territorial de la población, la riqueza, el capital, la tecnología, el empleo, la salud, la instaura-

¹⁷ Estas actividades de discusión y coordinación podrían llevarse a cabo en el seno de conferencias especializadas de las Naciones Unidas, a las que habría que dar una misión más específica y un cierto poder de aplicación (*enforcement*).

ción de la paz y los derechos humanos. Es propio del conjunto de gobiernos asumir colectivamente la responsabilidad de la corrección de los desequilibrios regionales que plagan al mundo, que son fruto de una historia de injusticias, explotación, esclavitud, guerras y competencia entre países poderosos (como fue la guerra fría). Pero habría que hacerlo, por necesidad, en un contexto de respeto al funcionamiento de los mercados y a las decisiones de las empresas multinacionales. No se podría hacer redistribución ni promover el equilibrio regional sin la aceptación y cooperación de estas.

Las empresas multinacionales que aparecen en los análisis de la globalización como sus agentes principales, tal como hemos mostrado más arriba, deben asumir importantes responsabilidades en la gobernación de los fenómenos económicos mundiales. En primer lugar, las empresas deben reconocer que la autoridad de los gobiernos es normalmente necesaria para el buen funcionamiento de los mercados y que ellas no la pueden sustituir. Deben comprender que los “bienes públicos” que producen y distribuyen los gobiernos son estrictamente complementarios con los bienes privados que ellas venden. Y aunque choquen a veces, por cuestiones de intereses, los gobiernos son sus socios necesarios en la inmensa tarea de ordenar los procesos económicos que constituyen la globalización. Sería responsabilidad de las grandes empresas multinacionales no anular la acción de los gobiernos. Es importante que reconozcan que, aunque en muchos casos tienen el poder de contrarrestar decisiones y políticas de los gobiernos huéspedes hasta erigirse en verdaderos árbitros del empleo, los salarios, la inversión y la integración o marginación de un

país en la globalización, no debieran hacerlo sin tener en cuenta los costos que pueden causar en el país y el riesgo moral que las crisis de los países generan en el mundo.

Las empresas multinacionales contribuirán con eficacia a la gobernación de la futura globalización, si se avinieran a autolimitarse en el ejercicio del poder que pueden tener sobre los gobiernos de estados pequeños, dependientes de la inversión extranjera, inestables en lo político y con fuertes problemas sociales y de integración en su sociedad. La tentación para ellas es muchas veces aprovecharse de la situación para sacar —efímeras— ventajas, en vez de contribuir al buen gobierno de estos países. ¿No hubieran ganado todas las partes implicadas, si no se hubiera producido en 1997–1998 la crisis asiática, una crisis típicamente causada por el mal gobierno de las instituciones financieras de esos países?¹⁸

También sería importante que las empresas multinacionales se decidieran a moderar y racionalizar con generosidad la “carrera hacia el abismo” que supone la competencia, por ellas promovida, entre gobiernos y sociedades de los países emergentes —o pobres— para rebajar más los costos laborales de las respectivas fuerzas de trabajo, a base de reducir no solo los salarios y las prestaciones sociales sino las condiciones de seguridad física en el trabajo, las costumbres y las regulaciones que defienden el ámbito laboral en los diferentes países. Esta carrera nefasta se da también en cuestiones de protección

¹⁸ Crisis que Paul Krugman y otros analistas achacan al descontrol de las instituciones financieras de aquellos países. Un caso típico de “capitalismo de amiguetes” (Krugman Paul. *The return of depression economics*, WW Norton, Nueva York, 2000, pp. 83–101).

del medio ambiente. Siempre hay países donde esta protección es menos prioritaria que la atracción de inversión y tecnología extranjera. Los dos tipos de carrera dependen de las enormes diferencias que se dan entre países. Solo se pediría a las multinacionales que no se aprovechen de forma exagerada de ellas. Porque no se puede menos que reconocer a las multinacionales su derecho —y la conveniencia para los destinatarios— de buscar las condiciones de emplazamiento que más les convenga, sin poner demasiadas condiciones a su establecimiento en tal o cual lugar, porque una concentración de la inversión multinacional en países que ofrecen buenas condiciones a los trabajadores iría contra el reparto de la inversión directa en el mundo, que ya está excesivamente concentrada en los países más ricos.

De la misma manera que habría que pedirles moderación y racionalidad en el desplazamiento de empresas de unos lugares a otros, cosa que no se debieran hacer a la ligera sin tener en cuenta los derechos adquiridos de los interesados (*stakeholders*) originales o anteriores. En general, es necesario exaltar y llevar a la conciencia de los directivos, ejecutivos y accionistas la responsabilidad que tienen las empresas en la producción de un mundo más justo y una globalización más ordenada. Pero, como en la economía por lo general no bastan exhortaciones y buenas palabras, los gobiernos y la sociedad civil tienen que ayudarles a cumplir estas tareas y estar a la altura de sus enormes responsabilidades. Para eso será preciso pedirles cuentas y hacer que cumplan las leyes que se dan para la protección de los derechos de los ciudadanos.

Pero, además, en las circunstancias actuales de grandes incertidumbres y cambios, las empresas multinacionales

necesitan un código de conducta para la supervivencia. Las crisis financieras que comenzaron con la quiebra de Enron, han demostrado hasta la saciedad lo frágiles que se vuelven las estructuras de la empresa (financiera y otras), cuando sus directivos se concentran obsesiva e imprudentemente en el corto plazo, para obtener buenos resultados inmediatos de la manera que sea, aun con el peligro de romper la confianza interna y externa que necesitan las empresas comerciales para prosperar en los mercados competitivos.

El código de conducta no solo debiera contener provisiones para la gobernación propia de la empresa sino también debiera ser capaz de establecer una relación positiva y creativa con su entorno económico, político y social. Es lo que se llama la política de buena vecindad. Una aldea global bien ordenada y gobernada debería contar en primer lugar con buenos vecinos, sobre todo si son muy poderosos, además de unas autoridades ilustradas y generosas. En vez de en una carrera hacia el abismo, las grandes empresas debieran competir en una carrera hacia la buena vecindad. Sería por su propio bien, en última instancia. No verlo así es suponer que la historia es lineal, monótona y predecible, lo cual es una fórmula para el desastre propio y ajeno.

Se puede reforzar la cooperación a escala mundial de los gobiernos y las grandes empresas por medio de la incorporación de la sociedad civil al esfuerzo, la cual puede juzgar un papel muy importante en poner límites a los otros dos grupos de agentes. La sociedad civil puede quitar y poner gobiernos y en principio también puede, en cuanto colectivo de consumidores, disciplinar a las empresas por medio de sus decisiones de comprar o no comprar los productos que ellas ofrecen. Las empresas cada vez más son sensibles

a las relaciones a largo plazo y en muchos espacios con sus clientes. La buena reputación es un activo para las empresas que quieran cultivar amplias clientelas. Los consumidores pueden contribuir a establecer y extender la buena reputación de las empresas y en este sentido puede jugar un papel muy positivo para moderar sus pretensiones. Consumidores bien informados, críticos, independientes de las empresas y los aliados entre sí, tienen el poder de otorgar o quitar la buena fama de las empresas y por lo tanto un cierto poder de control sobre ellas.

ORGANIZAR LA COOPERACIÓN DE EMPRESAS, GOBIERNOS Y SOCIEDAD CIVIL

En resumen, la gobernación del proceso de globalización, a falta de un gobierno mundial o de estructuras que se le aproximen, tiene que organizarse como una coordinación, cooperación y pacto entre las tres fuentes originales de poder en la economía internacional: los gobiernos, las empresas multinacionales y la sociedad civil de los países integrados en el proceso. Haría falta una instancia de poder que organizara esta comunicación y cooperación entre ellas. Podrían ser las Naciones Unidas, podría ser Estados Unidos, el país más poderoso de la tierra (aunque no lo vemos ahora jugando este papel), o un grupo *ad hoc*, formado por gobiernos, empresas y miembros de la sociedad civil, una especie de Consejo Mundial de la Globalización, en el que estuvieran los países que ejercen un cierto liderazgo en el mundo, por razones de su economía, poder militar, población, religión o cultura. El papel de este consejo no sería gobernar sino convocar a las tres partes a entenderse y

emprender acciones conjuntas a propósito de los problemas individuales y concretos (como combatir el sida), el calentamiento global, el precio de los alimentos, cuestiones más generales y para enfrentar tendencias y peligros de largo plazo. No deja de ser una bella utopía, dirá alguno. Pero es la más cercana que podemos concebir realistamente.

Por supuesto, si preferimos quedarnos a niveles más limitados e inmediatos de acción, sin aspirar a la utopía, no queda otra salida a la gobernación de los procesos de la economía internacional que recurrir a la capacidad de los gobiernos —sea la que fuera— para regular las actividades de las grandes empresas, por medio de las conocidas métodos de la supervisión, regulación, aplicación de reglas, acceso a los tribunales y sanciones. Los gobiernos de los estados son todavía lo más parecido que tenemos a un posible gobierno mundial. Una asociación de gobiernos poderosos podría suplir su ausencia y desempeñar el papel bastante bien. Otra cosa es que los gobiernos de los países ricos estén dispuestos a emprender acciones de alcance global para regular a sus empresas, disciplinarlas y limitarlas en su apuesta por el dominio del mundo. Hasta ahora han sido más bien cooperadores voluntariosos —y cómplices— en las conquistas de las empresas, pero quizás ante las realidades nuevas que se nos vienen encima (daños ecológicos, pérdida de la calidad de vida, violencia y terrorismo indiscriminado, nuevas enfermedades, deflación y crisis de sobreproducción, hundimiento de monedas, emigración descontrolada) tengan que tomar otra actitud y anteponer el bien general de las sociedades que les están confiadas, y de la humanidad entera, al bien particular de las grandes empresas multinacionales.

Si nada de esto fuera factible y tuviéramos que reducirnos a mínimos, entonces tendríamos que conformarnos con la cooperación parcial y específica para resolver problemas concretos, graves y urgentes. Menos que eso sería abandonar todo intento de poner algo más de orden en el proceso de globalización y enfrentar las necesidades y derechos de sus víctimas. La cooperación es la clave para comenzar a enfrentar los problemas del futuro, cooperación entre gobiernos, entre gobiernos y empresas y entre estos dos y los ciudadanos del mundo. De hecho en el mundo hay varios grados de cooperación entre estas tres instancias, en particular entre gobiernos (como la International Criminal Police Organization, Interpol; el Fondo para el Sida; la “hoja de ruta”; los organismos multilaterales); hay entendimiento y comunicación entre empresas multinacionales y mucho menos —una vez más la dificultad de la acción colectiva— entre miembros de la sociedad civil. Pero hace falta, como requisito mínimo de la gobernación de la economía internacional, cooperación de más alta intensidad para evitar los males más dolorosos y crueles de la globalización.



APÉNDICE

AMÉRICA LATINA EN LA DIALÉCTICA NORTE–SUR

Hay muchas y diferentes naciones en América Latina con distintos modos de relación con los países del Norte. Hace 30 o 40 años tenía más sentido hablar de la región como un todo, que exportaba petróleo, minerales, materias primas agrícolas y productos alimentarios e importaba prácticamente todas las manufacturas que consumía. Entonces, era más fácil encajar a América Latina en la división de trabajo colonial, a pesar de que eran economías de naciones soberanas. Por otra parte, las empresas multinacionales de la segunda generación (manufactureras) no trataron de cambiar la división del trabajo, transformando a los países de la región en plataformas exportadoras, como ya en la década de los setenta se habían transformado los “tigres asiáticos”. Las multinacionales en el continente se adaptaron al modelo imperante de sustitución de importaciones.

Con ese modelo se contentaron con producir para el mercado interno de los grandes países (Brasil, México, Argentina) o los espacios de integración (el Mercado Común Centroamericano, el Pacto Andino, la Comunidad

del Caribe, CARICOM). Los países siguieron exportando materias primas a los países del Norte (con todos los problemas que tiene esa exportación) y una cantidad insignificante de manufacturas, a pesar de la extendida industrialización que se había creado en la región. Hasta que el problema de la deuda externa (1982 a 1990) no liquidó el modelo de sustitución de importaciones, los países siguieron caminos semejantes.

Entonces se justificaba hablar de América Latina como de un todo más o menos homogéneo. También en el ambiente de la Guerra Fría, a todos los países les tocó jugar como un todo (los norteamericanos ni distinguían ni distinguen bien entre países) el papel de “patio trasero” o retaguardia geográfica de Estados Unidos. Aquellos eran otros tiempos. Sin embargo, mucho del pensamiento actual sobre estos temas se sigue alimentando de los análisis propios de épocas anteriores y adaptados a aquella situación que ya no existe.

INTEGRACIÓN POR LA INVERSIÓN EXTRANJERA DIRECTA

Para encuadrar bien el tema que nos ocupa tenemos que ser más selectivos. Porque los países grandes están adoptando, o han adoptado ya, formas nuevas de relación con Estados Unidos, la Unión Europea y Japón (y últimamente con la recién llegada China). Por esta razón, no se puede hablar de “un modelo único de relaciones de América Latina con los países del Norte”. Hay países que tiene un sistema de relaciones nuevas, aunque también hay los que siguen muy próximos al paradigma de la división de trabajo colonial.

Tomemos el caso de México. La relación entre México y Estados Unidos, por más subsidiaria o subordinada que se le quiera, no responde al paradigma del comercio colonial. El Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN) ha definido otra relación: el establecimiento de empresas norteamericanas y canadienses en México, que exportan masivamente a sus países de origen y a terceros; el libre comercio en productos agrícolas del Norte al Sur (que rompe el patrón colonial y perjudica mucho a México, por cierto), y, aunque permanece la restricción a los movimientos de trabajo, la emigración, sin embargo, es importante y aporta unos 13 mil millones de dólares anuales al erario mexicano. Por su parte, muchas empresas mexicanas (telefonía, televisión, cemento, cervezas) están invirtiendo en otros países de América Latina y Europa (CEMEX, en España, por ejemplo).

Brasil tampoco encaja en el esquema tradicional de las relaciones Norte-Sur. Brasil está comenzando a convertirse en un país del Norte: invirtiendo sus empresas en otros países (no solo en Bolivia sino en Argentina, Chile y Portugal), exportando manufacturas (por ejemplo, aviones comerciales a Estados Unidos), vendiendo bonos en reales (es decir, endeudándose en su propia moneda y no en dólares), habiendo aminorado la tradicional vulnerabilidad financiera de los países del Sur. La deuda pública brasileña ha disminuido a la mínima expresión su deuda en otras monedas. Brasil es miembro muy activo del Grupo de los 22, que reivindica en las negociaciones comerciales de la Ronda de Doha, las posiciones de los países emergentes, los cuales no solo reclaman la apertura de los mercados agrícolas de los países ricos sino también los de las de

manufacturas, y cuestionan el régimen de patentes y derechos exclusivos para productos de la innovación tecnológica, en los cuales estos países —Brasil entre ellos— están capacitados para competir con los productos del Norte. En la actualidad aspira a una silla permanente en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas.

Cuestiones semejantes se podrían de decir de Argentina, Chile, Colombia y hasta de Costa Rica. En estos países la enorme inversión extranjera en bancos, seguros, servicios públicos (agua, luz y electricidad), teléfonos y comunicaciones, televisión, transportes, puertos y autopistas, ha cambiado el modelo de relación tradicional. Aunque se podría hablar de un nuevo colonialismo, también es verdad que los países latinoamericanos quedan más integrados en las economías de los países ricos. Son como “sucursales de hecho” de las economías de los países ricos, de manera que la suerte de estos depende de una manera muy directa, extensa y profunda de las economías sucursales. En España, por ejemplo, una buena parte de las ganancias de los bancos Santander y BBVA se genera en América Latina. Cosa que no sucedía ni en calidad ni en cantidad con las colonias. No se puede pasar por alto que con las economías de México, Brasil, Argentina, Venezuela y Chile tenemos entre 80% y 83% de lo que llamamos la “economía latinoamericana”. Eso nos permite afirmar que en 2008 el marco tradicional (la división de trabajo colonial) de las relaciones Norte–Sur ya no se aplica en la mayor parte de la “economía Latinoamericana”. Solo se puede encontrar en una parte pequeña. Pero no es solamente una inversión extranjera muy intensa lo que ha cambiado el marco de relaciones de

América Latina. También son los cambios que se han introducido en los propios países de la región.

TAREAS BIEN HECHAS

Durante los últimos tres o cuatro años, la inflación, que fue una plaga de la región, ha estado contenida la mayor parte del tiempo, gracias a políticas monetarias creíbles, con una meta definida de inflación que se trata de no sobrepasar (como hace el Banco Central Europeo, BCE) y un estable valor internacional de la moneda nacional. Se ha estabilizado la situación fiscal en la mayor parte de los países: se ha reducido el déficit fiscal (alrededor del 1% del producto interno bruto, PIB) y con un superávit primario (sin contar los pagos originados por la deuda pública) de entre 2% o 3% del PIB. La situación se ha fortalecido con los precios de los productos primarios *commodities* (petróleo, minerales y productos agrícolas). Lo normal en el sector externo de la economía de América Latina es el superávit en cuenta corriente (gracias al aumento de valor de las exportaciones). La mayoría de los países ha adoptado un sistema de tipos de cambio flexibles dentro de unas bandas prefijadas que está dando buen resultado y, si tiene algún problema, es más bien el de revaluación de la moneda.

Estas condiciones macroeconómicas que ofrecen seguridad al capital extranjero han motivado un flujo constante que nutre las reservas de los países (en torno a los 300 mil millones de dólares en 2006). Las reservas ofrecen un blindaje contra choques externos y reducen la vulnerabilidad internacional de las economías latinoamericanas, que era

una característica del modelo de relaciones coloniales entre el Norte y el Sur. Los países grandes están afirmando su independencia financiera, devolviendo, por ejemplo, antes de tiempo las deudas al Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Mundial, y prescindiendo de ellos para buscar nuevo financiamiento. Ahora acuden a los mercados financieros internacionales, donde venden sus bonos (títulos de deuda, diferentes de los préstamos bancarios de los años setenta). Con ello los países deben dinero a empresas y familias tanto del Norte como del Sur y de cualquier punto cardinal que quiera comprar los bonos. Son relaciones con los mercados financieros internacionales, impersonales, transnacionales, que reparten los títulos latinoamericanos por todo el mundo y por varios estratos sociales. Son cambios importantes para definir las relaciones Norte-Sur.

No sé que pasará con la crisis actual en 2008. Pero no me cabe duda que las grandes economías de América Latina están mejor equipadas que antes para resistir la recesión en Estados Unidos, porque sus exportaciones están más diversificadas y sus finanzas saneadas. Los países petroleros. México, Venezuela, Ecuador y recientemente Brasil están en mejor situación por el precio del petróleo.

NO OLVIDAR A LOS POBRES

Fuera de este análisis quedan la minoría, el 17% o 20% de la economía que hacen los países de Centroamérica (menos quizás Costa Rica), República Dominicana (donde el turismo puede haber cambiado mucho la relación de dependencia anterior), Haití, Ecuador, Bolivia, Paraguay y Uruguay. Estos países estarían todavía cerca del modelo

tradicional de relaciones entre el Norte y el Sur, una relación casi colonial entre países nominalmente soberanos (que cada vez tratan de hacer su soberanía más real), aunque posiblemente con nuevos instrumentos. Me refiero al Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA) (un mercado común desde Alaska a la Patagonia) y a los tratados de integración económica entre Estados Unidos y los diferentes países de América Latina. Estos tratados en el fondo apuntan a recrear entre países soberanos las relaciones que había entre las metrópolis y las colonias, alejando a los países latinoamericanos de sus relaciones, todavía tenues, con un Norte pluralista y compuesto por varios países (incluyendo a China), para relacionarse en exclusiva con Estados Unidos. Con razón se rechazan los tratados propuestos para formar “áreas de comercio libre” como nuevas formas del antiguo imperialismo yanqui.

El nuevo marco en que se mueven los países emergentes para analizar las relaciones entre los países de América Latina y los países del Norte, implica mayor competitividad y autonomía en los países del Sur, pero no necesariamente mayor justicia e igualdad. Este hecho impone a la comunidad internacional y a quienes velan por un nuevo orden internacional la tarea de defender a los países emergentes del Sur en la lucha competitiva que le han planteado a los países del Norte, una lucha todavía desigual, pero no tan desesperada como en los tiempos del colonialismo político y económico. A los países más pequeños hay que hacerles justicia y ayudarles procurando que su integración en los mercados mundiales no se reduzca a la vinculación pactada exclusiva con el mercado norteamericano sino que se le abran puertas en otros mercados, desarrollados y emer-

gentes, para lo cual tienen poco poder de negociación. Necesitan una apertura “convencional” para los productos convencionales: productos agrícolas y manufacturas de primera generación, sobre todo los textiles y confección.

La globalización se ha mostrado como una arena donde se miden colosos. América Latina haría bien en profundizar sus intentos —tantas veces fallidos— para lograr una integración regional que la eleve a la categoría de coloso mundial. Contra este proyecto pueden militar las aspiraciones de Brasil de convertirse en una potencia mundial él solo (es decir, al margen del Mercado Común del Sur, Mercosur) y la integración de México en la economía de América del Norte, que ahora resultaría muy difícil de deshacer. Eso dejaría como candidatos a la integración a los países miembros del Pacto Andino con los restantes miembros del Mercosur y los restos del Mercado Común Centroamericano. Un conjunto de países dispares y distantes, como para hacer efectiva la integración económica y eventualmente un acercamiento político capaz de formular y realizar políticas comunes.

¿Podemos pedir a las empresas que se preocupen por el bien general de todos los ciudadanos? ¿Podemos pedir a los gobiernos de los países que se preocupen por el bienestar de los ciudadanos de otras regiones? ¿Podemos pedir a los ciudadanos de una sociedad civil que carguen con la responsabilidad de arreglar el mundo? Si bien la globalización ha beneficiado a algunos, el recuento de pérdidas y ganancias en términos de bienestar y sufrimiento humano es negativo.

En esta obra Luis de Sebastián propone crear una gobernación de la globalización a fin enfrentar los dos grandes problemas que ha generado este proceso: la exclusión y la desigualdad. Para ello, sugiere asignar responsabilidades a los diferentes agentes —empresas, gobiernos y sociedad civil— de todos los países involucrados, ricos y pobres, y poner en marcha varias medidas, entre las que destaca un decálogo que se podría resumir en dos importantes puntos de partida: la inclusión y la redistribución, con el objetivo principal de desterrar la pobreza del mundo de forma más justa y humana.

La colección de libros de la *Cátedra Eusebio Francisco Kino, SJ*, realizada en conjunto por el Sistema Universitario Jesuita y el Fideicomiso Fernando Bustos Barrena, SJ, presenta el producto de los seminarios de la Cátedra, en los que especialistas, académicos y universitarios dialogan en torno a diversas temáticas con el aporte y la experiencia del ser humano y los valores del Evangelio. Los temas giran alrededor de las relaciones entre fe y desarrollo sustentable, fe y cambios sociales, y fe y pluralismo cultural y religioso.



FIDEICOMISO
FERNANDO
BUSTOS
BARRENA SJ

